

HELEN BLUE

UN *Amor*
A LA FUERZA



PRÓLOGO

“Un, dos, tres: Juguemos en el mar...”

Elizabeth ahogó un grito al tiempo que se incorporaba rápidamente en la cómoda cama. Temblaba. Y además su cuerpo estaba repleto de un sudor frío. Respiró hondo, intentando calmar su agitada respiración. Finalmente se levantó de la cama. Sus pies descalzos recorrieron la habitación hasta situarse frente a la ventana. Apartó la raída cortina blanca que cubría el exterior y observó el mar a lo lejos. Las olas chocaban con fuerza contra las rocas de la costa en aquella tétrica noche. Elizabeth recordó de nuevo aquel sueño que en los últimos días se había repetido con constancia:

Una niña de apenas ocho años y largos cabellos negros paseaba por la cubierta de un grandioso barco sujetando entre sus manos un viejo oso de peluche mientras cantaba alegremente: *“Un, dos, tres, juguemos en el mar...”*

Elizabeth ahogó un gemido al escuchar de nuevo aquella tierna voz.

Poco después, cuando su pulso de nuevo se tranquilizó, volvió a acostarse entre las blancas sábanas de su mullida cama. Estaba cansada; pero no quería soñar, quería dormir.

—¡Marco! —gritó un atractivo muchacho que se encontraba ante un timón de gruesa madera de roble—. ¡Alza las velas inferiores!

—Pero... capitán...

—¡Hazme caso! —ordenó el otro—. La tormenta apenas durará unos minutos más. Las nubes se dirigen hacia el Oeste.

El joven muchacho llamado Marco alzó las velas inferiores, obedeciendo a su capitán. Finalmente, este no se había equivocado. Durante unos instantes toda la tripulación dudó de sus conocimientos meteorológicos, pero, pasados unos minutos, la tormenta cesó y los truenos se perdieron a lo lejos, entre la oscuridad de la noche.

—Estoy empapado —murmuró el capitán con un gesto hosco, mientras miraba sus holgados ropajes—. ¿Quedan mantas abajo?

—Por supuesto, mi capitán —contestó uno de los tripulantes.

—Está bien. —Suspiró—. Dormiré un poco. Eddi, te dejo a cargo del timón.

Y sin decir nada más, Jack, capitán de aquel majestuoso barco, bajó al piso interior de éste dirigiéndose hacia su habitación. Había sido una noche dura, navegar cuando había tormenta siempre era más complicado de lo normal, sobre todo si media parte de la tripulación era completamente inútil y además la oscuridad les impedía utilizar el sofisticado sentido de la vista. Jack suspiró mientras se

desvestía para cobijarse bajo una cálida manta. Encendió un polvoriento candelabro, acto seguido cogió algunas páginas mal escritas de un viejo libro y comenzó a leer, intentando descifrar lo que la borrosa tinta expresaba. Finalmente, dándose por vencido se quedó profundamente dormido. Alguien atacó sus sueños de nuevo: “*un, dos, tres: Juguemos en el mar...*”

Capítulo 1

Jack se despertó sobresaltado: Otra vez aquel maldito sueño. Respiró profundamente y poco después comenzó a vestirse.

Cuando subió a la cubierta del barco les indicó a algunos de los tripulantes, que habían pasado allí toda la noche, que fuesen a descansar. Finalmente, con aire sombrío se hizo cargo del timón, dirigiéndolo hacia la costa: tenían que buscar algunos marinos más; además, la alimentación comenzaba a escasear. Por ello, se acercaban rápidamente hacia una prestigiosa isla del lugar, llena de civilización. Justo lo que Jack tanto odiaba.

Nunca le había gustado la tierra. Él había crecido en el mar, por ello las aguas eran su único y máspreciado amor. Tenía una personalidad bastante particular: nadie lo conocía verdaderamente. Y aunque muchos podían hacerse a la idea de cómo era... jamás estarían completamente seguros, pues dentro de él había tantas contradicciones que a veces el mismo Jack dudaba de que su cerebro funcionase con normalidad.

Sin embargo, aquel día tendría que hacer una excepción y encallar el barco en la costa. Beberían ron y pasarían la noche en algún bar repleto de malhechores; más luego, a la mañana siguiente, volverían a partir.

—Capitán —dijo uno de los tripulantes que a él mejor le caían—. El viento sopla en contra.

—¡No importa, Patrick! —Gritó éste, desde la cubierta, indiferente.

—Pero... capitán... tardaremos... un...

—He dicho que no importa —puntualizó Jack. Cuando le repetían dos veces las cosas solía ponerse de muy mal humor.

Patrick se encogió de hombros.

—Tráeme una botella de ron —pidió Jack.

—Si se acaba de levantar mi capit...

Jack le dirigió una malévol mirad que lo decía todo. Sin añadir nada más, Patrick bajó a la bodega, abrió una botella de ron y se la tendió a su capitán, que bebió como si aquel fuese el desayuno.

—Se vuelve a repetir ese maldito sueño —le dijo Jack, cuando supo que estaban a solas y el timón iba en la dirección correcta. Se sentó en una tabla de madera, observando el tranquilo mar.

—¿El sueño de Eveline? —preguntó Patrick.

—El mismo.

—Debería hacer algo —sugirió el tripulante—. Puede que ese sueño esconda más de lo que sabemos hasta el momento. Fue una historia trágica... Pero no sé por qué, tengo el presentimiento de que aún no ha terminado.

—Eso mismo pienso yo —admitió Jack, mientras suspiraba y observaba sus rotos ropajes—. Pero nada puedo hacer hasta que no adivinemos algo más. Lo que sabemos hasta el ahora no me interesa. Sólo es una estúpida historia de amor. Algo efímero.

Patrick asintió.

Aquel sueño de la niña, de largos cabellos negros, se le había repetido con constancia durante los últimos nueve años. Y Jack dudaba que aquello fuese algo casual. La frase: “*Un, dos, tres, juguemos en el mar...*” se había incrustado en su mente con un torbellino de misterio a su alrededor. Debía esconder algún significado. Y él estaba seguro de ello.

Por suerte no tardaron demasiado en llegar a la Isla Mawerther; donde debían desembarcar. El viento en contra no había hecho más que ralentizar su viaje. Jack suspiró, orgulloso. Sacó una tabla de madera, junto con los demás, posándola en el canal del puerto. Los tripulantes comenzaron a bajar llevando con ellos los barriles que ya estaban vacíos. Un hombre bien vestido, con uniforme de la corte, interrumpió el paso del capitán que avanzaba en primer lugar.

—Perdone. —Tosió mientras sujetaba un papel en sus temblorosos dedos, acompañado por una fina pluma—. Encallar el barco en este puerto cuesta tres monedas.

Jack pestañeó. Lo miró y rio a carcajadas. El hombrecillo dio un paso atrás cuando observó lo que eran aquellos marinos.

—Soy un... pirata —dijo Jack secamente. El otro volvió a toser.

—Ya... pero comprenda... mi buen señor... —balbuceó—. Que este es mi trabajo. Debe pagar tres monedas para...

La tripulación comenzó a reír ante la sarcástica mirada que Jack le dirigió al hombre de la corte.

—Creo que no lo ha entendido bien. —Sonrió falsamente—. Se lo explicaré de un modo mucho más... interesante.

Acto seguido Jack sacó una brillante espada. El hombre se echó hacia atrás, tembloroso.

—No... perdone señor... no hace falta que pague, de verdad... —Sonrió como pudo, ante el miedo—. Ha sido... una simple equivocación por mi parte.

—Así me gusta. —Guardó de nuevo la espada—. El raciocinio humano vitaliza el funcionamiento de las neuronas. Además, como usted comprenderá el barco no se encuentra aparcado exactamente en su puerto. Está flotando en el mar. Y dudo que el mar sea de la corte. —Apuntó—. Porque, si no recuerdo mal... todo el océano es mío.

Acto seguido el capitán y el resto de la tripulación avanzaron por la isla sin problema alguno. La gente los miraba desdeñosa conforme pasaban. El lugar estaba repleto de personas que provenían de honorables familias, tan sólo el este de la pequeña ciudad respiraba un aire menos pulcro. Las señoras caminaban por las calles ataviadas con pomposos vestidos que hacían juego con un pequeño paraguas que intentaba protegerlas del sol. Jack rio entre dientes al observar a todas aquellas chicas: desde luego no tenían ningún tipo de gusto. Odiaba aquellos trajes, tanto como odiaba a las gentes que los llevaban.

Por suerte, casi ninguna de aquellas muchachas se acercaba a él; si no todo lo contrario, temerosas por el miedo que producían las pintas de toda aquella tripulación caminaban en sentido opuesto hacia donde ellos se dirigían. Finalmente, por suerte, llegaron hasta una taberna donde eran bien recibidos. Dejaron los barriles en la puerta de ésta.

—¿Cómo estás querido Barrie? —Jack chocó la mano del dueño del pequeño bar.

—¡Oh, capitán! —exclamó éste, sonriente—. ¡Me alegro de volver a verle! Hacía casi un año que no pasaba por aquí.

—He estado ocupado —dijo simplemente el muchacho. Y la verdad era que, para ser capitán de un barco, era demasiado joven. Sin embargo, su manipuladora personalidad solía ayudarlo dándole un toque de extraña disciplina—. Espero que puedas recargarme esos barriles. Te pagaremos bien. Por el momento... sírvenos alguna copa de algo.

Le saludó dándole una palmadita en el hombro para poco después dirigirse hacia una sucia mesa de madera. Se sentó. Y la tripulación lo imitó. En realidad, no serían más de quince hombres, por ello Jack necesitaba más gente si quería que el barco alcanzase una velocidad mayor y todo funcionase adecuadamente.

—Como odio esta horrible ciudad —dijo arrastrando las palabras, mientras se estiraba perezosamente en la silla—. Está repleta de basura.

En realidad, tiempo atrás, la Isla de Mawerther había sido un hervidero de piratas desdeñosos. Sin embargo, cuando el rey Marcus Pardo IV conquistó el lugar, todo cambió rápidamente. Mucha gente de ricas familias o buenos contactos, se había mudado a la Isla; ya que era un lugar tranquilo, repleto de riquezas tanto minerales como alimentarias. Muchos piratas murieron y otros fueron expulsados del lugar. Desde luego, ninguno de ellos, por el momento, era bienvenido a Mawerther.

—Podríamos hacer algo —dijo Patrick. Ninguno de aquellos hombres temía las adversidades de la muerte—. Quizá la preciosa hijita del rey se encuentre por la ciudad caminando solita... —murmuró burlón. Jack no pudo evitar sonreír. Aquella idea era totalmente considerada como una genialidad.

—Dudo que la dejen caminar sola por aquí. Pero desde luego nada me haría más feliz que matar a esa mujer —admitió—. Nos robaron nuestra ciudad, y por culpa de ellos nunca volverá a ser lo que fue.

Y era cierto. Antiguamente la ciudad era una fiesta continua. Bailes desenfrenados por las calles, ron por todas partes, mujeres valientes y sencillas... Todo lo que un buen pirata podía desear. No había preocupaciones y cada cual hacía lo que verdaderamente le venía en gana. Y, por supuesto, la horca no existía.

—Me encantaría matar a la hija del rey; si verdaderamente eso fuese posible, cosa que dudo —admitió el capitán, mostrando sus brillantes ojos grises en la oscuridad de la taberna. Pronto el bueno de Barrie les trajo sus bebidas. Brindaron sonoramente.

—¡Por lo que un día llego a ser la Isla de Mawerther! —Gritaron todos a la vez.

Elizabeth se mordió el labio inferior, extasiada.

—Celina... no puedo respirar —le dijo a su doncella—. Aflójame el corpiño, por favor.

La otra acató las órdenes de su señora. Deshizo algunos lazos dejando un poco suelta la fruncida tela que se ceñía a la estrecha cintura de la muchacha.

Poco después, Celina sacó un pomposo vestido del armario. Elizabeth le dirigió una desagradable mueca.

—No —le sonrió—. Hoy debo ir a un lugar poco apropiado para ese vestido. Necesito algo más sencillo.

—Señora... le recomiendo que no sea meta en líos —le aconsejó la sirvienta—. Ya sabes que su padre... no anda de muy buen humor últimamente.

—Lo sé. —Se dirigió hacia ella—. Pero Celina por favor... tú me conoces. No pienso hacer nada... malo. Solo necesito un vestido simple. Éste, por ejemplo. —Agregó cogiendo uno que se encontraba al fondo del grandioso armario.

Se vistió rápidamente con un sencillo vestido, de un blanco un poco estropeado por el paso del tiempo, era como un camisón, pero tenía pequeños bordados plateados por algunas partes. Caía ligero y de una forma muy cómoda acoplándose a su cuerpo. Elizabeth sabía que aquel vestido era de su madre, sólo por eso muchas veces se lo ponía a solas en su habitación; pudiendo sentir aun el tierno aroma que la tela desprendía. Sonrió cuando se observó al espejo.

—Le queda precioso. —Admitió Celina.

—¡Oh, Celi! —Se quejó Elizabeth—. Ya deja de llamarme de “Usted”. Sabes que no me gusta.

—Perdone, señora.

Ambas se dirigieron una mirada divertida y poco después Elizabeth salió de la habitación. Había quedado con Amy; cual no tardó demasiado en llegar al inmenso palacio donde ella vivía. La mansión estaba perfectamente decorada con algunos toques verdaderamente hogareños. Grandiosas lámparas repletas de pequeños cristalitos colgaban del anaranjado techo. Por todo el palacio se encontraban sillas o cómodos sofás, junto con valiosas espadas que colgaban de las paredes; ya que a su padre le encantaba coleccionarlas. Y muchos sirvientes se movían ajetreados por el castillo; pues dentro de apenas cinco días sería el cumpleaños de Elizabeth y, por supuesto, se celebraría con una fiesta en toda la Isla a lo grande.

—Necesito hablar contigo seriamente —dijo Elizabeth tras abrazar a Amy.

—¿De qué se trata? —preguntó ésta, mientras se alisaba el pálido vestido rosa que llevaba.

—Te lo explicaré después. —Sonrió—. Ahora sólo sígueme.

Cuando uno de los carruajes de palacio dejó a las dos chicas frente a una taberna de mal talante, Amy apenas pudo murmurar palabra. Elizabeth tampoco parecía demasiado contenta, sin embargo, era bastante

más modesta y hogareña que su amiga. Le había pedido al conductor que las llevase a un lugar que no fuese demasiado transitado por la clase alta de la Isla. Pero tampoco imaginó que terminarían frente a un extraño bar donde las telarañas colgaban del cartel de la posada bien acopladas.

—Entremos. —Murmuró Elizabeth, cuando el carruaje se alejó.

—No pienso entrar ahí —objetó la rubia—. ¿Te has vuelto completamente loca? Si tu padre se entera que has estado en un lugar como este... te matará.

—No tiene por qué enterarse. —La otra le guiñó un ojo sonriente. Su cabello rojo brilló a la luz del sol. Cogió de la mano a Amy arrastrándola tras sí—. ¿Nunca te cansas de ser una niña buena tan perfecta? —preguntó, sin esperar ninguna respuesta por parte de su amiga; pues ésta estaba demasiado ocupada catalogando el lugar.

Cuando abrieron la puerta de la taberna tan sólo se escuchaban golpes en la mesa, gritos, risas, barriles que rodaban por el suelo, chillidos y voces de hombres con poca educación. Sin embargo, Elizabeth no se dejó intimidar, y entró en el interior de la taberna. Inmediatamente, como si un fuerte huracán acabase de pasar por la Isla, todos los que dentro se encontraban enmudecieron en un profundo silencio. Las miraron de arriba abajo, fijándose detalladamente en sus vestidos y algunas de las joyas que llevaban puestas sobre sus delicadas pieles. Amy ahogó un grito de terror.

—Ahora ya no podemos echarnos atrás —le susurró Elizabeth al oído—. Debemos comportarnos... como ellos.

Y sin más, arrastró a Amy hacia la mesa más alejada del lugar. Mesa que se encontraba al lado de la de varios grumetes que bebían junto con su capitán. Barrie, el dueño de la taberna, jamás había tenido una visita tan cordial en su establecimiento; por ello no pudo evitar mirarlas de hito en hito. Finalmente se acercó hasta la mesa de las muchachas.

—¿Qué desean?

—Un té, por favor —pidió Elizabeth.

Barrie la miró como si se hubiese vuelto loca.

—¿Té? Aquí no tenemos esas cosas. —Intentó sonreír—. Pero si quiere, señorita, puedo servirle un buen ron de la casa.

—No gracias. —Elizabeth frunció el ceño—. Quedaré contenta con un vaso de agua.

Amy, en cambio, y a pesar de los codazos que su amiga le propinaba, no pidió absolutamente nada. ¡Ni loca bebería de aquellos nauseabundos vasos repletos de telarañas! Barrie le sirvió el agua a la pelirroja.

—¿De verdad no desean nada más? —preguntó, todavía sorprendido por la visita.

—No, pero muchas gracias por su amabilidad —contestó Elizabeth, sin darse cuenta de que aquella frase estaba totalmente fuera de lugar.

—De... de nada —tartamudeó Barrie. La taberna continuaba sumida en un profundo silencio, de pronto, solo roto por algunos cuchicheos.

—¿De qué querías hablarme? —preguntó Amy—. Digo, ya que me has traído a este... este... sitio, espero que sea algo importante. ¿Piensas casarte con el Comodoro Owen o algo así? —preguntó, soñadora.

—No. Por supuesto que no, Amy. Con independencia de los deseos de mi padre, jamás me casaré con ese hombre.

—Es un buen partido —dijo la rubia.

—Eso no me importa en absoluto. —Reconoció Elizabeth—. No imagino mi vida conviviendo con alguien como él. Y no digo que sea mala persona, simplemente no es mi tipo. Pero no quería hablarte de nada de todo eso. Quería hablarte de mis sueños.

—¿De tus sueños? —preguntó Amy—. ¡Me traes hasta este maldito lugar para hablarme de tus sueños! Te has vuelto loca, Elizabeth. Verdaderamente tú...

Mientras las dos muchachas hablaban, casi en susurros, un apuesto joven vigilaba la escena con cautela. Sabía que aquellas dos muchachas no eran sirvientas precisamente. Seguramente se trataba de hijas de ricos nobles.

—Ni siquiera nos ha hecho falta buscar —apuntó Bill, uno de los tripulantes.

—Sí, ellas han venido hasta nosotras —dijo Patrick, sonriendo pícaramente—. ¿Mi capitán, se ha fijado en todas las joyas que llevan?

—Por supuesto. —Sonrió fríamente—. Cuando acabemos las bebidas nos encargaremos de ellas. No podemos dejar pasar un motín así, muchachos.

Jack, que se encontraba justo de espaldas a cierta pelirroja intentó escuchar la conversación, mientras acababa de beberse aquel fuerte licor. Parecía que el día había amanecido con un brillo especial, habían tenido hasta ahora muchísima suerte.

—Se repite constantemente... —musitó Elizabeth.

—¿Te refieres al sueño? —preguntó Amy, que intentaba no colocar los pies en el suelo, elevándolos. Pero no aguantaba demasiado. Las mugrosas tablas de la taberna que cubrían el suelo la estaban poniendo nerviosa. Allí sólo había polvo.

—Sí. —Suspiró—. Es un sueño extraño. Llevo dos años con observando esa imagen cada vez que me duermo. Y ella es tan... tierna. De verdad, posee una voz angelical.

—¿Piensas que puede significar algo?

—Por supuesto que sí. —La miró—. No se lo he contado a nadie por el momento. Y no quiero que nadie de la corte se entere. Además, últimamente cada cosa inusual que ocurre la asocian con brujería. —Miró desdeñosa las paredes—. Pero, Amy... el sueño es tan real. A veces creo que estoy allí, que me encuentro en ese lugar.

—¿Dónde se desarrolla el sueño?

—En un barco. —Suspiró—. Un barco extraño... con las velas rotas, de un color oscuro. Y ella... camina delicadamente hacia la popa, mientras mira las efímeras olas del mar con ojos soñadores.

Jack escuchaba atento la conversación que tenía a sus espaldas. Con un suave gesto, apoyando su dedo índice en los labios, le indicó a su tripulación que hablasen más bajo.

—Creo que te estás obsesionando demasiado con ello. Sólo es un sueño. No deberías darle tanta importancia.

—¡No! Estoy segura de que no es sólo eso. Se trata de algo más. Lo puedo sentir, de verdad. —Elizabeth la miró preocupada—. Es como si un hueso se formase en mi estómago, un nudo que no me deja respirar. Y lo peor de todo es no saber el porqué.

—Bueno... tranquila. —La otra acarició su mano unos segundos dándole ánimos—. Si quieres cambiamos de tema. Y nos marchamos de éste horrible lugar —dijo, dirigiéndole una despectiva mirada a la taberna—. Dentro de apenas dos meses en mi boda con Dean. —Sonrió—. Quiero que seas la invitada de honor. Y tú padre también, por supuesto.

—Seguro que sí. Será una boda radiante, Amy. —Suspiró. Continuaba preocupada.

En parte le molestaba que su mejor amiga no llegase a comprenderla del todo bien. Por ello el tema salió de nuevo a la luz. Justo cuando Jack ya estaba a punto de terminarse su bebida para poder robarles las joyas a aquellas dos mujeres.

—Ese sueño... encierra algo especial —dijo de nuevo—. Y no puedo quitarme de la cabeza aquella frase.

—¿Qué frase? —Preguntó Amy.

—El momento en el que esa niña canta alegremente: “*Un, dos, tres: Juguemos en el mar...*” —Dijo Elizabeth, sintiendo un escalofrío al recordar aquellas palabras.

Jack notó cómo su cuerpo se tensaba. Sus facciones se tornaron serias al tiempo que el vaso de cristal, que sujetaba en sus manos, caía estrepitosamente al suelo.

—¡Capitán! —Patrick lo miró alarmado—. ¿Se encuentra bien?

Jack respiró profundamente, intentando olvidar lo que acababa de escuchar a sus espaldas. Cuando recobró la compostura se dirigió hacia sus tripulantes.

—Quiero a la chica del cabello rojo que se encuentra detrás de mí —dijo seguro de lo que decía, en un pequeño susurro—. Y la quiero ya. Dentro de mi barco. Ahora mismo. No hace falta que os molestéis en quitarles las joyas —puntualizó—. YA.

Rápidamente varios de los hombres que formaban la tripulación se levantaron. Instantes después cogían de sendos brazos a las indefensas muchachas. Amy gritaba sin parar, sin poder evitar sollozar débilmente.

—¿Nos llevamos a la pelirroja? —Preguntó Patrick.

—No. —Jack los miró fríamente. Clavó sus ojos grises en los verdosos de Elizabeth. Ella sintió un pequeño escalofrío—. Cogierlas a las dos. Por si acaso... —Añadió.

Los piratas apresaron a las dos muchachas. Comenzaron a caminar hacia el exterior de la taberna. El bueno de Barrie apenas se inmutó, pues aquellas cosas ocurrían constantemente entre los piratas que

frecuentaban su establecimiento. Con paso seguro los tripulantes se repartieron a las chicas. Jack se encargó personalmente de Elizabeth. Agarró las muñecas de la muchacha posándolas tras la espalda de ésta, cogiéndola fuertemente. Poco después sacó un pequeño puñal de su bolsillo, apuntando uno de los costados de la chica; que no podía estar más asustada. Ella ni siquiera había visto jamás lo que era verdaderamente un pirata. Era cierto que siempre se había sentido atraída por las constantes aventuras de éstos. Se había encargado de leer cien mil libros sobre piratas, pero jamás había conocido a unos tan de cerca. Vivir en palacio significaba mucho más que ser una simple chica de la corte. Ella había estado protegida por numerosos guardianes constantemente, sin peligro alguno que la acechase jamás.

Por eso, en aquellos momentos que un pirata la apresaba con fuerza por detrás, mientras la apuntaba distraídamente con un afilado cuchillo, Elizabeth apenas podía respirar y las piernas le temblaban constantemente.

—Ahora vas a estar calladita —le susurró Jack al oído, nada cordial. Elizabeth ahogó un pequeño gemido de dolor—. Si nos preguntan algo en el puerto, tú vienes con nosotros. Si dices u haces algo contrario a mis palabras, no dudaré en clavarte el puñal —dijo.

Se encaminaron hacia el puerto, donde estaba encallado el barco. Ni siquiera habían rellenado los barriles de bebida, pero aquello no parecía importarle demasiado al gran capitán Jack. Ya pararían en cualquier otra Isla o ciudad.

Llevaba nueve años soñando las mismas palabras. Nueve malditos años aguantando que aquella estúpida niña, de cabellos negros, interrumpiese su sueño. Y ahora no podía creer que hubiese encontrado a otra pieza clave en todo el asunto. Desde que las imágenes se habían repetido con constancia lo único que él había hecho era intentar averiguar el porqué de todo aquello. Sabía que no era simple coincidencia. Algo terriblemente profundo se escondía tras aquella maléfica historia.

Cuando llegaron al embarcadero, el hombre de la corte que apuntaba los barcos encallados en el puerto, los miró de soslayo. Por supuesto no reconoció a Elizabeth, ya que esta de normal no vestía como el día de hoy. Amy permaneció totalmente callada, pues Patrick la había amenazado del mismo modo que a la pelirroja.

—Pueden pasar —dijo el pequeño hombrecillo, que tras la espada que Jack había sacado anteriormente amenazándole, no tenía ganas de más disputas entre ellos—. Y gracias por encallar su barco en nuestro puerto.

Jack forzó una malévola sonrisa y subió al barco agarrando a la chica pelirroja. Pronto soltaron las cuerdas, y el barco se perdió en las profundas aguas del océano.

El capitán sonrió satisfecho.

—Marco, vigila el timón —dijo, dirigiéndose a un apuesto muchacho rubio que llevaba el pelo largo, repleto de rastas.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Patrick, baja a esa chica a las mazmorras. —Ordenó de nuevo—. Enciérrala.

Amy sollozó, mientras observaba cómo la costa de la Isla se alejaba lentamente, conforme el barco se adentraba más en las profundas aguas. Jack cogió a Elizabeth del brazo sin ninguna amabilidad. Casi arrastrándola la llevó hacia su habitación. La obligó a sentarse en su cama y cerró la puerta con llave.

—Bien... pequeña... —Sonrió fríamente. Ella sintió un pequeño escalofrío recorriendo su espalda. Pero intentó parecer fuerte, afrontando aquella extraña situación.

—No tenemos nada que darle —dijo, intentando no llorar—. Por lo menos suelte a Amy. Ella no ha hecho nada malo. —Apuntó, valiente.

—No me interesa demasiado tu amiga. —Se sirvió una copa de licor, sentándose en una silla, frente a ella—. Pero por si acaso decidí llevármela también.

—Vos no merecéis ni el aire que respiras. —Murmuró Elizabeth con resentimiento. Descargando una gran cantidad de profundo odio. Él acarició la mejilla de la chica, que no se atrevió a moverse del lugar, con frialdad, raspándola con sus endurecidas manos.

—Olvidas que soy un Pirata —dijo—. En mi mundo no existen las reglas: Al igual que no existe la diferencia entre el bien o el mal. Los límites que vosotros forjáis no nos incluyen a nosotros. Aunque, permíteme decirme, que no entiendo que hacías en esa taberna —añadió—. Pero, hay algo que tienes en tu poder y que yo quiero.

—Te daré lo que quieras —suplicó ella, sintiendo cómo algunas lágrimas rodaban por sus firmes pómulos—. Pero vuelve a la Isla para dejar libre a la otra chica. —Pidió.

—No lo haré —apuntó él, decidido. Parecía divertirse con la situación, pues no dejaba de mostrar una pequeña sonrisa. Una sonrisa digna de un buen pirata.

—¿Quieres joyas? —Elizabeth se arrancó los dos valiosos colgantes de oro que colgaban de su pálido cuello—. Ten. —Se las dio, firme.

—No me interesan tus riquezas, muchacha. —La miró. Y ella no pudo evitar sentir un pequeño escalofrío cada vez que aquellos ojos grisáceos se clavaban en los suyos—. Lo que quiero son tus sueños...

—¿Cómo dice? —Elizabeth lo miró, sin entender nada.

—*Un, dos, tres: Juguemos en el mar...* —Jack arrastró levemente las palabras, sintiendo como su pulso se aceleraba de nuevo al murmurar aquella frase. Elizabeth ahogó un gemido de sorpresa. Lo miró sorprendida.

“*Un, dos, tres: Juguemos en el mar...*”

Capítulo 2

Amy lloraba en el interior de una celda. La parte interior del barco era demasiado húmeda, por lo que intentaba ignorar el frío frotándose enérgicamente los brazos y abrazándose a sí misma, mientras sollozaba. No sabía qué había ocurrido exactamente. Todo había sido tan tremendamente rápido... Si querían robarles, no entendía por qué no lo habían hecho en la misma taberna. O, quizá, simplemente habían averiguado quien era Elizabeth. Sí, probablemente aquello se trataba de un secuestro. Amy dejó que algunas lágrimas resbalasen por sus pómulos. De pronto, sentada sobre el suelo de aquel lugar, encerrada entre rejas, aquel pomposo vestido rosa le parecía la cosa más estúpida del mundo. El maquillaje, los buenos modales y todo lo que anteriormente había rodeado su vida... allí no tenía ni la más mínima valía.

Escuchó unos pasos cerca. Se acurrucó aún más contra la húmeda pared. Un muchacho que llevaba el pelo largo, muy rizado y poseía unos enérgicos ojos verdosos, se acercó hasta su celda.

—Ten. Come —dijo secamente, dejando caer un plato de alguna extraña sustancia en el interior de su celda. Amy sollozó.

—¿Por qué? ¿Qué nos vais a hacer?

Patrick la miró por encima del hombro. Su fría mirada chocó con los azules ojos de la rubia.

—Eso no es asunto tuyo.

Y tras murmurar aquello salió de las mazmorras, situándose en la parte alta del barco. Observó cómo el navío se abría paso entre las oscuras aguas del océano. Le preocupaba la reacción de su capitán, no entendía qué le estaba ocurriendo, pero últimamente estaba más obsesionado de lo normal con aquel estúpido sueño. Sueño que, por cierto, él sabía que no era estúpido. Pero, por alguna extraña razón, no le inspiraba confianza, estaba seguro de que escondían algo enigmático. Algo aterrador.

Jack suspiró, sirviéndose un poco más de licor. Comenzaba a impacientarse, a él le gustaba hacer las cosas con una rapidez absoluta.

—Quiero que me expliques lo que ves en el sueño que se te repite a menudo —comentó, dirigiéndose hacia Elizabeth.

La pelirroja muchacha se encontraba sentada en el borde de la cama del capitán, con miedo. Miraba el interior de aquella habitación al detalle, intentando evitar los ojos del joven que, por alguna razón, la ponían nerviosa. Él tenía una mirada gris demasiado penetrante, algo que parecía carcomerla por dentro.

Sin embargo, intentando calmarse, le relató todo lo que veía en sueño.

—Es ella —dijo Jack cuando Elizabeth acabó de contarle toda la secuencia de imágenes.

—¿Quién es ella? —preguntó la pelirroja, olvidándose por unos instantes de dónde se encontraba, y guiada por una extraña curiosidad. Jack la miró con frialdad, acto seguido tiró su vaso de licor volando,

hasta golpear la pared de la habitación. Elizabeth no pudo evitar asustarse ante el gesto del pirata.

—¡Es Eveline, maldita sea! —Gritó, casi fuera de sí—. ¿Qué demonios es lo que quiere esa estúpida niña? ¡Diablos!

Elizabeth se acorraló un poco más, acurrucándose asustada.

—¿Por qué? —Preguntó la pelirroja en un débil susurro—. ¿Por qué te molesta soñar con... Eveline?

Jack la miró frunciendo el ceño, tranquilizándose. Suspiró, cansado, abrió de nuevo uno de los armarios, sacó otro vaso y se sirvió más licor.

—¿Cuánto tiempo llevas soñando todo esto? —Le preguntó.

—Casi dos años... —Murmuró Elizabeth, temerosa.

—Bien. —Jack sonrió con amargura. Bebió un poco de licor—. Yo llevo exactamente nueve años sin dormir absolutamente nada. Nueve años soñando lo mismo. Los primeros años el sueño se repite una vez a la semana, dos veces al mes... en pocas ocasiones. Pero cuando los años pasan el sueño se repite con una constancia absoluta. Da igual que duermas la siesta, o simplemente te acuestes: ella siempre aparece cuando duermes. Aparece para despertarte.

Elizabeth tragó saliva. Verdaderamente debía ser horrible soñar con aquellos todos y cada uno de los días o momentos que durmieses. Y más aún si te despertaba continuamente.

—Por eso la odio —dijo él, molesto—. Necesito averiguar qué es lo que ocurre para librarme de todo esto. Yo solo sé parte de la historia, pero por alguna razón tú también tienes que saber algo. Si no fuese así no entiendo por qué demonios tienes esos sueños.

—No sé nada al respecto. De verdad. No tengo ni idea. Nunca se lo conté a nadie, excepto a Amy.

Jack suspiró, cansado.

—¿Cómo te llamas? —Preguntó, de pronto.

—Elizabeth Par... —Rectificó a tiempo—, Elizabeth Jacqueline.

Él la miró con suspicacia. Aquel nombre le sonaba de algo, pero no llegaba a descifrar donde lo había escuchado exactamente. La miró intrigado. Quizá si le contaba lo poco que él sabía ella podría ayudar en el asunto.

—Bien... —Suspiró—. Te contaré lo poco que sepa, a cambio tú harás todo lo que yo te ordene de ahora en adelante. —Sonrió—. Bueno, y aunque no te lo contase tendrías que hacerlo. —Rio observando su poder—. Ya que estás en mi barco... Y supongo que no querrás que tú amiga caiga al mar, donde los tiburones la esperan con anhelo.

Elizabeth tragó saliva nerviosa.

—No. Por favor. —Pidió—. Yo... juro hacer todo lo que usted me ordene, a cambio de que no le haga daño a mi amiga. —Rogó. Él la miró con superioridad.

—Bien. Trato hecho. Te contaré lo poco que sé. Pero espero que pronto averigüemos más —le dirigió una fría mirada.

» Hace casi treinta años una pareja de piratas tuvieron una niña: Eveline. La madre enfermó de una

fuerte neumonía y un año después murió. Dicen que él se volvió loco; sin embargo, volvió a casarse con otra mujer. Pero continuaba sin olvidar a su primera esposa, y por alguna razón él pensaba que Eveline era la culpable de ello, ya que la niña era el mismo reflejo de su madre. No sé nada más de lo que ocurrió, pero Eveline murió cuando apenas tenía siete años, mientras cantaba esa canción que nosotros escuchamos en nuestros sueños.

Elizabeth lo miró aterrorizada.

—¿Murió con sólo siete años? —Suspiró—. Pero... debe haber alguna razón por la cual nos pasa esto.

—Exacto. —Él sonrió fríamente—. Por ello estás aquí. Pienso averiguarlo, deshacerme de ese estúpido sueño y soy capaz de todo para conseguirlo. —La miró mientras se levantaba de la silla—. Te quedarás aquí encerrada.

—No... yo... ¡No! —Musitó ella.

—Te dije que obedecieses todo lo que te ordenase. Cállate. Mira, si quieres puedo dejarte que limpies la habitación; hace más de cinco años que no la ordeno —explicó él, sinceramente. Acto seguido salió de la estancia. Elizabeth miró en derredor sin saber qué hacer exactamente.

Verdaderamente la muchacha estaba aterrorizada. Y lo que aquel pirata le había contado sobre el sueño no había hecho más que empeorar su situación. Elizabeth suspiró mientras se levantaba de la cama. Él había cerrado la puerta con llave, así que no tenía nada que perder.

Recorrió con la vista las estanterías llenas de polvo. Poseía muchos libros; libros antiguos y valiosos. Además, encima de una vieja mesa, había varias cajas de madera que tenían extraños símbolos tallados en su superficie. Elizabeth suspiró y se sentó de nuevo en la cama. No había mucho que hacer allí, y saber que Amy se encontraba en el barco por su culpa no mejoraba tal situación.

Desesperada por el aburrimiento, se levantó de nuevo de la cama cuando pasó un rato. Estaba agobiada de tanto pensar. Sigilosamente se acercó de nuevo hacia aquella mesa. Por alguna extraña razón una grandísima curiosidad la invadió. Sin apenas saber por qué abrió una de aquellas pequeñas cajas de madera. Tosió a causa del polvo que salió de allí. Poco después abrió los ojos e introdujo su mano en el interior del objeto. Sacó un pequeño collar de allí. Lo observó: Una larga cadena de plata se escurría entre sus dedos, del extremo colgaba una pálida gama de color rojo. La frotó, intentando darle brillo; parecía un colgante muy antiguo.

Y justo en ese momento la puerta se abrió bruscamente. Jack entró en su habitación. Su vista se clavó en la figura de Elizabeth, observó lo que ésta sostenía entre sus temblorosas manos. La mirada del pirata se tornó tremendamente fría al tiempo que sus facciones se endurecían. Cuando reaccionó, con paso brusco se dirigió hacia Elizabeth; le arrebató el collar de las manos al tiempo que la empujaba contra una de las estanterías. Ella gimió de dolor al clavarse la dura madera contra la espalda.

Jack guardó de nuevo el collar en la caja de madera y cerró bruscamente la tapa de ésta. Miró entonces a Elizabeth, tremendamente molesto.

—¿Qué demonios crees que haces? —gritó.

Se acercó hacia ella, que permanecía estática contra la estantería. La acorraló allí, presionando su cuerpo con el suyo.

—No te atrevas a tocar lo que me pertenece —masculló serio. Su mirada irradiaba un odio increíble—. Jamás, jamás abras ninguna de esas cajas.

Elizabeth giró el rostro, temblorosa. Jack agarró la barbilla de la chica con una de sus manos obligándola a mirarlo fijamente.

—¡Nunca! —añadió, enfurecido.

—Yo... yo sólo... —tartamudeó la muchacha—. Yo... no pensé que...

—No tienes que pensar. Sólo debes obedecerme —la interrumpió él—. No intentes invadir mi espacio. Jamás toques mis cosas. Nunca. —Agarró la barbilla de Elizabeth, clavando sus dedos en la piel de la chica, que intentaba fingir ser fuerte—. Si no quieres que tu vida se convierta en un infierno será mejor que me hagas caso.

Observó entonces el rostro de Elizabeth.

Poco después se separó, mientras ella continuaba estática.

—Lo siento —dijo Elizabeth en un pequeño susurro.

—Más siento yo tener que aguantar a alguien como tú en mi barco —dijo él, sereno. Una extraña rabia se había acumulado en su interior al ver a la chica con el collar en su mano. Jack se sentó en la cama—. Por cierto... ¿Cómo te llamas? —preguntó, sin ninguna amabilidad.

—Elizabeth —respondió ella—. Ya te lo dije.

—No importa. Si yo te lo ordeno debes volvérmelo a decir. No intentes corregirme.

—Tú no me has dicho tu nombre. —Se aventuró a decir de pronto la muchacha. Verdaderamente tenía miedo, pero su impulso ganaba aquel primer sentimiento.

Él la miró contrariado. Clavó sus grises ojos en ella, recorriendo su figura. Figura en la que apenas se había fijado hasta el momento. Se deleitó observando su largo cabello pelirrojo, descendió lentamente hasta su cintura. Poco después alzó la vista de nuevo.

—Jack. —Aclaró—. Me llamo Jack. Pero, tú debes nombrarme Capitán.

Elizabeth asintió.

—¿Qué se supone que haces ahí parada? —preguntó él de pronto.

Por suerte empezó a calmar su ira un poco.

Ella se separó de la estantería sintiendo un fuerte dolor en la espalda. Gimió débilmente. Él recordó entonces que la había empujado bruscamente. Desde entonces debería cuidarla algo más. Si le ocurría cualquier cosa a la chica podría ser posible que no llegase a averiguar todos los detalles o misterios del profundo sueño. Se levantó, acercándose hacia ella, quien lo miró con miedo.

—No te haré nada —dijo él, al ver la expresión de la chica. Quizá se había pasado un poco. Con los hombres no le importaba incluso matarlos, pero por pocas normas que los piratas seguían, hacerle daño a

una mujer no era demasiado apropiado—. Déjame ver.

—No es nada —respondió rápidamente ella.

—No me contradigas —replicó Jack, ligeramente molesto.

Elizabeth permaneció callada. Tenía miedo de que él la agrediese también a causa de cualquier impulso. Por lo tanto, ella se quedó quieta mientras Jack se levantaba para dirigirse hacia su espalda. Con ásperas manos tocó la columna de la chica. Ella gimió: le dolía. Jack suspiró molesto por sus propios actos inconscientes.

—Quítate el vestido —ordenó, sereno.

—¿Qué? —Atisbó a decir la pelirroja, incrédula—. No pienso quitármelo.

Definitivamente lo último que le apetecía era que aquel odioso hombre la viese en ropa interior. Sin embargo, al instante se arrepintió de no haberle hecho caso. Jack sacó su cuchillo y rajó, con la punta de éste, el vestido de la chica por la parte de atrás; dejando su espalda al descubierto. Como si no hubiese pasado nada, observó lo roja que estaba la piel de la chica junto con algunos rasguños. Elizabeth reaccionó.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —Gimió dolida. Adoraba aquel vestido—. ¡Lo has roto, inconsciente!

Jack ladeó la cabeza y la miró.

—No has querido quitártelo —replicó secamente, como si eso lo explicase todo.

—¡Era de mi madre! ¡Lo has roto! —Chilló la chica—. ¡Apártate de mí!

Ella se alejó del pirata todo lo que pudo, colocándose cerca de una pared. Jack la miró: verdaderamente no entendía a las mujeres. Nunca había tenido demasiado tacto con ellas. Su vida se había resumido en navegar, sentir el mar en su interior y observar las olas de este. Tan sólo cuando hacían alguna parada en tierra disfrutaba de los servicios de alguna mujer. Pero jamás había tenido a dos chicas en su barco. Nunca.

—¿Qué más da que sea de tu madre? ¡Ya se comprará otro! —dijo él, intentando suavizar la situación.

Por alguna extraña razón los ojos de la chica le trasmitían algo especial. Un sentimiento profundo demasiado lejano. Algo que no podía llegar a tocar con las manos, ni siquiera poseer. Un misterio rodeaba el aura de la pelirroja. No era más que una chica cualquiera, pero, indefectiblemente sus ojos denotaban un enigmático brillo. Él suspiró, contrariado.

—Mi madre... —Susurró ella, intentando contener las lágrimas—. No está.

—Ya sé que no está en éste barco. —Repuso él, que no tenía demasiada paciencia—. Pero no es mi culpa —dijo, sintiendo lástima de la mirada de la pelirroja.

Ella ladeó la cabeza. No quería hablar sobre el tema. Lo único que deseaba era que él se marchase de aquella habitación para poder estar a solas.

—Mira, será mejor que aclaremos las cosas. —Jack se sentó en la cama, dispuesto a hablar. Cosa que, por cierto, no solía a hacer con coherencia demasiado a menudo—. Tú estás aquí porque tienes el mismo sueño que yo. Y ambos sabemos que ese sueño esconde algo antinatural. La verdad, había pensado que

cuando todo se resolviese os tiraríamos a ti y a tu amiga al mar: ya sabes, los tiburones también necesitan alimentarse. —Sonrió de lado—. Pero, puesto que esto nos llevará más tiempo del que pensé en un primer momento, si te portas bien, os dejaré de nuevo en tierra. No sé, quizá encontremos alguna Isla de paso.

Elizabeth abrió la boca. Volvió a cerrarla. En aquellos instantes apenas podía hablar. ¿Qué clase de animal era aquel pirata? Sí, ella había leído sobre aquellos rufianes; pero jamás pensó que todo lo que decían en los libros sobre su salvajismo era verdaderamente cierto. ¿En serio había pensado tirarlas al mar cuando averiguase lo del sueño? ¡En que ruda mente podía haber tal insensato pensamiento! Aún con un hormigueo de terror en su interior... Elizabeth miró fijamente al pirata.

—No necesito tu lástima —dijo fríamente—. Me contentaré con que liberes a Amy. De todos modos, gracias por pensar que sería lo suficiente buena como comida para abastecer a los tiburones.

Él la miró divertido.

—Créeme que lo eres. —Sonrió—. Y no sólo para abastecer a los tiburones...

Elizabeth le dirigió una mirada de soslayo. Poca vergüenza tenía aquel pirata, desde luego. Tenía ambos brazos posados sobre su pecho, por si acaso el vestido se caía por la parte trasera.

—Me has secuestrado. —Frunció la nariz molesta—. Y golpeado; más por si todo eso fuese poco también has roto el vestido de mi madre. Bien, ahora si no te importa; preferiría estar completamente sola antes que tener que gozar de tu compañía.

—Preciosa —dijo él irónico. Algo molesto por que una simple mujer le hablase así; como si se sintiese superior—. Recuerda que estás en mi habitación. No puedes ordenarme que me largue de aquí.

—Bien. Entonces quiero pedirte que me encierres en un calabozo. —Sonrió falsamente—. Lo prefiero.

Jack se rascó con indiferencia la barbilla. Tenía los grises ojos clavados en el suelo, al tiempo que parecía muy pensativo. Los rasgados ropajes colgaban como trapos, pero igualmente le daban un toque seductor. En parte estaba sorprendido: nunca había tenido una conversación tan larga con una mujer. Era mucho más fácil acostarse con ellas en una juerguista noche para abandonar aquel lugar a la mañana siguiente. Sin embargo, la pelirroja se lo estaba poniendo difícil. Muy difícil. Jack no pudo evitar sorprenderse de donde habría sacado tanto ego aquella chica. Suspiró resignado. Él no pensaba quedarse demasiado atrás.

—Tus palabras carecen de valor —dijo, seguro—. Si lo que deseas es librarte de mi presencia, no lo conseguirás encerrándote en una mazmorra. Esas rejas también son mías, por lo cual podría dormir en la misma celda que tú si simplemente se me antojase.

Elizabeth se mordió el labio, perdiendo la poca paciencia que le quedaba. Es más, sentía como toda cordura se esfumaba. Estaba acostumbrada a los buenos tratos, a los caprichos, los modales decentes, la seriedad, los mimos... nadie jamás le había hablado de ese modo. Es más, nunca alguien había negado cualquiera de sus deseos. Arrugó la nariz, molesta.

—¿Qué quieres que haga? ¡No pienso quedarme encerrada en una habitación las veinticuatro horas al

día, hasta que averigües que ocurre con ese maldito sueño! ¡Soy una persona!

Jack pareció pensárselo. Dominar a la pelirroja era como un nuevo reto para él. Porque, a decir verdad, cuando tocaban tierra, no había ninguna bella mujer que resistiese a sus encantos. Sin embargo, aquella parecía no haber detallado aún todas y cada una de sus maravillosas cualidades. Sonrió desarmado.

—Está bien. —La miró—. Si te comportas debidamente puedes subir conmigo arriba. Ya que no quieres aburrirte... trabaja —puntualizó.

—¿Trabajar? —Elizabeth lo miró entre asustada o sorprendida. Ella jamás había escuchado aquella extraña palabra en palacio.

—Lo sabía. —Jack se levantó de la cama en dirección a la puerta de la habitación, para salir—. Sabía que alguien como tú nunca podría siquiera hacer un mínimo esfuerzo. No tenéis sangre en las venas, sólo caprichos y necias palabras efímeras.

Elizabeth tragó saliva lentamente, al tiempo que Jack salía de la habitación. Se sentó en la silla de madera asombrada. Ella siempre había estado a favor del pueblo; nunca pensó que reaccionaría de una forma tan extraña cuando le propusiesen el simple hecho de trabajar. Desde luego aquel pirata no sabía con quien se había topado. E, igualmente, a ella le molestaba observar la ridícula mirada del muchacho: siempre con aquellos aires de superioridad, aquella penetrante mirada. Elizabeth pestañeó, contrariada. ¿Por quién la había tomado él? ¿Por una simple mujer que sólo sabía escoger que vestido ponerse cada día? No. Ella no era ningún fantasma de plástico, se trataba de algo más. De un humano. Elizabeth era humana a pesar de aquella prestigiosa descendencia familiar. Y sí, lucharía para demostrarlo.

Con aires de superioridad salió de la habitación, ya que ésta vez Jack no la había cerrado siquiera con llave. Elizabeth refunfuñó para sí misma por lo bajo. Las palabras del Pirata la habían hecho sentirse como una mujer que no valía para nada más que comprar trajes de moda. No. Ella no era así. La pelirroja siempre había deseado ser libre e impedir que las cadenas de palacio la oprimiesen. No iba a dejar ahora que un simple hombre rebajase sus expectativas. Salió de la habitación dando un pequeño portazo.

Todo estaba demasiado oscuro allí abajo. El atardecer se ceñía sobre el barco. Elizabeth tanteó las paredes, hasta que encontró un candelabro en el techo del interior del barco. Unas pequeñas escaleras subían hasta allí. Aún con el vestido rasgado se sujetó firmemente a la barandilla hasta conseguir llegar a la superficie del barco. Miró a su alrededor. Una larga explanada de madera se encontraba a sus pies, la parte superior del barco, donde estaba el timón, donde se observaban las velas y se disfrutaba del mar.

La muchacha aguzó más la vista. Allí sólo se encontraba Jack, que controlaba el timón sereno. Tenía una expresión extraña. Y Elizabeth no pudo evitar sentir una pequeña admiración al verlo tan serio controlando la navegación de aquel barco. Se alzaba en la parte alta del buque como un experto. Ella suspiró mientras se dirigía hacia allí. Se colocó abajo. Para llegar hasta donde él estaba un había que subir tres escalones más. Tosió. Él la miró sorprendido, sin dejar de controlar el timón.

—¿Aún hay algo en lo que pueda ayudar? —Preguntó la chica intentando mostrar una pequeña sonrisa.

Jack la miró con indiferencia. En parte le molestaba que una simple dama consentida intentase retar a un pirata. Por otra parte, se sentía culpable, porque él mismo era quien la había impulsado aquello. Estaba claro que la muchacha tenía orgullo. Y mucho. Suspiró, abatido. Todos los grumetes se habían ido a descansar, pues llevaban un día largo y pesado. Jack resopló por lo bajo.

—No sé qué decirte, chica de ciudad —añadió—. Me quedan horas por delante de navegación. Si te apetece dormir en la cubierta mientras le haces compañía a un alcohólico pirata... adelante. Sube —repuso, irónico.

Elizabeth le mostró una pequeña sonrisa antes se subir aquellos tres escalones. Se situó a su lado, observando curiosa como las ásperas manos de Jack dominaban el timón de manera a la perfección, manejando con soltura la dirección de aquel pesado barco.

—¿Quién te enseñó? —preguntó, tras estar mirando sus movimientos largo rato.

—Lo aprendí —respondió él simplemente.

Jack estaba acostumbrado a navegar sólo en noches frías. No solía tener acompañantes. Y muchísimo menos acompañantes en su precioso barco que fuesen mujeres. Jamás una chica le había preguntado cómo manejar, ni siquiera ninguna se había situado a su lado mientras él lo hacía. La miró sorprendido.

Sí, aquello le resultaba extraño por mucho que intentase esconderlo.

—Ya sé que aprendiste —murmuró ella—. Pero no te he preguntado eso. Lo que quería saber era quien te enseñó, pero veo que no te apetece demasiado responder...

—Mi padre —respondió él secamente.

Elizabeth se sentó en la madera del barco. Miró al horizonte sonriente, el aire rozaba su hermoso rostro bañándolo del olor a sal que el mar desprendía. El mismísimo océano parecía rendirse a sus pies. Y aquel viento fresco iluminaba sus facciones. Podía sentir en su interior el sonido del océano. De pronto, recordó que estaba secuestrada por unos salvajes piratas, pero, para su sorpresa, jamás en su vida se había sentido tan libre.

Suspiró profundamente.

—¿Y dónde está tu padre? —preguntó ella de pronto. Sentía curiosidad por la vida de aquel solitario pirata. Los ojos grises de él parecían esconder emociones y sentimientos.

—Murió —atisbó a decir Jack. No le gustaba hablar de aquel tema con nadie. Y, a decir verdad, hacía años que no lo hacía.

Elizabeth se mantuvo en silencio unos instantes. Era una muchacha extrovertida, además de impulsiva y curiosa. Sonrió al observar cómo algunos peces saltaban en el agua, volviéndose a internar tras unos débiles segundos. Todo estaba tremendamente calmado; el mar, el viento, las olas, el sonido... El mundo. Jack la miraba de reojo de vez en cuando, sin soltar el timón de madera que los trasportaba hacia un mundo nuevo. El atardecer llenaba los sentidos de ambos. Un cielo anaranjado se escondía por el horizonte, dando paso a la oscuridad de la noche. Ella suspiró. Se acurrucó entre unos sacos, cerca del capitán, apoyando su cabeza en una de aquellas superficies.

—Desde aquí se ven las estrellas —dijo de pronto.

Llevaba largo rato en silencio.

Jack la miró contrariado. ¡Claro que desde ahí se veían las estrellas! Estaban en la cubierta, al aire libre. Suspiró molesto. ¿De dónde demonios había salido aquella muchacha? Él observaba noche tras noche aquellos diminutos puntos brillantes que adornaban el cielo. Es más, sabía de memoria donde se posicionaba cada una de ellas pues, a menudo, necesitaba de éstas para guiar su barco durante la noche. La miró.

—Por supuesto que puedes ver las estrellas desde aquí —dijo—. ¿Acaso nunca las has visto o estás ciega y no me he dado cuenta de ello?

Ella lo observó molesta por su último comentario. Se acurrucó más entre los sacos. Empezaba a hacer frío.

—No estoy ciega. Pero desde mi casa... no veía las estrellas.

—Menuda mierda de casa —dijo entonces él.

Elizabeth intentó no reír. Si aquel capitán supiese que su casa era el mismísimo palacio... quizá no opinaría lo mismo al respecto. Pero su padre nunca le había dejado salir a la calle más tarde de las ocho. Ella era una presa fácil para piratas u hombres desterrados de la Isla, por ello siempre iba acompañada de algunos guardianes. Y ver las estrellas junto a cinco personas que vigilan cada uno de tus movimientos no era precisamente algo agradable; quizá por ello aquella noche se sentía tan libre. Todo era demasiado natural, bello, hermoso...

Capítulo 3

Había un gran estrépito en la habitación. Todos los presentes caminaban de un lado a otro nerviosos por la noticia recién recibida. De pronto, el mismísimo Marcus Pardo IV, entró por la puerta con el semblante serio. Los demás hicieron una leve reverencia ante su llegada antes de volver a ponerse firmes.

—Coronel —llamó secamente, dirigiéndose hacia un hombre alto de grandes ojos negros—. Sería tan amable de repetirme la noticia que me han dado hace apenas unos minutos.

Éste tembló ante las rudas palabras del Rey.

—Verá, mi señor... —comenzó—, parece ser que esta misma mañana unos piratas secuestraron a su querida hija. También se llevaron a Amy, hija del embajador —explicó.

El padre de la rubia también se encontraba allí, entre todos los demás, totalmente paralizado por la frustración y el dolor ante los hechos.

—Eso es imposible —anunció Marcus Pardo IV—. Elizabeth siempre lleva guardaespaldas —aclaró—. Quiero que encuentren inmediatamente a mi hija.

De pronto una chica, que sollozaba al fondo en un rincón, salió de allí. Tenía unos grandes ojos verdes, ahora repletos de pequeñas lágrimas.

—Mi señor... Siento decirle que esta mañana Elizabeth deseaba ir a un lugar algo especial. No dejó que le acompañase la escolta.

Marcus se giró de pronto, acariciándose la larga barba blanca, tratando de asimilar aquella nueva noticia, pero era inverosímil...

—Celina, no puede ser —replicó al fin—. Son órdenes severas que...

—Siento decirle que se nos escapó —dijo entonces el más importante de los guardaespaldas—. Luego estuvimos buscándolas. Fue cuando averiguamos, gracias al hombre que dirige la llegada de barcos al puerto, que unos piratas se las llevaron. Cuando quisimos hacer algo era demasiado tarde. Él no las reconoció hasta que nosotros les enseñamos un retrato de la chica, cuando la buscábamos.

Marcus Pardo se dejó caer entonces en su sillón, totalmente consternado. Al principio había pensado que se trataría de una simple equivocación de los demás, pero no; al parecer estaban en lo cierto. Su preciosa hija Elizabeth secuestrada por unos... piratas. Los odiaba. Hubo un tiempo en el que sintió fascinación por estos seres navegantes, pero diecinueve años atrás ocurrió un importante hecho en su vida que provocó el odio hacia ellos. El rencor acumulado apenas le dejaba hablar.

—Piratas... —masculló secamente. Acto seguido se levantó, se dirigió hacia el embajador, el padre de Amy—. ¡Deben encontrarlas inmediatamente! ¡YA! ¡Saquen todos los barcos a la mar! ¡Quiero a todo el ejército tras ellos, de inmediato! —Gritó, fuera de sí. Se dirigió entonces hacia el embajador Mathew—.

No se preocupe, las encontraremos a las dos. Se lo aseguro. Por mi sangre que las rescataremos para después... matar a todos esos piratas.

Todos los hombres empezaron a salir de la habitación para manejar sus cargos. Sólo cinco se quedaron dentro de la habitación. Uno de ellos, el coronel, se dirigió hacia el rey.

—Señor... tenemos más pistas. —Anunció—. Hemos hablado con un tal Barrie, que asegura haber visto a su hija con su amiga en el interior de su taberna. Las reconoció también cuando le enseñaron el retrato. —Explicó—. La cuestión es que justo en ese momento se encontraban los mismos piratas que describe el controlador del puerto. Parece ser que fueron ellos quienes las secuestraron. Hemos podido averiguar el nombre del capitán del barco. Un tal Jack Rowen.

—¿QUÉ? —Marcus Pardo se dejó caer en su sillón. Sentía su corazón latir a mil por hora. No podía ser, aquello era una simple pesadilla. Jamás en su vida algo le había consternado tanto. Aquella frase se había instalado en su interior provocando que sus piernas temblasen. —¿Rowen? —Murmuró al fin—. ¿Está seguro de ello coronel?

—Sí. Completamente. Además, hemos mandado al hombre que controlaba el puerto a la orca. No podemos permitir descuidos así. —Informó como si no fuese importante. —No se preocupe, las encontraremos—. Concluyó.

Acto seguido todos salieron de allí dejando solo a Marcus Pardo, quien apenas podía creer la noticia. Su hermosa hija, lo único que le quedaba en aquel mundo, secuestrada por un... Rowen.

Un atractivo muchacho moreno comenzó a revolver con prisas uno de los baúles que se encontraban en la habitación. Cuando no encontró allí lo que buscaba pasó al siguiente. Cogió una pequeña llave que colgaba del colgante que llevaba, y abrió el baúl. Sonrió. Sí, allí estaba enterrado todo su pasado. Con manos temblorosas sacó algunas viejas ropas, ropas de pirata. Un sombrero algo estropeado junto con unas botas negras. También encontró una pequeña espada algo oxidada. Sonrió complacido.

Si alguien hubiese sabido quien era él seguramente no le habrían dejado entrar en la Isla. Y mucho menos comprometerse con la hija del embajador. Sin embargo, cuando llegó allí, una fría mañana de invierno, hace tan sólo cuatro años, dijo que se había perdido, y que venía de Londres en un barco pescador. La corte no dudó en acogerlo. Poco a poco, tras algunos estudios y demostrando sus grandes dotes, consiguió hacerse un hueco en palacio, sirviendo como capitán de gran parte de la marina del rey. Lo que ellos no sabían era que Dean no era un simple marinero. No. Él era un pirata.

Todo había cambiado la noche más trágica de su vida. El barco donde él, sus padres y numerosos grumetes más navegaban, se había incendiado gracias al ataque de otro navío. Los restos se hundieron en las profundas aguas del mar. Y sólo él consiguió sobrevivir, cuando apenas tenía diecisiete años, llegando a aquella Isla, sujetándose a algunos trozos de madera que habían quedado flotando en las

aguas. Quizá no dijo la verdad porque sabía que de ese modo lo matarían antes que aceptarlo entre la población. O quizá porque quería dejar atrás aquel trágico y doloroso pasado.

Sin embargo, ahora su bella amada se encontraba en peligro. Le habían llegado las noticias rápidamente: Amy había sido secuestrada junto con la princesa Elizabeth. Y fue en ese momento cuando su corazón de pirata salió de nuevo a la luz. No había dudado en sacar sus viejos ropajes y algunas armas junto con su alta moralidad. Tenía claro que aquellos incompetentes de la corte jamás atraparían a un barco Pirata; por eso había decidido hacerlo por su cuenta.

Salió de su pequeña cabaña. Seguramente si alguno de todos sus conocidos en aquellos últimos cuatro años, le hubiese visto así; no le habría reconocido. Estaba seguro de que, si su padre viviese en aquellos momentos, estaría orgulloso de la decisión que Dean había tomado. Rápidamente se dirigió hacia la casa de uno de los pocos amigos que había conocido en la Isla. Llamó con impertinencia. Un muchacho abrió.

—¡Ahh! —Gritó.

—¡Liam, cállate, maldita sea! ¡Soy Dean! —exclamó en un susurro.

El otro suspiró aliviado. Le abrió más la puerta para dejarlo entrar.

—¿Qué demonios haces así vestido? ¡Tú prometida ha sido secuestrada mientras tú te diviertes disfrazándote! —dijo, exasperado—. ¡No, eso no está bien!

—Idiota. —Siseó Dean—. Debo contarte muchas cosas. Pero antes que nada tienes que ayudarme. Coge todo lo que necesites llevarte para un largo viaje. No hay tiempo que perder.

Liam lo miró extrañado.

—No entiendo de qué estás hablando.

—Iré por mi cuenta a rescatar a Amy. —Anunció éste—. Y tú me acompañarás. Por favor... ni siquiera puedo alzar yo sólo las velas de un navío—. Le suplicó.

Liam lo miró con el ceño fruncido. En realidad, Dean siempre le había ayudado de una forma u otra. Y era la primera vez que éste le pedía algún favor... Suspiró, agotado.

—Está bien, está bien —dijo al fin.

—Muchísimas gracias. —Dean lo miró agradecido—. Coge algunas cosas. Será mejor que nos marchemos pronto; ahora que está anocheciendo.

Pocos minutos después los dos muchachos corrían por el puerto cargados con varios baúles. Dean fijó su vista en uno de los barcos.

—Ese —dijo—. Cogemos ese. Dios, Liam... ¿Qué has metido en éstos baúles? No nos vamos de vacaciones.

—Ropa, comida, utensilios... te aseguro que cuando estemos perdidos en medio del océano me lo agradecerás —contestó complacido.

Pronto llegaron hasta donde se encontraba aquel barco. Dean subió primero por las escaleras. Por suerte, con el revuelo del secuestro de la princesa, nadie estaba vigilando en aquellos momentos. Por ello no pasaron demasiadas dificultades.

—Alza las velas —le indicó Dean a su amigo, haciéndose cargo del timón.

—Dame tiempo... —Pidió el otro, que era algo inexperto en el tema. Su vida solía consistía en ir de una a otra fiesta de palacio. Había heredado una gran fortuna de su familia por lo que nunca le había hecho falta trabajar.

Poco a poco el barco se hizo un hueco en las aguas, navegando sigilosamente. Adentrándose en el océano al tiempo que la maravillosa Isla se perdía de vista. Dean se alzó en lo alto del buque. Volvía a sentir aquel fresco aire rozando su rostro, la suavidad del olor que el mar desprendía, las estrellas que inundaban el cielo: volvía a internarse en su pasado.

Jack no pudo evitar mirar tiernamente a la muchacha. Elizabeth se había dormido en la cubierta, tumbada sobre aquellos sacos que estaban repletos de harina. Parecía un ángel caído del cielo. El pirata continuó observándola de vez en cuando sin soltar el timón.

Le resultaba extraño no estar sólo en la noche. Normalmente, cuando él tripulaba, nadie se encontraba acompañándolo. Sólo algunas veces su fiel amigo Patrick se quedaba algunas horas con el capitán, hablando mientras bebían ardiente ron. Pero, estar con una chica de la corte, en su propio barco, era lo más extraño que le había ocurrido jamás. Suspiró resignado. Igualmente, él no iba a cambiar su personalidad de pirata. De pirata al que nada le importaba más que su barco, junto con la buena vida. Sí, a pesar de algunos momentos trágicos en su pasado, Jack no podía quejarse demasiado de la vida que le había tocado llevar. No era nada desagradable; y a él le gustaba así. Prefería vivir navegando de un lado a otro que estar encerrado diariamente en un majestuoso palacio. Los caprichos nunca habían sido valorados por el muchacho. Al contrario; le gustaba ganar por sí mismo, no quería que nadie le diese nada si ello no requería un esfuerzo. Y sólo por esa magnífica razón cada mínima cosa que hacía le provocaba un extraño orgullo en su interior. Siempre se había ganado la vida sólo. No recordaba demasiado bien cuál fue el último instante de su vida en el que una familia lo apoyó. Pues fue hace tantísimos años...

Cuando la dirección del barco cogió constancia y el viento sopló calmado; Jack se apartó del timón. No necesitaba estar pendiente de él todo el rato; simplemente tenía que coger la dirección correcta. Y gracias a las estrellas ya lo había conseguido.

Se acercó lentamente hacia Elizabeth. La observó en la oscuridad de la noche. Apartó un mechón de su cabello que caía reluciente por su rostro y se sentó a su lado mientras suspiraba débilmente molesto. Molesto por tener que cargar con dos mujeres en su tripulación; “como si no tuviese ya demasiados incompetentes”, pensó.

Apoyó su cabeza en el marco del barco, y miró las estrellas; sentado junto con la pelirroja. El cielo estaba despejado; y éstas se expandían por él como pequeñas luciérnagas que centelleaban sobre aquel

manto negruzco. A menudo, cuando estaba sólo en las frías noches, se dedicaba a contarlas silenciosamente; temiendo que algún día algo le ocurriese y no pudiese volver a hacerlo. Contar las estrellas podía parecer algo insignificante; pero para aquel pirata se trataba de algo importante. Siempre había recordado una imagen de ello en su cabeza. Una imagen que jamás se borraría. No sabía si era real o ficticia, pero, de algún modo, allí estaba, junto con su alma.

Elizabeth refunfuñó en sueños. *“Una hermosa niña de largos cabellos brillantes andaba por la cubierta de un barco. Tenía los ojos grandes, de un precioso color azulado. Sus pequeñas manos agarraban con fuerza un estropeado oso de peluche. Sonreía. Sus sonrojados pómulos acompañaban la ternura de su rostro. No parecía preocuparle nada de lo que se encontraba a su alrededor. Y desde luego, estaba acostumbrada a estar navegando en un barco diariamente. La niña rio con gracia, escondiéndose detrás de la vela del mástil. Justo al mismo tiempo canturreaba una dulce canción, repitiendo constantemente la frase “Un, dos, tres: Juguemos en el mar...” De pronto, se hizo el silencio. Ella se acurrucó más contra el mástil de barco, sin borrar esa intrépida sonrisa de sus labios, intentando que alguien no la encontrase. La ronca voz de un hombre se escuchó a lo lejos; mientras buscaba a la pequeña y divertida muchacha. Una voz que murmuró secamente: Exacto, Eveline; “un, dos, tres... el juego empezó en el mar”.*

Un grito irrumpió el dulce silencio del mar.

Jack se giró asustado. Elizabeth acababa de incorporarse sobresaltada. Estaba tiritando. No dejaba de temblar, sus ojos le dirigían una mirada perdida al estrellado cielo, intentando calmarse mientras respiraba profundamente. El capitán del barco la miró sorprendido. Y sin saber qué hacer la acurrucó entre sus brazos intentando que, al menos, dejase de temblar. Un sudor tremendamente frío cubría la frente de la muchacha. Jack la apretó más contra su cuerpo, intentando darle calor. Sabía que ella había soñado lo mismo. Lo sabía. A pesar de estar pensando en lo que ambos tenían en común, no pudo pasar por alto el inigualable aroma que desprendía la chica. Olía a flor salvaje; a libertad anhelada junto con el misterio más profundo. Jack sintió que se perdía en aquel aroma y rápidamente la separó de su cuerpo.

—¿Qué ha ocurrido? —Le preguntó, mirándola fijamente.

—He visto algo más —dijo ella, aún sin reaccionar demasiado.

—¿De qué se trata? —Él la zarandeó débilmente.

—Había un hombre —dijo Elizabeth, temblorosa. Jack intentó apartarse, más la pelirroja se abrazó fuertemente al pecho del pirata. Y quizá él no tuvo el valor o simplemente no quiso interponerse entre los brazos de la chica y su propio cuerpo. Suspiró, esperando a que ella continuase hablando—. Su voz... La voz del hombre... no sonó bien. Era... escalofriante. Pero esa niña no parecía temerle.

—¿Cómo era el hombre? —Preguntó Jack.

Ella se acurrucó más sobre su pecho.

—No lo vi. Tan sólo llegué a escuchar su voz. Parecía que estaban jugando al escondite o algo por el estilo. No estoy segura de verdad.

—Es extraño —dijo él—. Hace años que siempre sueño lo mismo. Al igual que tú. Ni una imagen más ni una menos. —Meditó pensativo—. No entiendo por qué demonios ahora se alarga el sueño.

—Es la primera vez que duermo desde que te conozco. —Instó la chica—. Puede que sea esa la razón. No tengo la más mínima idea.

Él asintió aun pensativo. Elizabeth se aferró más al pecho del pirata, casi sin darse cuenta, abrazándolo fuertemente. Él la cobijó bajo sus brazos. La pelirroja tenía miedo. Jamás había pasado una noche fuera de palacio. Y mucho menos con un pirata junto con extraños sueños. Suspiró cuando consiguió calmarse levemente. Él la miró fijamente.

—¿Estás bien? —Preguntó. La pelirroja asintió ante su pregunta—. Será mejor que vuelvas a dormirte. Puedes bajar abajo si quieres.

—No. Prefiero estar aquí—. Murmuró ella con sencillez.

Él refunfuñó algo molesto. Le desagradaba que Elizabeth se agarrase a él con tanto ímpetu. Bien, estaba nerviosa junto con todo lo demás; pero debía comprender que un pirata como él no estaba acostumbrado a ese tipo de caricias. Suspiró. La pelirroja miraba al cielo, su respiración ya se había calmado bastante después del impertinente sueño.

—¿Cuál es esa estrella de allí? —Le preguntó a Jack, curiosa, señalando un punto en el infinito.

—Hércules. —Explicó él. —Y la que está a su lado Sagitario.

Elizabeth asintió. Conforme los minutos iban pasando, sin apenas darse cuenta; Jack iba nombrando algunas constelaciones al tiempo que ella afirmaba con la cabeza, curiosa, sin dejar de apoyarse en su pecho. El cielo parecía un nuevo Universo diferente a todo lo conocido hasta el momento. Un lugar repleto de misterios sin resolver.

—¿Cómo aprendiste todas esas constelaciones y nombres de estrellas? —Le preguntó la pelirroja pasado un tiempo.

—Tras años de mirarlas cada noche —respondió él secamente. Totalmente sincero. —Hace frío. Será mejor que duermas abajo. —Repitió. Quería deshacerse de ese cálido cuerpo que presionaba el suyo.

—No tengo sueño —dijo ella. —No quiero dormir.

—Está bien. —Él suspiró exasperado. —Te ordeno que bajes a dormir. Te he explicado el porqué de más de veinte constelaciones; junto con el nombre de casi treinta estrellas. Creo que es hora de que descanses. Y a mí me apetece estar solo, si no te importa... me queda mucho trabajo por hacer esta noche.

Elizabeth lo miró algo herida. Le molestaba el grandísimo ego de aquel pirata. Pero lo que más la enfurecía era el hecho de que la tratase como si no fuese nada. Suspiró. Lentamente se separó del cuerpo de Jack. Ni siquiera se había dado cuenta de que todos aquellos minutos había estado apoyada sobre el pecho del chico. Se sonrojó levemente.

—Sí. Será mejor que duerma. Me parece una idea mucho más atractiva que pasar una noche al lado de un... pirata —dijo rasgando el desdén.

Jack la miró molesto. Se levantó del suelo.

—Adelante pues —puntualizó secamente. Cogió de nuevo el timón entre sus manos, cambiando el rumbo del barco levemente.

La pelirroja lo miró una última vez. Tenía las mejillas algo sonrojadas al darse cuenta de lo fuerte que había abrazado al pirata. Y sobre todo tras recibir aquel gesto de hastío por parte de él. Con paso lento bajó de nuevo hasta la habitación del capitán. Abrió una de las sábanas. Sin siquiera desvestirse se metió en su interior. Y por suerte no tardó demasiado en dormirse; aquella vez sin ser atacada por ningún extraño sueño.

Jack se sentó en el suelo de la cubierta del barco cuando consiguió el rumbo correcto. Estaba molesto sin saber por qué. Por una parte, era extraño que justo aquella noche Elizabeth hubiese soñado algo más que lo normal. Y de otro modo diferente, también le enfurecía la actitud de superioridad que la chica solía mantener para dirigirse hacia él. Le molestaba ser más o menos amable con ella, en comparación a como era con todos los demás. Al igual que le fastidiaba no averiguar más sobre la historia del sueño. Suspiró, agotado; echó la cabeza hacia atrás y casi inconscientemente comenzó a contar las estrellas como hacía tantísimas noches.

Por suerte Elizabeth no tardó demasiado en dormirse. Aquella vez sin percances. Cuando despertó a la mañana siguiente apenas sabía dónde estaba. Un áspero hombre la agitaba continuamente.

—¡Deja de zarandearme! —Se quejó ella, aún en la cama, sorprendida quitando las manos de Jack se sus hombros—. ¿Pretendes matarme antes de tiempo?

—¡Si sigues durmiendo tanto como la mismísima hibernación de un oso, ten por seguro que sí lo haré! —Le reprochó él. Cogió algunos pergaminos sueltos que tenía por la mesa, junto con un bote de tinta y una fina pluma. —¡Vamos! ¡Levántate de una maldita vez! Ya ha salido el sol...

Elizabeth bostezó, cuando él desapareció de la habitación. ¡Menudo genio tenía aquel idiota! —se quejó para sus adentros—. Seguramente lo que para él significaba un “Pronto, ha salido el sol” realmente quería decir: “Tan sólo son las seis de la mañana, hora a la que jamás te has despertado en palacio. Está amaneciendo por lo cual me apetece molestarte.”

Sin embargo, cuando Elizabeth subió a cubierta, se sorprendió al ver que casi todos los piratas ya se encontraban allí. Desde luego sí que madrugaban aquellos hombres. Divisó a Jack junto al timón del barco. Con paso rápido avanzó hacia allí mientras todos los Piratas levantaban la vista para mirarla sorprendidos: Jamás habían tenido a una mujer en su barco. Y mucho menos en la cubierta.

La chica llegó hasta donde se encontraba el capitán del barco algo sonrojada. Las miradas de los numerosos hombres que allí se encontraban conseguían intimidarla débilmente, a pesar de ser demasiado extrovertida. Pero, sobre todo, se sonrojó al acordarse lo fuertemente que ayer se había abrazado al pecho del muchacho. Sin embargo, olvidando aquellos pensamientos de su mente se dirigió hacia él, que

la miró con una mueca de hastío.

—Tengo hambre —dijo Elizabeth sonriente—. ¿Qué hay de desayunar?

Jack la miró como si la chica acabase de contarle un chiste. Patrick, que se encontraba algo más abajo, tuvo que hacer grandes esfuerzos por no reír.

—En primer lugar: Baja de aquí —dijo el capitán del barco sereno—. Como segundo punto, veamos cual es el bufete libre de hoy: Pescado, pescado o más pescado. Escoge. Y, como veo que no has entendido el primer punto volveré a repetírtelo: lárgate de aquí. En éste lugar sólo se sitúan los piratas.

Ella pestañó. Acto seguido le dirigió una tremenda mirada de profundo odio.

—¿Puedo encerrarme en un calabozo? —Le preguntó, sorprendiendo al pirata.

Él la miró totalmente consternado. ¡Dios! ¡Era idiota para manejar a las mujeres, pero hasta el momento no había tenido ningún problema con ella! Y estaba seguro de que aquella chica debía tener algo especial; no podía ser que fuese tan extrañamente testadura.

—¿Te has vuelto loca? —Se quejó él. Le habló casi en un susurro. —No intentes hacerme las cosas más difíciles. Tengo cosas importantes en las que pensar.

—Está bien. No te daré más trabajo —dijo ella serena. Su largo cabello pelirrojo ondeó en el viento del mar—. Yo misma me encerraré en los calabozos.

Jack soltó las hojas de pergamino que sus manos sujetaban. Se estaba volviendo loco. Ella le estaba volviendo loco con sus estúpidas bromas.

—¡Basta, niña! No tengo tiempo para tus juegos.

—Perfecto. No te molestaré.

Elizabeth dio media vuelta decidida a encerrarse en los mismísimos barrotes de las mazmorras. Así, al menos, estaría junto con Amy. Le apetecía verla, animarla; intentar consolar a su mejor amiga. Las cosas no estaban siendo fáciles. Y le sorprendió lo mucho que la actitud de Jack cambiaba de la noche a la mañana; y nunca mejor dicho. Estaba claro que delante de su tripulación se encargaba de aparentar la imagen de un duro y cruel capitán. Sí, quizá ese era su punto débil. Elizabeth sonrió. Bajó los escalones. Justo cuando estaba a punto de abandonar la cubierta una mano la agarró por el brazo, ella intentó zafarse, asustada.

—Para, no te haré daño. —Un muchacho de largo cabello ondulado, junto con algunas rastas y unos eléctricos ojos azules le sonrió. Tenía unos labios finos que cuando se curvaban daban la impresión de transmitir una extraña confianza. Elizabeth lo miró extrañada.

—¿Quién eres?

—Patrick —dijo él—. Está claro que nos conocemos desde antes, pero... bueno... dadas las circunstancias. —La agarró del brazo arrastrándola tras su paso—. Vamos, será mejor que te sientes aquí.

Elizabeth se dejó caer sobre la madera del suelo del barco, apoyándose en la barandilla. Patrick se situó a su lado. Sacó una pequeña fruta de su bolsillo, que se parecía muchísimo a una manzana. Acto seguido también un cuchillo apareció en sus manos. Con una habilidad sorprendente peló la fruta. Tomó

él un trozo y le ofreció el otro a la muchacha.

—Gracias —dijo ésta. Pero Patrick notó divertido la desconfiada mirada que la chica le dirigió a la fruta.

—Créeme. Es mucho mejor que el pescado de buena mañana. —Aseguró él.

Elizabeth giró la vista y se sorprendió al ver a los demás degustando trozos de pescado crudo. Sintió como unas pequeñas náuseas amenazaban su estómago. Así que casi instantáneamente mordió aquella especie de manzana. Primero masticó despacio. Más luego sonrió.

—No está nada mal. —Admitió, mirando a Patrick agradecida.

Mientras tanto un apuesto muchacho de brillantes ojos grises los miraba desde lo alto de la cubierta. Estaba enfrascado leyendo uno de aquellos pergaminos. Y verdaderamente no le importaba demasiado lo que pudiese estar hablando su mejor amigo con aquella insufrible y caprichosa chica, simplemente le intrigaba. Cuando se dio cuenta de que los dos aludidos le miraban directamente, suspiró y clavó su mirada de nuevo en el ondeante papel que se encontraba en sus manos.

—Es buen tipo —dijo Patrick secamente, masticando la fruta.

—Sí. Ya lo había notado —dijo Elizabeth irónica, mostrando una falsa sonrisa que expresó sus verdaderas palabras—. No sabes cuánto demuestra lo amable que es. De verdad; nunca conocí a un tipo tan honesto como él.

Patrick rio.

—Lo digo en serio. —Mordió algo más de fruta—. Bueno... al principio es como algo insociable, pero ten por seguro que cuando lo conoces te das cuenta de que no es un mal tipo. —Suspiró—. Comparado con todos los demás piratas del mar. Claro, si lo asemejas con uno de tus conocidos en la corte debe parecerte el mismísimo diablo —dijo él como si nada.

Elizabeth pestañeó.

—¡Tú no sabes si yo vivo o no vivo en la corte! —Exclamó, confusa. Y verdaderamente Patrick no lo sabía.

—No. Pero por tu forma de hablar, vestir, moverte o cualquier otro acto puedo sospecharlo. —Sonrió otra vez—. Al igual que tú amiga. Esa chica rubia.

—¿Es la primera vez que él tiene mujeres en su barco, verdad? —Preguntó Elizabeth de pronto, cambiando completamente de tema e intentando que Patrick se olvidase de ello.

—Sí. —Sonrió pícaro—. Bueno, no es la primera vez que tiene mujeres en su habitación, tú me entiendes. Pero sí la primera vez que navega con ellas. Es más, a él no le gusta repetir dos veces con una misma mujer. A mí tampoco, verdaderamente lo entiendo. La emoción se pierde. “Mucho alcohol y una mujer para cada día”. Buen lema. —Sonrió como si aquella conversación fuese de lo más interesante—. Es más, estoy casi seguro de que mi capitán jamás ha hablado más de lo esencial con una mujer. Me refiero, excepto cosas como: “Vamos a mi cama”, “Tengo mi barco en el puerto...” En fin...

—Eso ha sido demasiado grosero por tu parte —dijo Elizabeth tras acabar de oír el extraño monólogo

de Patrick—. Y machista, por cierto.

—¡Oh, perdona! —Patrick le dedicó una sonrisa que no convenció a Elizabeth. —Bueno, ya sabía que no me perdonarías. ¿Qué tal si te llevo un rato a las mazmorras para que veas a tu insufrible amiga? —Preguntó.

Y sin más se levantó dirigiéndose hacia Jack.

—Capitán —le susurró al oído—. ¿Le parece bien que visite a su amiga cinco minutos? No será casi tiempo.

—Sí, por favor. —Admitió Jack—. Llévatela de aquí rápido por favor. Me pone histérico perdido. E intenta hacer algo para que tarde todo lo posible en subir a cubierta. —Suspiró molesto—. La encerraría en la habitación, pero cuando saliese o intentase averiguar algo de sus sueños, sería aún más insufrible.

Patrick asintió, mientras ladeaba la cabeza. Cogió a Elizabeth del brazo arrastrándola hacia el interior del barco. Pronto se vieron en un lugar húmedo, repleto de oscuridad. La pelirroja distinguió a Amy hecha un ovillo, acurrucada a un lado de la celda.

—¡AMY! —Chilló, sintiendo las lágrimas a flor de piel. Corrió hasta allí.

Patrick abrió la puerta de la celda dejando pasar a Elizabeth, quien abrazó fuertemente a su amiga nada más entrar.

—¿Cómo estás? Te ves pálida —dijo atolondradamente—. ¿Cómo te han tratado? Amy, responde.

—Bien... —dijo la muchacha secamente.

Acto seguido se derrumbó en un mar de lágrimas.

Patrick suspiró apoyado en la pared contraria.

—Eso es lo único que hace en todo el día. Créeme, yo soy el que se encarga de traerle la comida. Pero no hay forma de que la acepte —dijo algo divertido—. ¿Es muy idealista esta chica? Lo digo por si está haciendo una huelga de hambre o algo así. Que nos lo diga; así al menos todos nos enteramos.

—¡Cállate, Patrick! —exigió Elizabeth que no estaba para bromas en aquellos momentos. Tocó la frente de su amiga—. ¡Está ardiendo! ¿Cómo pueden darle este trato inhumano? —Se quejó.

—No sé. Pero hace unos minutos tú también deseabas que te diésemos este trato tan inhumano. Debe ser efectivo. —Se encogió de hombros.

—¡Deja de bromear! ¡Tráeme un cuenco con agua! ¡Y comida, rápido! ¡Ah, también una manta!

Patrick suspiró resignado comenzando a caminar.

—¿Quién entiende a las mujeres? —Musitó para sí mismo mientras abandonaba los calabozos en busca de lo que Elizabeth le había ordenado.

—No te preocupes. —La pelirroja abrazó a su amiga que continuaba sollozando—. Yo estoy aquí. No dejaré que nada te ocurra. Lo prometo.

—Tengo miedo... —Susurró la otra.

—Tranquila, tranquila... Yo estoy aquí. —La apretujó entre sus brazos.

—¿Hacia dónde demonios nos dirigimos? —Musitó un indignado Liam. Vestía con uno de sus típicos caros atuendos. Dean lo miró desdeñoso.

—Quítate esa basura de encima.

—¿Por qué? ¡Tiene clase! —Se quejó. Acto seguido se miró de arriba abajo, buscando algún defecto en aquel ilustre traje.

—Estamos en la mar. Eso no es lo apropiado —le explicó su amigo, dirigiéndose hacia él, mientras observaba el grandísimo océano—. ¿Quieres que cuando un barco se nos acerque piense que somos de palacio y nos ataquen? —Preguntó.

Liam pestañó.

—¿Has dicho “Ataque”? —Preguntó, algo miedoso.

—Sí. Ataque. Pistolas. Espadas. Armas. Cañones. Pólvora... ¿Te explico algo más o coges la lógica?

El otro volvió a pestañear.

—¡Hay Dios mío! ¡En que lío me has metido inepto! —Se quejó, dirigiéndose hacia Dean—. ¡Yo vivía tranquilo en mi mansión! ¿Por qué tuviste que hacerme esto? ¡Pensé que sería una especie de crucero, no una batalla entre piratas y tiburones! ¡Santo Dios de mi vida! —Repitió, hablando demasiado rápido.

Dean lo miró angustiado. Arrugó la nariz.

—Lo que tenemos que hacer es rescatar a Amy. Y a la princesa.

Capítulo 4

Apenas habían pasado unos minutos cuando Jack bajó a los calabozos totalmente enfurecido. Patrick le seguía intentando darle alguna explicación.

—¡Jack! ¡Capitán! —gritó su compañero.

Pero era demasiado tarde. Él estaba totalmente fuera de lugar. Cogió a la sorprendida Elizabeth por el brazo, sacándola del calabozo donde se encontraba su amiga, que continuaba sollozando. La pelirroja lo miró asustada.

—¡Me haces daño! —Se quejó, intentando zafarse. Jack la agarraba tan fuerte que le estaba clavando las uñas en la muñeca.

—¡Me trae sin cuidado hacerte daño, ilusa! —bramó.

Omitiendo las palabras de su compañero Patrick, arrastró a la pelirroja hasta su habitación; cerrando la puerta de golpe. La tiró sobre la cama, furioso.

—¡Qué hice ahora! —Se quejó la chica, asustada.

—¡Te parece poco darle órdenes a uno de mis hombres! ¡Es mi tripulación! Tienes que aprender cual es tú lugar. —La apuntó desdeñosamente, mirándola fríamente—. ¡Esta confianza que te has tomado se acabó! Escúchame bien: Tienes prohibido salir de esta habitación. Ni por la noche ni por el día. Yo te traeré la comida. Además, no puedes hablar con tú estúpida amiga; ni con mi tripulación —explicó, severo.

—¡Jack! ¡Se estaba muriendo de hambre, qué querías que hiciese! Está demasiado mal, podría enfermar. —Lo interrumpió la chica consternada.

Jack dejó de hablar unos instantes. Cerró los ojos. Instantes después volvió a abrirlos. Aquella muchacha conseguía ponerle verdaderamente furioso. En abundancia. Más de lo normal. Fuera de control.

—¡Te dije que no me llamas por mi nombre! —Exigió él, enfurecido.

—¡Pero... Jack... yo sólo...! —Interrumpió ella.

Fue como el punto final de una historia inacabada. Él se abalanzó contra ella sujetando las muñecas de la muchacha, posicionándose sobre el cuerpo de Elizabeth.

—¡Estoy cansado! ¡Harto de que llegues aquí y en dos días te metas en mi vida, me molestes, hables con mi tripulación y lo revoluciones todo! ¡Se acabó!

—¿Y qué piensas hacerme eh? ¡No hay nada peor que estar encerrada en éste viejo barco! —Se quejó ella.

—Te aseguro que sí hay cosas peores.

Acto seguido los labios de Jack se precipitaron contra los de la muchacha. Elizabeth sintió como él la besaba con fuerza. Con demasiada fuerza. Un escalofrío recorrió su espalda de arriba abajo. Sintió

vértigo.

Un mar de mariposas empezó a resurgir de su estómago.

Sin embargo, Jack se sorprendió cuando la muchacha no hizo ademán de separarse de él. Al contrario, la lengua del muchacho pudo explotar la boca de Elizabeth sin problema alguno. No había ninguna resistencia. El capitán quería que ella estuviese al tanto de quién tenía el poder allí. Quién mandaba. Y quién daba las órdenes.

Y esperaba que aquel beso lo dejase todo bien claro.

Pero, cuando pensó que ya era suficiente, e hizo ademán de separarse del cuerpo de la pelirroja; sintió que le faltaba aire. Y por alguna extraña razón siguió besándola aumentando la intensidad del contacto. El olor que ella desprendía volvió a inundar todos los sentidos del pirata.

Por alguna enigmática razón los besos de Jack no molestaban a la inocente Elizabeth. Estaba como atontada en un mundo paralelo al real. Sin embargo, cuando la mano de él empezó a descender por el muslo de la muchacha, ella lo apartó bruscamente.

—¿Qué haces?

El pirata la ignoró, comenzó a besar su cuello y volvió a posar su mano en las piernas de la chica, ascendiendo por su muslo, quitando el roto vestido que se interponía en su camino. Elizabeth sollozó bajo su cuerpo, intentó zafarse de él, pero Jack era demasiado fuerte como para poder lograrlo.

—¡Basta! —Pidió comenzando a asustarse.

Él omitió sus palabras. En aquellos momentos no podía parar. Sentía que la deseaba. Y la deseaba sólo para él. Era bella: Y a pesar de ser su prisionera aquello no pasaba por alto para los ojos del muchacho. Ascendió el vestido de la chica con impaciencia. Sin embargo, cuando alzó el rostro para volver a besarla observó cómo pequeñas lágrimas caían por el rostro de la chica. Se detuvo en seco, como si acabase de darse un golpe en la cabeza. Rápidamente se apartó de ella, como un imán que se repele de pronto.

Se levantó de la cama mientras la miraba ausente. Se sintió totalmente impotente al no haber controlado sus impulsos. Pasó una mano por sus labios, limpiándose el sabor a frescura que ella había dejado, al tiempo que se colocaba de nuevo su sombrero de pirata. Elizabeth se bajó el vestido rápidamente. Las lágrimas aún se deslizaban por sus mejillas, y apenas se atrevía a mirar al pirata que tenía en frente.

—Yo... —Balbuceó Jack totalmente confuso—. Ha sido tu culpa, pero... lo... siento... —Tartamudeó inseguro. Acto seguido salió de la habitación.

Elizabeth respiró entre cortadamente. No pudo evitar sollozar. Se secó las lágrimas sin ninguna delicadeza. ¿Qué demonios le había ocurrido? Ladeó la cabeza molesta consigo misma. Se mordió el labio, pensativa, intentando retener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Algo tenía ese pirata. Algo que la atraía de alguna forma enigmática y extraña. Pero, desde luego: Elizabeth estaba segura de que aquello no era normal.

Sollozó de nuevo.

Estaba atrapada en un mundo totalmente imperfecto. Secuestrada. No podía dormir, no deseaba volver a soñar aquellas espeluznantes escenas que, por alguna extraña razón, no la reconfortaban en absoluto. Sentía, que, dentro del sueño, había algo maligno que intentaba arrastrarla.

Se mantuvo allí, sentada en la cama, horas. Hasta que una voz se escuchó tras la puerta.

—¿Puedo pasar? —Preguntó, golpeando la madera con los nudillos. Elizabeth reconoció la voz.

—Sí. Claro, sí. —Contestó.

La puerta se abrió y Patrick apareció por ella. La cerró tras sus pasos. Llevaba un cuenco de algo en sus manos.

—Ten. Sopa de pescado —dijo—. No es que sea mucho... pero te aconsejo que te la comas.

Tardaremos varios días en llegar de nuevo a tierra firme y poder comprar más comida.

Elizabeth sonrió, como muestra de aprecio. Patrick vislumbró sus ojos: Los tenía hinchados, como si hubiese llorado poco atrás. Además, él conocía bien a Jack, y no era normal que este decidiese estar solo en la bodega, como le había dicho horas atrás, justo tras salir de la habitación donde ahora él se encontraba. Patrick suspiró.

—Es un poco bruto. —Murmuró, refiriéndose a su capitán—. Pero... no creo que quiera hacerte daño. Él... no sé... le cuesta acostumbrarse al hecho de llevar a dos mujeres a bordo, pero...

—Basta, por favor. —Elizabeth sorbió un poco del caldo—. No quiero hablar de él.

Patrick observó el triste rostro de la muchacha.

Ella, mientras tanto, bebía aquella sopa de pescado.

—¿Amy ha querido comer...? —Preguntó, con un hilo de voz.

—Sí. Por fin: Parece ser que verte la ha animado. —Contestó Patrick.

Elizabeth lo miró de reojo. No entendía qué hacía aquel chico entre aquella tripulación. No se parecía en nada a ellos, ni en el trato, ni en la forma de hablar, ni en el pensamiento.

Suspiró hondo, como si intentase coger fuerzas.

—Será mejor que te cambies de ropa —le indicó él abriendo el armario de Jack.

—¿Ropa de chico? —Preguntó Elizabeth, que lo único que había llevado hasta el momento habían sido pomposos vestidos.

—No te preocupes. Cogemos algo que él no use, intentaremos que parezca de mujer. —Revisó algunas prendas—. Veamos...

Una hora después Elizabeth se miró a un grandioso espejo que se encontraba tras el armario de Jack. Sonrió, contenta. Sentía como una extraña libertad acurrucaba su cuerpo con frescura. Liberarse del corsé fue como si le hubiesen hecho el mejor regalo de cumpleaños de toda su vida.

Verdaderamente estaba magnífica. Con una pequeña navaja, Patrick, junto con algunos detalles de ella, había hecho un trabajo espectacular. Elizabeth, estaba vestida con una falda negra, que le llegaba por las rodillas, cortadaa picos; como si la hubiese hecho un niño de cinco años. Pero le gustaba: Caía de

diferentes formas por sus piernas. Además, una chaqueta corta y arrugada, acompañaba la parte de arriba; junto con una camisa algo rota que acentuaba las formas de su cintura. El cabello pelirrojo continuaba deslizándose, lacio, por su espalda.

Por último, Patrick se dirigió hacia el armario.

Tardó unos minutos en encontrar lo que buscaba.

—Mira estas botas. —Las sacó—. Te quedarán bien. Y son de chica. Ya sabes, cuando hacemos redadas o buscamos objetos en algún barco abandonado lo cogemos todo, para después poder venderlo o cambiarlo por otras cosas.

Tras la explicación de Patrick, la chica se calzó las botas; que llevaban como chapas o pinchos metálicos en los lados y terminaban en punta. Sonrió.

—Parezco un Pirata —dijo ella.

—Sí, desde luego que sí. —Corroboró el muchacho sonriente.

Justo en ese momento, tras largas horas de ausencia, Jack abrió bruscamente la puerta de la habitación. Los otros dos lo miraron sorprendidos. El muchacho desprendía un fuerte olor a alcohol. Patrick salió de la habitación rápidamente, sin apenas murmurar palabra alguna. Jack cerró la puerta tras sí. Acto seguido miró a la paralizada Elizabeth de arriba abajo. Ella aguantó la respiración.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó observando los ropajes de la chica.

—Nada. —Contestó ella secamente.

Jack se acercó hasta la pelirroja.

—¿Piensas que puedes fingir ser una pirata? —Le preguntó, irónico—. Jamás lo conseguirías. Siempre seguirás siendo una niña malcriada de ciudad. Nunca sentirás el mar como un pirata. Porque el océano no es tu lugar.

Elizabeth lo miró dolida. Ya no por las palabras, si no por el tono de éstas.

—No fue mi intención imitar ser un pirata. Pero rompiste mi ropa. Por suerte no todos en este barco son como tú —dijo, refiriéndose indudablemente a Patrick.

Y sin poder evitarlo Jack sintió una punzada en su estómago que nunca antes había notado. ¿Celos? ¡No, ni hablar! Y mucho menos de su mejor amigo.

—No juegues —puntualizó él, molesto—. Podrías quemarte. Y ahora vamos a dormir.

—Aquí sólo hay una cama. —Informó Elizabeth cruzándose de brazos.

—Gracias por avisarme. No sé qué hubiese hecho si no tuviese a mi alcance tu grandísima inteligencia —dijo él irónico—. Dormiremos los dos en la cama. Y punto.

—¡No! —exclamó ella. —No. Ni hablar. No lo haré. Prefiero no dormir.

—Es una orden —dijo él secamente—. Debes dormir conmigo. No queda nada más que hablar.

Elizabeth refunfuñó por lo bajo. Desde luego Jack conseguía sacarla de quicio continuamente. Se quitó las botas sin siquiera mirarlo. Aquella vez sería la primera que dormiría al lado de un hombre. Ella siempre había estado protegida en el interior de los muros de palacio. Y por supuesto su padre jamás la

habría dejado acercarse a ningún hombre sin antes contraer matrimonio, eso estaba claro.

Inmediatamente se preguntó qué pensaría su padre si supiese aquello. Los recuerdos de su infancia adornaron su mente unos instantes. Normalmente su padre siempre había tenido muchos asuntos que atender como para dedicarle el tiempo suficiente; pero ella sabía que él la adoraba. Que era la luz de sus ojos. Y no pudo evitar pensar como estaría. Seguro que muy decepcionado y enfadado por todo lo que había sucedido.

Suspiró resignada cuando consiguió quitarse las botas.

Jack la miró. Ya estaba acostado en la cama, tapado con una sábana blanca. Además, se había quitado la camisa. Elizabeth observó algo anonadada el torso del chico, sus perfectos pectorales y la suave piel que brillaba bajo la vela que estaba encendida en la habitación. Cuando él la miró, ella se sonrojó débilmente y apartó la vista fugazmente.

—Vístete —dijo ella—. No hace falta que estés sin camisa —le reprochó molesta.

—Quien da las órdenes aquí soy yo —le recordó él, sonriente. Se había fijado en cómo lo miraba la pelirroja minutos atrás—. El hecho de que no puedas evitar observarme no significa que tenga que reprimirme a mí mismo. Además, siempre duermo sin camisa y hoy no será la excepción que rompa la regla.

—¡Cállate! Ya te gustaría que siquiera alguien como yo se dignase a mirarte. Sólo eres un rufián sin sentimientos —dijo ella molesta y, acto seguido, se dirigió hacia la cama, dispuesta a acostarse. Se sentó a un lado, cogiendo las sábanas. Como pudo se introdujo entre ellas tapándose hasta arriba. Jack sonrió algo divertido.

—Apaga la vela —le dijo con sencillez. Elizabeth lo miró sorprendida.

—¿Qué? —Rio como si él se hubiese vuelto loco—. No pienso quedarme a oscuras contigo. Lo siento. No eres justamente el tipo de persona que me inspira confianza.

Jack suspiró molesto. Se levantó de la cama, apagó la vela ante la asombrada mirada de la pelirroja, y acto seguido volvió a acostarse felizmente. Elizabeth ahogó una pequeña sensación al sentir el torso desnudo de él rozando su brazo. Se apartó un poco, intentando no mantener ningún tipo de contacto físico con el pirata.

—Enciende la vela —dijo—. Así me siento incómoda.

—Ya. La cuestión es que yo estoy cómodo —repuso él sonriente.

—¿Y eso qué importa? —Se quejó la pelirroja.

—¡Oh! ¡Cállate ya, por favor! —exclamó él, cogiendo la almohada de plumas y poniéndosela en la cabeza—. No soporto escucharte ni un minuto más. Compréndeme, no estoy acostumbrado a tratar con niñas de la corte. Y, ahora, si me disculpas, quiero dormir. Gracias.

Elizabeth lo miró molesta. ¡Qué poca educación!

—¡Eh! ¡La almohada no es sólo tuya! —Se quejó cogiéndola. Jack luchó por su personal objeto entre la oscuridad de la habitación.

—¡Me estás quitando la sábana, idiota! Tengo frío. —Contraatacó él. Y era cierto, la pelirroja se había hecho un ovillo entre las blancas sábanas—. ¡Ya me tienes harto! ¡Déjame vivir! —exclamó él.

Con un rápido movimiento de manos, el Pirata agarró la sábana impulsándola hacia él. Cogió la almohada con la otra mano colocándosela totalmente bajo su cabeza. Y, tras ello, felizmente se dio la vuelta, dándole la espalda a la muchacha, al tiempo que cerraba los ojos plácidamente.

—¡Una cosa es que no tenga almohada, pero que me quites todas las sábanas es pasarse! —Se quejó Elizabeth que no se daba por vencida.

Jack abrió los ojos en la oscuridad, sin moverse.

Terriblemente molesto tras volver a escuchar la voz de la chica.

—Última advertencia: Te callas o te juro que saco el cuchillo que está en la mesita de al lado —dijo él serio—. Y te aseguro que no lo utilizaría exactamente para cortar fruta.

Elizabeth tragó saliva. Sin decir nada más se acomodó en el colchón. Cerró los ojos. Tenía ganas de llorar. Le hubiese gustado encontrarse en una cómoda habitación de palacio, con una cama repleta de refinados doseles; durmiendo plácidamente. Sabiendo que cuando despertase alguien le traería su desayuno en bandeja a la cama. Sonrió tristemente, recordando tiempos pasados. Finalmente, tras un largo suspiro, se propuso dormir. No supo cómo ni porqué, seguramente a causa del cansancio, en apenas cinco minutos se durmió profundamente.

Cosa que no ocurrió con Jack.

Había notado tiempo atrás que ella se había dormido; al contrario que él. Pues el muchacho llevaba casi dos horas intentando conciliar el sueño. Sin embargo, todo lo ocurrido en aquellos últimos dos días provocaba que su mente no cesase de pensar. Y, para colmo, tener a Elizabeth durmiendo a su lado lo ponía nervioso.

Finalmente se giró, cambiando de postura, cosa que no había hecho hasta el momento. Observó el rostro de Elizabeth. Sus ojos, tras casi dos horas en vela, se habían acostumbrado bastante a la oscuridad. La chica dormía tranquilamente, respirando pausadamente. Él la miró curioso tumbado en la cama. Detalló cada centímetro de su rostro.

¿Por qué tenía que tener aquella nariz tan pequeña y graciosa? ¿Por qué las largas pestañas de la chica se alzaban mágicamente? ¿Por qué aquellos ojos vidriosos, cuando estaban abiertos, siempre lo miraban de una forma tan especial? ¿Por qué tenía la piel como si hubiese sido hecha de mismísima porcelana? ¿Por qué su rojo cabello se deslizaba suavemente por el colchón, inundándolo todo como si fuese mismísimo fuego? ¿Y por qué aquellos labios tenían una forma tan deliciosa y perfecta?

Jack tragó saliva con algo de dificultad.

Ladeó la cabeza, intentando que todas aquellas preguntas sonasen estúpidas en su mente. Sí, decididamente por culpa de aquella imperfecta mujer él acabaría volviéndose loco como no la pusiese en su lugar. Sin embargo, su cerebro no le indicaba que hiciese lo mismo que su protegido corazón. Jack suspiró resignado. De alguna extraña forma se sentía culpable consigo mismo. Con un rápido movimiento

cogió la sábana, que había arremolinado bajo su cuerpo, posándola sobre la muchacha. La tapó con delicadeza, sorprendiéndose de sus propios actos. Pero se sintió mucho mejor cuando el cuerpo de ella dejó de temblar a causa del frío.

Sonrió tiernamente en la oscuridad.

Rozó con sus dedos una de las mejillas de la chica. Hacía tanto que no sentía un contacto conocido que le resultó incluso escalofriante. Las noches llenas de lujuria, cada vez que hacían una parada en tierra, ya no conseguían calmar las ansias del muchacho. Últimamente, cada vez que se encontraba en la cama de alguna mujer, sentía un pequeño hueco en su interior. Anheló. Falta de verdad. Búsqueda de sentimientos perdidos que nunca lograba llegar a encontrar.

Apartó la mano de la mejilla de la chica rápidamente. Sin saber demasiado bien el porqué, quizá por la simple búsqueda de un contacto humano, Jack rodeó con su brazo la cintura de la muchacha, notando el calor que el cuerpo de ésta desprendía. Poco después, como por arte de magia, sintiéndose mucho más tranquilo con su interior, cerró los ojos y apenas tardó cinco minutos en dormirse.

Fue poco tiempo el que los jóvenes tuvieron para descansar en paz. Pasadas unas horas un manto negro los invadió. El mismo sueño de siempre irrumpió el descanso de ambos. Pero esta vez había algo distinto.

Una niña de largos cabellos negros se encontraba sentada sobre una alfombra. Justo dentro de una espaciosa habitación. Tenía un pequeño oso de peluche entre sus manos, con el que jugueteaba distraídamente. De pronto una mujer de pelo castaño entró en el lugar. Se sentó al lado de la niña y la miró con un infinito cariño.

La segunda, poseía unos grandes ojos verdosos. Tenía unas facciones suavizadas, repletas de dulzura. Cuando sonreía, graciosos hoyuelos se formaban en sus mejillas.

Ella la miró.

—¿Juegas conmigo? —Le preguntó.

—Por supuesto, Eveline —dijo, aunque de pronto su rostro se tornó serio—. Pero antes quiero hablar contigo seriamente. —Cogió una de las pequeñas manos de la niña—. Escúchame, por favor. Es importante: “Si escuchas la melodía del mar... aléjate”.

—Él es la melodía del mar —susurró la niña.

—Lo sé. —Sonrió tristemente—. Pero, si lleva dentro la melodía... huye.

Los dos muchachos abrieron los ojos al mismo tiempo. Como si una fuerte sacudida de viento hubiese perturbado sus sueños. Jack abrazó a Elizabeth con fuerza.

—Tranquila —le susurró sin soltarla. Elizabeth respiró con dificultad recordando las imágenes que acababa de soñar—. Ya pasó —dijo él.

La pelirroja apenas lo pensó cuando se acurrucó en el pecho del chico. Jack alzó las manos

sorprendido. Poco después, sin sentirse capaz de apartar a la muchacha de su torso, posó las manos sobre la espalda de ella; rodeando su débil cuerpo.

Ella volvió a dormirse sin apenas decir nada. Quería descansar. Él, por el contrario, no pudo conciliar el sueño. Pensó. Pensó durante horas. Y finalmente acertó:

» *Él llevaba nueve años soñando lo mismo. Elizabeth dos. Nunca habían visto nada más aparte de a la pequeña Eveline cantando. Y de pronto, cuando se juntaban, comenzaban a observar nuevas imágenes. El secreto estaba ahí. Quizá debían dormir juntos, mantenerse cerca el uno del otro, para descubrir el misterio que escondía el sueño. Allí estaba: cuando no estaban alejados podían ver más escenas de todo aquello.*

Jack suspiró melancólico.

Imaginó lo furiosa que se pondría la chica, al día siguiente, cuando él le confesase que debían dormir juntos a partir de aquel mismo momento. Todos los días. Eso si es que querían averiguar el misterio del sueño. Y él quería hacerlo, desde luego. No se había tomado las molestias de secuestrar a la pelirroja sin recoger ningún fruto a cambio.

Por suerte, cuando llegó a una conclusión clara, Jack cerró los ojos durmiéndose plácidamente sin dejar de abrazar a la muchacha.

La mañana siguiente amaneció de un radiante sol rojizo. El polvo, que volaba en el viento, recorría el mar con sutileza, entre la clara luz del día. Pequeñas nubes, que parecían esponjosos algodones, brillaban en lo alto de un cielo azul; donde las gaviotas alzaban el vuelo con majestuosidad.

Jack refunfuñó por lo bajo, en sueños; de forma que una chica pelirroja se despertó adormilada al escucharlo. Aún con los ojos cerrados y estirando los brazos perezosamente, Elizabeth sintió como unas manos rodeaban su cintura. Abrió los ojos de golpe. Y allí, a tres escasos centímetros de su rostro, se encontraba el de un fanfarrón pirata. Elizabeth pestañeó.

Tragó saliva lentamente. Tenía que zafarse de él sin que éste se diese cuenta, no le apetecía discutir nada más levantarse... ¿Pero por qué demonios la agarraba tan fuerte? Ella se mordió el labio inferior como si así fuese a impedir el hecho de hacer ruido. Cogió una de las manos del chico, alejándola de su cuerpo y posándola sobre la almohada. Acto seguido se propuso coger la su otra mano, la agarró con delicadeza. Y justo cuando la posó sobre las sábanas se fijó en una extraña marca que él llevaba en el brazo.

Se asemejaba a una extraña calavera, pero no llegaba a serlo. Pues parecía estar difuminada en su piel por el paso del tiempo. Elizabeth alzó una mano, curiosa como siempre, y con delicadeza la pasó por la marca, acariciando el brazo del chico.

Jack despertó lentamente. La pelirroja intentó irse antes de que él recobrase totalmente el sentido, pero, cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde. Él la miraba sonriente tumbado en la cama. Su pecho

al descubierto olía a cierta chica, a sabiendas de que ella había dormido sobre él. El muchacho la observó. Cogió una de las manos de Elizabeth, arrastrándola de nuevo hacia su cuerpo. Casi a la fuerza, sin apenas darse cuenta, la acurrucó contra su pecho, pasando un brazo por su cuello.

—Jack... suéltame —pidió ella, sorprendida.

Él la abrazó con más fuerza. Cerró los ojos felizmente.

—No seas pesada. Me apetece estar así, abrazándote, tumbado sin prisas, eso es todo.

—Pero es que no soy tu esclava para hacer lo que a ti te apetezca en cada momento. —Se quejó la pelirroja. Sin embargo, el olor a menta que desprendía el pirata la inundó durante unos instantes, paralizando todos sus sentidos.

—No eres mi esclava. Eres mi secuestrada. —Jack hizo un esfuerzo por no reír. Pero a pesar de tener los ojos cerrados, Elizabeth pudo sentir como él sonreía con naturalidad—. Igualmente; hagamos un trato. Abrazame mientras te cuento lo que he averiguado del sueño.

—No has averiguado nada. Yo también lo vi —dijo ella.

—Ya. Tú lo viste y te volviste a dormir. —Sonrió—. Yo por el contrario lo vi y decidí ponerme a pensar. Grandes diferencias de la vida.

Elizabeth se removió, incómoda en la cama. Finalmente, cuando encontró un hueco perfecto entre su cuerpo y el de Jack, apoyando su rostro contra el brazo extendido de éste, se acomodó felizmente.

—Está bien. Cuenta.

Jack le explicó a la muchacha su teoría de que, cuando dormían juntos, avanzaban más en la historia que se escondía tras aquel sueño. Y por mucho que le costase aceptar que ella se durmió mientras él continuó pensando, Elizabeth admitió que tenía razón.

—Bueno... —Él la miró cuando terminaron de hablar. Su rostro estaba tan cerca del de ella que podía escuchar su pausada respiración. —Ya que tenías tanta prisa por levantarte... adelante —añadió.

Elizabeth se perdió unos instantes en los grisáceos ojos del chico. Observó la perfecta forma de sus labios al tiempo que sacaba ánimos para levantarse de allí. Sabía que había algo detrás; algo mágico que provocaba esa atracción entre ellos. No era posible que aquel tremendo fuego se instalase en sus corazones cada vez que estaban cerca.

El sueño debía esconder algo más.

Jack la miró seriamente, esperando que ella se levantase tras sus palabras. Sin embargo, cuando Elizabeth empezó a mirarlo, se inclinó levemente hacia delante. Cerró los ojos. Y de pronto sintió que estaba cerca de toparse con la mismísima inmortalidad. Rozó los labios de la chica con una delicadeza inaudita. Y justo en ese momento Elizabeth ladeó la cabeza, confusa, y se levantó de la cama.

Empezó a ponerse las botas sin apenas decir palabra, mientras Jack la miraba contrariado desde la cama: Él quería más. Sin embargo, no deseaba presionar demasiado a la chica, pues ya se le había ido una vez la situación de las manos.

—¿Te vas...? —Preguntó.

—Sí. Eso hago —respondió ella, sintiéndose culpable por haber tardado tanto en apartarse.

—Bien. Pídele a Patrick que te de algo de comer. Y dile que yo subiré dentro de unas horas. —Sonrió como un niño pequeño, divertido por ver tan molesta a la pelirroja—. Buenas noches, princesa —añadió, dándose la vuelta en la cama mientras se tapaba hasta arriba.

Elizabeth tragó saliva. Su corazón empezó a bombear a una velocidad trepidante. Y un extraño nudo se formó en la parte alta de su garganta. No. No podía ser... ¿Había dicho... princesa? ¿La había llamado así? Se giró tímidamente. Finalmente suspiró aliviada. Había sido un simple apelativo cariñoso, una coincidencia. Pero en el momento en el que le había escuchado llamarla así no había podido evitar ponerse nerviosa.

Elizabeth acabó de ponerse las botas. Le echó una última mirada a Jack por encima del hombro y finalmente subió las escaleras hasta la cubierta del barco. De nuevo todos la miraron. Pero esta vez, al ir vestida así muchos sonrieron satisfechos por su cambio. Elizabeth buscó con la mirada a Patrick, ya que era el único en que por el momento confiaba. Cuando lo encontró se dirigió hacia él a toda prisa.

El muchacho limpiaba unos cuantos pescados en un cubo lleno de agua. Elizabeth lo miró con asco, pero se sentó a su lado.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, pirata... —contestó Patrick, divertido—. ¿Estuvo muy duro ayer contigo? —preguntó curioso.

—No demasiado —respondió la muchacha—. Es más, de la ropa apenas me dijo nada. ¡Ah! Me ha dicho que subirá en unas horas. Y también si me podrías dar algo de... desayuno.

—Sí. Aquí tienes —le tendió dos piezas de fruta—. Las últimas que quedan. Mañana tomaremos tierra. Seguramente pasaremos allí al menos dos días, es una Isla algo pequeña. Se puede decir que los que viven en ella, más que ser ciudad, son tribus. —Admitió—. Sólo tiene lo esencial, pero nos bastará por el momento. También necesitamos nuevos marineros, aparte de comida.

—Ajá. —Asintió la muchacha conforme—. Por cierto, Patrick... ¿Crees que es posible que pueda hacer algo en el barco que ayude? Me refiero... Yo pienso que, quizá, si me lo propongo sí podría trabajar... No soy tan inútil como parece —dijo rápidamente, algo avergonzada.

Patrick la miró divertido.

—Claro que sí. —Sonrió—. Mira, puedes tender todos esos sacos y ropas que hay en el suelo. Los hemos lavado esta noche. Si quieres las dejas sobre la cuerda de la vela, así se secarán más fácilmente. También debemos colocar la pólvora que está en los sacos en los barriles. Igual que el ron. Las pequeñas botellas de alcohol debemos vaciarlas en barriles. —Sonrió de nuevo más ampliamente—. ¿Ves? Créeme que hay cosas que puedes hacer. Y eso que sólo te estoy diciendo algunas por encima. —Aclaró.

Elizabeth sonrió mientras comían aquellas frutas. Sí. Le demostraría a Jack que aquí, el único enclenque que no sabía hacer nada, era él. Sólo él. Por muy princesa que ella fuese podía trabajar si se lo proponía. Además, nunca había alardeado demasiado de ser una persona con dinero y poder, al contrario.

Cuando se trataba de sentimientos, lo material quedaba rezagado a un lado. Sonrió agradecida hacia Patrick que, dándose por aludido, añadió divertido.

—No hay de qué.

Cuando Elizabeth terminó de comerse las frutas le pidió a Patrick que le diese la ropa lavada. Y sonriente se dirigió hacia una de las cuerdas que sujetaban la vela superior del barco. Empezó a escurrir las prendas con fuerza, para poco después depositarlas allí, consiguiendo que se secasen antes. Algunos de los hombres de la tripulación la miraban asombrados; jamás hasta el momento habían tenido una mujer en el barco que trabajase como ellos.

Cuando Jack subió a la popa se dirigió sonriente hasta Patrick.

—Buenos días, camarada —dijo feliz.

—¿A qué se debe esa sonrisa? —Patrick lo observó distraído.

—Lo conseguí —dijo éste radiante—. Ya sé algo más del sueño. La cuestión es que, cuando Elizabeth duerme cerca de mí las imágenes cambian, de forma que pronto sabré esa maldita historia. Y haré lo que haga falta para que desaparezca de mis sueños.

—¡Ajá! ¡Esa sí que es una muy buena noticia! —Corroboró su más fiel amigo.

—A propósito... —Jack miró en derredor, aun medio dormido. —¿Se puede saber dónde está Elizabeth?

Patrick sonrió con picardía. Alzó la mano indicando algo, de forma que el capitán miró en aquella dirección.

Jack pestañeó.

Abrió la boca e instintivamente volvió a cerrarla, sorprendido. Elizabeth cogía la ropa y la tendía en la cuerda con una sonrisa radiante en los labios. Como si trabajar fuese el acto más liberal del mundo.

El capitán se mantuvo unos instantes observándola en silencio.

—¿Sorprendido...? —Murmuró Patrick haciéndolo reaccionar.

—Un tanto, he de admitirlo.

Sin embargo, Jack estaba de tan buen humor aquella mañana, que apenas le molestó que Elizabeth tomase las riendas de la situación y empezase a trabajar en su propio barco. Sonrió complacido mientras se dirigía hacia el timón del barco. Aquel día el mar parecía estar incluso a su favor. Y el viento soplaba por el lado correcto. Todo era perfecto.

Marcus Pardo se sentó tembloroso en su escritorio. Llevaban dos días buscando sin encontrar el mínimo rastro de las muchachas. Y sólo de pensar que unos piratas se habían llevado a su preciosa hija, se ponía de los mismísimos nervios.

Se dirigió con nerviosismo hasta su armario. Lo abrió estrepitosamente. Sin saber siquiera lo que hacía

empezó a rebuscar en su interior. Y bajo un forro de madera encontró lo que quería. Sacó una pequeña caja de metal. La miró con un profundo anhelo, como si la más grande de las nostalgias corriese por sus venas. Suspiró abatido. Volvió a sentarse en su cama y poco después sopló el polvo que cubría la caja. Hacía dieciocho años que no la abría. Sintió como su corazón palpitaba a una velocidad trepidante.

Poco a poco abrió la pequeña caja. Miró nervioso su interior. Sí, todo continuaba tan intacto como siempre. Con manos temblorosas sacó un pequeño trozo de papel que había sido doblado numerosas veces. Lo abrió mientras sentía como pequeñas lágrimas amenazaban con salir de sus ojos. Finalmente se dignó a mirarlo.

Aquellos perfectos ojos cristalinos le devolvieron la mirada. Las largas pestañas. El precioso rostro. Los esponjosos labios. Las deleitantes facciones. El largo cabello que se escurría por su espalda, como si de una infinita cascada se tratase... La orgullosa barbilla. Y los marcados pómulos.

Finalmente, cuando no aguantó más, el rey estalló en un profundo sollozo repleto de un dolor. Un dolor que traspasaba la mismísima realidad. Que dejaba a un lado todas las ficciones. Un dolor que era capaz de punzar su alma, hasta romperla en cien mil pedazos. Y lloró. Y hacía años que no lo hacía. Pero al fin su corazón estalló tras dieciocho años de profundo silencio.

Pasó largas horas observando aquel dibujo hecho a carboncillo. Tumbado en su cama, con los párpados hinchados a causa de las lágrimas. Tras aquel infinito tiempo, que pareció formar una barrera entre su vida anterior y la pasada, guardó de nuevo el dibujo. Y dejó la caja en su lugar, al fondo del armario. Se secó las lágrimas con un pequeño pañuelo blanco. Acto seguido salió de la habitación encaminándose hacia el despacho del coronel superior. Cuando llegó hasta allí apenas llamó a la puerta para entrar. Sus ojos se clavaron en él.

—Quiero más refuerzos. Todos los barcos deben estar a la mar antes de mañana. No podemos permitir que unos piratas secuestren a mi hija —masculló con desdén.

—Pero mi señor... —Protestó el otro, que estaba haciendo todo lo posible en el caso.

—No me contradigas. —Se limitó a decir Marcus, molesto—. No se la llevarán otra vez. Otra vez... no —dijo seguro de lo que decía. El otro asintió sin saber qué más hacer.

Cuando Patrick subió de las mazmorras se dirigió hacia Jack tímidamente, intentando aprovechar el buen humor de su capitán aquel día.

—Quería comentarte... —Comenzó, mirándolo—. La chica que tenemos abajo... está algo... ehmm... enferma, por así decirlo.

—No es mi problema —dijo rápidamente Jack, observando extrañado a su amigo. ¿Desde cuándo Patrick se preocupaba por una simple prisionera?

—Ya, pero... quizá podrías dejar que subiese un poco a popa. Dejarla un rato con Elizabeth, para que

hablen. No pueden escaparse de forma alguna, al fin y al cabo. —Señaló el grandísimo océano que se encontraba frente a ellos.

Jack pareció pensárselo detenidamente. Observó cómo Elizabeth, que había terminado de tender, charlaba con algunos de los hombres de su tripulación. Luego se giró hacia Patrick, que lo miraba casi suplicante. Poco a poco asintió, algo molesto por ceder ante tal extraño capricho.

—Está bien. Tráela, para que tome un poco el aire.

Patrick sonrió al tiempo que se dirigía hacia las mazmorras.

Poco después apareció con Amy en la cubierta. Y Elizabeth no pudo evitar sonreír, tremendamente sorprendida, al verla. Jack admiró la sonrisa de la pelirroja contrariado.

La rubia se frotaba los ojos con frecuencia. Había estado tanto tiempo sumida en la oscuridad, que ver la luz brillante del sol de nuevo se le hacía extraño. Patrick la sujetaba rigurosamente del brazo. Elizabeth se dirigió poco después hacia ella para abrazarla.

—Elizabeth... —Sollozó Amy sintiendo el cálido cuerpo de su amiga.

—Gracias Patrick —dijo la pelirroja poco después.

—Dale las gracias a él —respondió el otro señalando al enigmático capitán del barco que se encontraba manejando el timón. Elizabeth tragó saliva al observar la majestuosa figura de Jack. Rápidamente apartó la vista, fijándola de nuevo en su amiga—. Ven, será mejor que camines un poco para despejarte de todo.

Patrick se dirigió hacia donde estaba Jack, dejando solas a las otras dos, que charlaban animadamente mientras se centraban en observar el bello color azul de mar, que aquella mañana parecía brillar con una intensidad sorprendente.

—Todo listo —dijo Patrick cuando se sentó junto al otro.

—Sí. Parece ser que hoy es un buen día para todos. Y por cierto... podrías disimular cuando miras a la rubia esa. —Sonrió por lo bajo.

—¿QUÉ? —Patrick pestañeó—. ¡No, no, para nada! No pienses cosas que no son. —Farfulló rápidamente. Pero de pronto sonrió. —Tú también podrías disimular cuando miras a Elizabeth.

Jack tosió, como si acabase de atragantarse con algo.

Poco después reaccionó, mientras su amigo reía.

—¡Cállate! Tú sabes que solo quiero tenerla cerca para averiguar el enigma de ese maldito sueño. Nada más. Y no digas sandeces. En vez de tener paranoias haz algo útil. —dijo molesto.

Patrick rio mientras se alejaba junto con los demás grumetes. Jack lo miró con una mueca de hastío. Poco después fijó sus ojos en la figura de Elizabeth.

El cabello de la muchacha ondeaba en el viento, mientras ésta observaba el azul mar. Después de largos minutos mirándola, Jack volvió a poseer el total control de sus ojos. Cogió con fuerza el timón, con tanta tontería había perdido la dirección del barco. Volvió a mirar molesto a Elizabeth, “todo por su maldita culpa”, se dijo enfurecido más consigo mismo que con ella.

Mientras tanto las dos amigas se encontraban apoyadas en una de las barandillas de madera del barco. Amy miró preocupada a su amiga. Ladeó la cabeza...

—¿Qué estará haciendo Dean? —Musitó tristemente—. Íbamos a casarnos dentro de nada... — Añadió. Elizabeth la abrazó de nuevo.

—No te preocupes. Todo saldrá bien. —Corroboró la pelirroja.

Desde luego, lo último que Amy se imaginaba, es que Dean se encontraba en aquellos momentos mostrando su verdadera faceta de pirata. Navegando un barco junto al torpe de Liam en busca de su preciosa amada.

Poco después, Elizabeth le explicó a Amy que se encontraban allí a causa del sueño. Empezó a relatarle, más o menos, todo lo ocurrido en los últimos dos días, mientras la otra la miraba con atención. No pasó demasiado rato cuando Amy volvió al calabozo, aunque Patrick le prometió que pronto volvería a salir. Jack, mientras tanto, se dedicaba a navegar rumbo a una pequeña isla que no estaba demasiado alejada de allí. Si tenían suerte, aquella misma noche, llegarían.

Y Elizabeth, por el contrario, trabajó un poco más en lo que encontró por el lugar, con ayuda de Patrick. Éste se dedicó a explicarle como se alzaban las velas, bajo la mirada de reproche del capitán. Luego la pelirroja decidió descansar un poco en la habitación de Jack, pero no consiguió dormirse.

Eran apenas las ocho de la tarde cuando Jack sonrió satisfecho.

—¡Tierra a la vista! —Gritó.

Todos los grumetes asintieron complacidos. Tenían ganas de comer algo decente.

Cuando llegaron a la pequeña isla encalló el barco. Jack dirigió las órdenes hacia sus grumetes, mientras Patrick se dedicaba a sacar a Amy del barco, pues había convencido a su capitán para que no la dejaran allí encerrada. Desde luego, ser el mejor amigo de Jack, muchas veces tenía sus beneficios.

Cuando todos salieron empezaron a caminar por la isla, en dirección al poblado que allí se encontraban. Jack se demoró un poco, indicándoles a los demás que siguiesen sin él.

Con paso rápido se dirigió hacia su habitación. Encontró a Elizabeth tumbada plácidamente en su cama, mirando hacia el techo, pensativa.

—Hemos llegado. —Masculló el pirata.

—¿A dónde? —Preguntó la pelirroja, que no se había dado cuenta de nada.

—Tierra. Estamos en una isla. —Suspiró. Se sentó en la cama junto a ella, tranquilamente. —Pero antes quería hablarte de algunas normas.

—Bien. —Elizabeth lo miró curiosa.

—Tienes que saber que la población que aquí se encuentra no es como la gente con la que tú estás acostumbrada a codearte. Son personas pobres o piratas que decidieron llevar una vida tranquila. No es que tengan perfectos modales, pero, te aseguro, que a su modo son honestas. —Explicó, seguro de lo que decía—. Te lo digo por si pensabas decir por ahí que te habíamos secuestrado. No te harán caso, te lo aseguro. Son amigos o conocidos nuestros. Además, si intentas escapar o hacer algo que sabes no debes

hacer... será peor.

Elizabeth entrecerró los ojos, molesta.

—¿Me estás amenazando?

—Algo así. —Contestó el otro, mostrándole una falsa sonrisa. Acto seguido la cogió fuertemente del brazo, levantándola de la cama.

—¡Suéltame! —Se quejó la pelirroja.

—¡Pero si no te he hecho nada! —exclamó Jack—. Mira que eres quisquillosa.

Y tras aquello, los dos salieron del barco bajando las escaleras de madera. Elizabeth admiró la blanca arena de la playa. Jamás había estado en una de aquellas. El mar que rodeaba las grandes ciudades solía estar sucio o lleno de barcos de la marina de palacio. Sin embargo, aquel lugar, era totalmente pulcro. El agua, cristalina, se movía entre sinuosas ondulaciones. Las olas eran exactamente perfectas.

—¿Puedo quitarme las botas? —Preguntó Elizabeth, mientras empezaban a caminar.

Jack pestañeó. Se giró mirándola sorprendido. ¿Había escuchado bien...?

—Quitarte las botas... ¿Para qué? —Preguntó—. ¿Te molestan acaso? Entiendo. Los pies de una doncellita no están preparados para botas de piratas.

—No es eso —respondió la pelirroja—. Me gusta esta arena. Nunca había visto algo así. Quiero tocarla. Quiero andar por ella. —Explicó mientras se quitaba el calzado. Jack la miró sorprendido, como si fuese el bicho más extraño que se encontraba en el mundo.

—Bien. Y ahora, si la doncellita lo permite... debemos alcanzar a los demás —dijo él molesto cuando ella sonrió tocando la arena con los pies.

Elizabeth alzó la cabeza radiante.

—Sí. Allá vamos. —Comenzó a caminar.

Jack anduvo a su lado algo molesto. Le enfurecía que más que estar secuestrada, la chica pareciese estar pasando unas alegres vacaciones.

¿Por qué siempre tenía que ser tan sumamente inoportuna?

No tardaron demasiado en llegar al poblado. Y Elizabeth no pudo menos que sorprenderse completamente. Desde luego no se parecía nada a lo que había esperado, ni tampoco a su bello palacio; pero aquello era totalmente diferente: Precioso.

Pequeñas casas, de madera y paja, se alzaban entre un hermoso bosque repleto de silvestres flores. El poblado olía a la sal del mar que las olas traían hacia él. Se podía apreciar una infinita tranquilidad, como si el mundo les sonriese y el tiempo no existiese. La pelirroja respiró profundamente, sintiendo todo aquel aire marítimo cobijando sus pulmones. Jack rompió aquel bello contacto por la naturaleza.

—Vamos, no te quedes ahí parada.

Elizabeth le dirigió una fría mirada de desdén, más siguió al pirata de cerca, adentrándose más en el poblado. Algunas personas se encontraban en la puerta de sus casas, sentadas. Elizabeth observó como una sonriente anciana molía alguna vieja seca en un cuenco de barro. A su lado tres pequeños niños

jugueteaban con un coco, como si fuese una pelota de trapo.

Las casas desprendían un delicioso aroma a madera que se mezclaba con el salitre del mar. Aquello era totalmente indescriptible. Y Elizabeth supo que era la primera vez que se sentía tremendamente libre; a pesar de estar secuestrada.

Verdaderamente era irónica la situación.

Los recibieron algunos habitantes de la isla.

Mientras caminaban, Jack saludaba a todos algo hermético.

—Es precioso —respondió Elizabeth. Jack le dirigió una mirada de reproche.

—Sí. Desde luego es más precioso que tú. —Dijo, sin poder evitar reír débilmente.

La pelirroja apenas se inmutó ante el comentario del chico.

Poco después llegaron donde se encontraba el resto de la tripulación. Lo que parecía ser la plaza del poblado. Un sonriente hombre, acompañado por su tierna mujer, se dirigió hacia ellos.

—Me alegra volver a verte —respondió, dirigiéndose hacia Jack al tiempo que le daba un varonil abrazo—. Espero que estés ocupando bien mi antiguo cargo.

Hablaron un rato. Mientras tanto Patrick se dirigió hacia Elizabeth, sin soltar a la rubia que también miraba sorprendida su bello alrededor.

—Derrek era antes el capitán del barco —le explicó a Elizabeth entre pequeños susurros—. Él le dio el puesto a Jack. Lo quería como a un hijo. Y esa es su mujer, Penélope —dijo señalando a una hermosa morena. Elizabeth asintió.

Poco después entraron en la casa del hombre, que parecía ser el alma del poblado. Les sirvieron comida que todos devoraron ávidamente. En varias ocasiones aquel hombre, Derrek, se dirigió hacia Elizabeth débilmente sorprendido.

—Me alegra saber que una valiente mujer cuida de Jack. —Agregó—. Él siempre ha sido algo cerrado en ese aspecto. Come, come —insistió tendiéndole otro plato de alimentos—. Ya verás, ésta noche tenemos una pequeña fiesta de bienvenida. Seguro que te gustará.

Elizabeth sonrió, complacida.

En exacto la noche llegó. El cielo se cubrió con un manto negro repleto de bellas estrellas que desprendían luz. Todo estaba precioso. En medio de la plaza del pueblo habían hecho una hoguera. Y tras la deliciosa cena todos los habitantes de lugar habían acudido allí. Empezaron a descorchar botellas de reconfortante alcohol celebrando la llegada de los antiguos amigos.

—Es genial. —Admitió Amy, que se encontraba al lado de Elizabeth.

Patrick escuchó el comentario.

—Apuesto lo que quieras a que en la corte nunca habéis estado en una fiesta tan divertida como ésta. —Dijo.

—Ganas la apuesta. —Corroboró Amy. La rubia se dedicó a mirar como un grupo de gente tocaban alegres instrumentos con cajas de madera o cocos rellenos de semillas.

La melodía inundó el lugar, mientras todos charlaban o bebían animadamente alrededor del fuego.

Elizabeth sonrió. Aquello no podía igualarse a ninguna de las fiestas de palacio. Allí todo era mucho más aburrido. Tenían que vestirse incómoda y elegantemente, con pomposos vestidos y apretados corpiños que apenas las dejaban respirar. Y por supuesto mantener la pose firme durante horas, de pie, brindando con caros vinos del lugar, y hablando con ricos ciudadanos que sólo se dedicaban a tratar inútiles temas políticos. Si al menos aquella política tuviese un sentido... Pero no. Parecía más una dictadura. Aquello era, por el contrario, totalmente diferente. La gente charlaba animadamente de cualquier tema, desde contar anécdotas de viejos tiempos hasta divertirse con el mínimo comentario.

Elizabeth miraba a Jack de vez en cuando. Y él lo notaba. Y ella lo sabía. Pero aquello no parecía importarle a ninguno de los dos aquella mágica noche. Todo era perfecto.

Sin embargo, cuando todos fueron tomando más alcohol, pasadas unas horas del comienzo, y entre la oscuridad de la noche; muchos empezaron a bailar el ritmo de los instrumentos.

Entre parejas, que iban cambiando, se cogían de las manos bailando alegremente alrededor de la hoguera. Elizabeth apenas se dio cuenta cuando observó, frente a ella, como Amy bailaba con Patrick. La pelirroja sonrió pícara. Pero, indudablemente, se sorprendió cuando uno de los hombres del poblado le invitó a salir. Todos gritaban alegremente en la noche. Elizabeth lo miró tímidamente.

—No. No de verdad... no sé bailar.

Pero antes de que pudiese darse cuenta, aquel hombre ya la había arrastrado de la mano, y ella se encontraba bailando entre la multitud de una forma muy extraña. De una forma, a decir verdad, tan sumamente informal que si su padre la viese así estaría castigada por meses sin salir de palacio.

Al principio sintió un poco de corte, pero poco a poco saltando entre los chillidos de alegría, el sonido de la música y la magia del lugar; Elizabeth empezó a bailar como si conociese aquello de toda la vida. Sonreía. Jamás en su vida había sentido una libertad tan grande en su corazón. Aquello era totalmente nuevo para la chica. Todos reían. El mundo parecía estar animado en aquella población.

De pronto, cuando ella reía mientras bailaba animadamente con aquel desconocido, una mano agarró la suya. Elizabeth se giró.

Sonrió al observar a un apuesto pirata frente a ella.

—Me la quedo —respondió Jack sonriente dirigiéndose hacia el otro hombre que, sonrió a su vez, y cogió a otra muchacha que se encontraba cerca.

Elizabeth empezó a bailar con Jack. Tal vez era porque los dos habían bebido demasiado. O por la alegría del lugar. O los gritos de júbilo que se escuchaban. O quizá por todo. Pero la pelirroja jamás se había sentido tan feliz. No le importó la mano que Jack posaba sobre su cintura. Ni tampoco le importó ser una princesa. Ni estar secuestrada. Ni nada que descalificase la palabra alegría u optimismo. Era feliz. Y al bailar con Jack podía sentir un pequeño cosquilleo en su interior.

Tras casi media hora bailando, Elizabeth se apartó un poco de Jack.

Sonriente y acalorada, empezó a reír.

—¿Qué ocurre? —Jack la miró molesto al principio, mas luego también rio.

—Nada. Es sólo que... no recuerdo habérmelo pasado tan bien como esta noche... en mucho tiempo.

—Admitió ella. Jack sonrió—. Pero ahora... iré a dar una vuelta. Tengo mucho calor. Necesito despejarme un poco.

Y dicho aquello Elizabeth se perdió entre el bosque, hasta salir a la playa. La hermosa playa. Pues de noche aún era mucho más hermosa que por el día. Se sentó en la arena, escuchando cómo las olas del mar surcaban las aguas. Se sentía totalmente completa.

Cuando apenas llevaba veinte minutos allí, una sombra apareció tras ella. Una sombra que la miró sorprendido. Sorprendido porque en un primer momento nunca pensó que fuese así. Que fuese tan natural, como el mismo océano que se encontraba frente a ella. Tras observarla unos instantes se sentó a su lado, fijando la vista en la redonda luna que los iluminaba débilmente.

—¿Qué haces aquí? —Le preguntó Elizabeth.

—¿Molesta? —Jack la miró perturbado.

—Sí —respondió ella algo fría. Le molestaba haberse mostrado tan feliz, en la fiesta, junto con Jack.

—Entonces me quedo. —Objetó el chico, que adoraba molestar a la pelirroja.

—Bien. Supongo que tendré que irme. —Elizabeth se levantó, al mismo tiempo que Jack también lo hacía—. ¿Acaso me sigues...?

—¿Acaso olvidas que estás secuestrada...? —Alzó una ceja, divertido por la extraña situación.

Jack agarró la muñeca de la muchacha.

—Me haces daño —dijo Elizabeth. Se soltó rápidamente de Jack.

Quizá fuese por el alcohol, pero sus impulsos estaban a flor de piel. Sin apenas darse cuenta de lo que hacía levantó una mano furiosa, golpeando con la palma de ésta una de las mejillas del chico. Él la miró estupefacto tras el golpe.

—Aprende a respetarme.

Jack sintió unos terribles impulsos de abalanzarse contra la chica e incluso de tirarla a los tiburones. Alzó una mano para golpearla, pero justo Elizabeth saltó en ese momento, pegándole de nuevo. Tan sólo se escuchaba la palma de la mano de la pelirroja chocando repetidamente contra las mejillas del chico que apenas podía reaccionar. El alcohol sacó todo lo que en algún momento quiso hacer, con demasiados impulsos.

—¡BASTA! —Jack alzó una mano amenazante.

—¡PÉGAME, ¡PÉGAME SI ES LO QUE QUIERES, COBARDE! —Chilló ella alzando las manos.

En vez de eso los labios del muchacho atraparon ferozmente los de la pelirroja entre los suyos. Elizabeth se mantuvo inmóvil, sintiendo como el pirata la besaba precipitadamente. Cuando él reaccionó, se separó de ella con una rapidez sorprendente.

—¿Por qué has hecho eso? —Preguntó Elizabeth, mirándolo. Jack golpeó el suelo dándole una patada a éste, levantando un poco la arena. Enfurecido.

—Lo he hecho para que te calles de una vez —explicó él—. Podrían sospechar si ven a una chica gritando.

—¿Me has besado para que deje de gritar? —Preguntó Elizabeth, que aun sentía un pequeño cosquilleo en su estómago.

—Exacto. Te he besado para que no grites.

Elizabeth sonrió. Quería volver a sentir aquellos labios entre los suyos. Así que, animada por la impulsividad que le tendía el alcohol, empezó a gritar con todas sus fuerzas. Jack la observó sorprendido... ¿Le estaba pidiendo, entonces, que la besase?

—¡Para, Elizabeth...! ¡PARA! —Él intentó taponarle la boca para que la pelirroja dejase de chillar, pero no dio resultado.

Así que, finalmente, como si hubiese deseado aquel momento desde el primer instante en que la vio, agarró el cuerpo de Elizabeth entre el suyo y la besó furiosamente. La cogió tan fuerte que la alzó entre sus brazos, presionándola totalmente contra su cuerpo. Ella dejó que la lengua de Jack recorriese el interior de su boca con furia, como si fuese un animal salvaje que no podía contener el deseo que sentía por ella.

Fue como si una llamarada se hubiese encendido en el interior de sus cuerpos. Una explosión salvaje que les impedía parar. Ni siquiera pudieron controlarse cuando ambos cayeron al suelo, sobre la arena. Jack se encontraba encima de Elizabeth, besándola como nunca antes había besado a ninguna otra mujer. Lo hacía con fuerza, con anhelo. Como si fuese el último contacto humano. Jack atrapó el labio inferior de ella entre los suyos. Lo mordió con suavidad. La chica comenzó a adentrar sus manos en el interior de la camisa del pirata, sintiendo el desnudo torso de éste que otras veces anteriores se había deleitado mirando. Jack jadeaba mientras continuaba besándola. Era tal la intensidad que incluso llegó a preguntarse si algún día tendría el valor para romper aquel infinito beso.

Elizabeth rompió aquel salvaje beso durante unos instantes. Miró a Jack sorprendida: Jamás pensó que aquel pirata tendría el poder de hacerla sentir la mujer más feliz del mundo. Y supo que quería fundirse en su cuerpo para siempre. Deseaba protegerlo e incluso surcar infinitos mares junto a él. Sólo con él.

El chico clavó su grisácea mirada en la de ella. La reluciente luna, que bañaba el cielo de hermosura, se reflejaba en las pupilas de sus ojos. Sonrió, sorprendido por todas aquellas mariposas que revoloteaban en su interior. Como si sólo tuviese catorce años, como si fuese la primera vez que besaba o tenía a una mujer entre sus brazos.

Seguidamente, acatando las órdenes de su corazón, besó de nuevo aquellos tiernos labios; que se abrieron tímidamente para él, regalándole todo el calor que se encontraba en su interior.

Acarició su largo cabello pelirrojo, sentía que las manos le quemaban, como si éste fuese de mismísimo fuego. Acto seguido, sin poder contenerse por más tiempo, pero sin dejar de besarla, le quitó la camiseta que la cubría la parte de arriba de la chica. Elizabeth lo miró temerosa, pero cuando los labios de Jack comenzaron a besar el estómago de la chica con cariño y pequeños besos, todas las dudas

de la pelirroja desaparecieron por completo. Y cerró los ojos, disfrutando al máximo de aquel íntimo momento.

Jack recorrió con sus labios el vientre de ella. Acarició despacio su cintura, como si temiese que pudiese llegar a dañar aquella suave piel. Sus manos jamás habían tocado algo tan aterciopelado como era ella. Poco a poco ascendió hasta los pechos de la pelirroja. Con hábiles manos desató el apretado corsé. Besó una vez más los labios de ella, para poco después descender de nuevo; comenzando a fundir su boca en los pechos de Elizabeth. La muchacha arqueó la espalda, sorprendida por aquel primer contacto. Sentía todo su cuerpo temblar bajo las caricias del chico. Nunca había experimentado nada parecido. Él la devoraba con cariño, con una dulzura interminable. Ella acarició el cabello de Jack con delicia, sintiendo la suavidad de éste entre sus manos, al tiempo que un infinito placer recorría su cuerpo.

Sin embargo, la erección de él pronto se hizo de notar. Elizabeth ladeó la cabeza sorprendida cuando sintió como ésta, a pesar de la ropa, se presionaba contra su cuerpo. Jamás había notado algo parecido. Y saber que ella era la causante de aquello, que sólo ella poseía aquel poder sobre Jack, hizo que se sintiese terriblemente poderosa. Le agradaba tenerlo bajo su control. Cuando el muchacho notó la urgencia de sus impulsos dejó de deleitarse lamiendo los pechos de Elizabeth, y besó los labios de la muchacha con constancia. Como si la ternura hubiese desaparecido de pronto, el contacto de sus labios se tornó furioso y salvaje. Elizabeth notó cómo la adrenalina se apoderaba completamente de su cuerpo, provocando que perdiese moral alguna.

Apenas se dieron cuenta cuando las ropas de ambos quedaron tendidas a un lado de la playa. Elizabeth arqueó la espalda cuando los dedos del chico se perdieron con suavidad en su interior. Sintió el contacto de la blanca arena del lugar bajo su cuerpo. Sonrió con los ojos cerrados, notando que, por fin, algo le decía, que estaba sintió en toda la complexión de la palabra. Miró a Jack con anhelo. Y cuando notó la mano de él acariciando su intimidad supo que quería poseerlo sólo para ella. No le importaba que no existiese nadie más en el mundo; con tenerlo a él cerca todo lo demás parecía sobrar.

Elizabeth notó como el miembro de Jack se posicionaba en su entrada. Sintió un pequeño escalofrío, al tiempo que gemía al sentir aquel íntimo contacto.

Él la besó con ternura.

—¿Por qué tú...? —Preguntó Elizabeth en un pequeño susurro, mirándolo fijamente.

Los ojos grises de él se clavaron en los de la muchacha. Quería contestarle. Quería poder dale una respuesta; pero no la tenía. Lo único que sabía en aquellos instantes era que deseaba entrar dentro de ella lentamente. Cobijarla entre sus brazos. Y no dejar de besarla jamás. Era como si una atracción más fuerte de lo natural dominase su instinto. Acarició el cabello de la chica con ternura.

—Dime que me amas —le pidió Elizabeth, suplicante.

Jack entrecerró los ojos. No. Jamás había dicho aquellas dos malditas palabras. Besó sus labios intentando que la chica se olvidase de aquello. Lentamente empezó a introducirse en su interior. Elizabeth gimió sintiendo un poco de dolor. Él paró. Lo intentó otra vez más suavemente. Poco a poco ella sintió al

pirata dentro de su cuerpo. Al principio pensó que algo doloroso estaba desgarrando su interior, más lentamente el sufrimiento se esfumó, dando paso a la más natural de las pasiones.

Ahogó un jadeo de placer. Lo miró a los ojos.

—Sigue. —Pidió—. Pero dime que me amas.

El pirata omitió su último comentario. Lentamente, con movimientos circulares para no hacerle ningún daño, comenzó a sentir al más puro de los deseos. Al principio sus entrecortados ritmos se ahogaron entre el deseo de sus jadeos y la titilante luz de la luna. Poco después, Jack embistió a la muchacha con fuerza, de una forma salvaje; sintiendo que no podía parar de hacerlo. Rodeado de un aura de placer. Elizabeth arqueó la espalda, deseando sentirlo más profundamente.

—Dímelo, por favor... —rogó ella, al tiempo que el ritmo de las embestidas aceleraba sin control alguno.

Jack jadeó. Se hundió más en su cuerpo. Sintiendo el olor que desprendía el aroma de sus cabellos, y la sedosa piel que poseía entre sus manos. Finalmente, tras los gemidos de Elizabeth al acabar, terminó él con una última embestida.

Tardó unos segundos en reaccionar. Su cuerpo se llenó de un increíble placer, cerró los ojos mientras aspiraba profundamente, intentando no ahogarse, el salado aire del lugar. Cuando salió de la pelirroja sintió un pequeño vacío, como si le hubiesen quitado algo demasiado personal. Se tumbó a su lado despacio, mientras acariciaba su pelo. Sonrió. Besó sus labios tiernamente. Y acomodó su cabeza en el hueco del cuello de la muchacha.

—Te amo —dijo finalmente.

No estaba seguro de sentir los sentimientos en toda la totalidad de la palabra. Pero supo que quería decírselo. En aquel momento, y sólo a ella. Sólo a Elizabeth. No importaba cuanta confusión albergase su interior, algo más profundo le indicaba que debía pronunciar aquellas dos simples palabras. Aquellas palabras que jamás en toda su vida le había dicho a nadie. Se sorprendió a si mismo al pensarlo.

Elizabeth sonrió mientras acariciaba los cabellos del hombre que descansaba su cabeza en su estómago. Sintió que estaba en paz con el mundo. Ya nada podía enfadarla, ni siquiera molestarla. Y sin importarle nada más, se durmió.

Eveline dormía tranquilamente sobre su cama. Tenía el rostro pálido a causa del frío. Sin embargo, sus manos seguían sin soltar aquel viejo oso de peluche que tanto parecía adorar. Las sábanas le tapaban por la cintura, de forma que sus brazos no estaban cobijados de la humedad. Por ello, una preciosa mujer de largos cabellos castaños y profundos ojos miel, entró en la habitación de la pequeña. Sonrió al observarla dormida tan tranquilamente. Acarició su tierno rostro y luego cogió la sábana para taparla un poco más. Justo en ese momento tropezó con el brazo de la chica, que colgaba a un lado de la cama. Lo cogió entre sus manos depositándolo de nuevo sobre el colchón; entonces observó aquella extraña marca. La había visto varias veces y sabía que significaba: una pequeña

calavera, que parecía estar algo difuminada, se dibujaba en el brazo de la pequeña. La mujer la acarició lentamente. Poco después la tapó con cariño y salió de la húmeda habitación.

Elizabeth despertó entre el fulgor de la luna. Jack se incorporó, ya que no se había dormido, al sentir los movimientos de la pelirroja. Ella notó como su corazón bombeaba a mil por hora al tiempo que clavaba su mirada en uno de los brazos del pirata.

—¿Estás bien...? —preguntó él.

—Sí. Sólo ha sido el sueño.

—¿Algo nuevo...? —insistió Jack.

—Nada. Lo de siempre —mintió la pelirroja dubitativa.

Se fijó mejor en la marca que había visto en el brazo de Jack días atrás, cuando éste dormía. Era exactamente igual a la que Eveline tenía. No es que se pareciesen o fuesen semejantes. No. Aquello era una copia exacta. La misma calavera desfigurada, algo difuminada como si el paso del tiempo hubiese dejado rastro. Elizabeth tragó saliva, al tiempo que Jack la miraba curioso, como si intuyese algo en todo aquel asunto.

Él se levantó de la arena.

—Será mejor que volvamos al poblado. Deberíamos dormir decentemente. Aquí hace frío —le tendió una mano ayudándola a levantarse.

Cada uno se puso sus ropas. Cuando comenzaron a andar Jack abrazó a la pelirroja siguiendo sus pasos. Se quitó el sombrero y se lo colocó a la chica con una sonriente mirada.

—Capitana... Rowen —dijo divertido, entre risas.

Juntos se perdieron entre la negrura de la noche, camino al poblado, en busca de un sueño acogedor. Por suerte, las muchísimas estrellas que se encontraban en el cielo, desprendían una flagante luz indicando su camino.

Capítulo 5

Las pequeñas lucecillas del sol penetraban por una de las ventanas de madera de la choza. Jack abrió los ojos lentamente al tiempo que estiraba los brazos con pereza. Inmediatamente se fijó en la bella muchacha que dormitaba a su lado. La miró unos instantes, detallando cada centímetro de su perfecto rostro. Acarició tímidamente sus cabellos. Y recordó las dos mágicas palabras que había pronunciado la noche anterior.

¿Por qué había sentido el impulso de decirle que la amaba?

No lo sabía; estaba demasiado confundido.

Pero inevitablemente saber que fue el primero que se cobijó en su cuerpo le llenaba de un profundo orgullo. Una sensación de protegerla para que nadie más se acercase a ella jamás. Sonrió mientras la miraba. Dormía como un ángel.

Jack se levantó de la cama poco después. Justo cuando iba a salir por la puerta se tropezó con uno de los cuencos de barro, haciendo ruido; de forma que la pelirroja se despertó lentamente.

—¿Jack...? —murmuró medio dormida.

Él se acercó a ella, acarició su rostro suavemente.

—Estoy aquí... —le susurró. Ella abrió los ojos.

—Abrázame.

El muchacho extendió sus brazos rodeando el cuerpo de la pequeña muchacha, sintiendo ese profundo calor que sólo ella desprendía. Tras largo rato sin romper aquel contacto, Jack se levantó.

—Vamos a desayunar —dijo, alargando una mano que la muchacha cogió agradecida.

Los dos se pusieron en pie.

Salieron de la pequeña cabaña. El sol salpicó sus rostros de reconfortante calor. Elizabeth sonrió. Fue como si observase un nuevo mundo a su alrededor, repleto de misterios o secretos por descubrir. Se dirigieron hacia Derrek, el fornido hombre que el día anterior los había recibido acaloradamente en la isla.

Jack estrechó su mano dándole los buenos días.

—Tened fruta —les dijo, dándoles un cuenco repleto de deliciosos manjares de la isla—. También queda algo de jugo. Espera, ahora te lo busco.

Poco después, saliendo de una tienda, les tendió dos cáscaras de coco repletas del jugo de la fruta. Los dos asintieron agradecidos. Elizabeth se iba a sentar, pues tenía hambre, pero Jack la interrumpió antes de que pudiese hacerlo.

—Espera. Vamos a un sitio que conozco. Te gustará.

Con los alimentos en las manos, empezaron a internarse entre la frondosa vegetación del lugar. Se

escuchaban los cantos de los pájaros y a Elizabeth le agradaba observar las diferentes flores silvestres que se encontraban en el lugar, además muchos de aquellos árboles no los había visto en su vida.

Apenas se dio cuenta cuando llegaron a un claro. Jack apartó unas hojas, dándole paso a la chica, que penetró en la espesura de la selva. Se sorprendió tremendamente, aquello era realmente precioso.

Una bella cascada descendía por las rocas. El sonido del agua inundaba aquella zona del bosque. El río se perdía entre las montañas. Los pájaros se acercaban hasta el agua para beber, junto con los demás insectos del lugar. Al lado había un claro del bosque, con algunas jugosas hierbas. Jack se sentó allí, después la pelirroja imitó sus movimientos.

—Es precioso —dijo, mirando su alrededor anonadada. Desde luego aquello no se encontraba en el pueblo que tantos años había habitado.

—Sí —respondió él.

Cogió una fruta y empezó a comer.

Elizabeth también lo hizo. El jugo de coco estaba delicioso.

—Cuéntame algo de ti.

—¿Cómo qué?

—No sé. Cualquier cosa de tu vida. De tu pasado —pidió, y la marca del brazo que había visto idéntica en Eveline volvió a sus pensamientos. Rápidamente le quitó importancia. Lo que quería era conocer un poco más al hombre que tenía frente a ella.

—En realidad recuerdo poco de mi infancia —admitió—. Sólo sé que navegaba en un barco con mis padres... Pero una noche de tormenta caí al mar. Y no consiguieron encontrarme. —Mordió un trozo de fruta. —Derrek, el hombre que nos ha recibido en la aldea, por aquel entonces era un conocido pirata. Él me encontró en las aguas el día de la tormenta. Me rescató dándome alojamiento en su barco. Yo apenas tenía dos o tres años. —Suspiró. No recordaba haber contado aquella historia a muchas personas, y le sorprendió que justamente se lo explicase a Elizabeth con tanta facilidad. Como si ambos se conociesen de toda la vida—. Él me crio como si fuese su propio hijo.

—¿Te refieres al hombre que nos acaba de dar la comida, verdad...? —Preguntó Elizabeth.

—El mismo. —Jack sonrió con nostalgia—. Lo único que supe de mi verdadera familia es que se apellidaba Rowen. ¿Te acuerdas de ese collar que cogiste un día?

—Sí. —Elizabeth lo miró tímidamente.

—Pues cuando caí al mar lo llevaba puesto. Detrás de la gema está bordado el nombre "Rowen". —Informó el muchacho—. Si me enfadé contigo fue porque... no sé, es un recuerdo algo extraño para mí. Hacía más de once años que no lo abría.

Elizabeth asintió mientras veía caer el agua de la cascada y comía algo de fruta.

—¿Y qué más ocurrió? —preguntó la pelirroja curiosa.

Jack lo miró algo molesto. Nunca le había gustado que se entrometiesen demasiado en su vida o su pasado. Sin embargo, continuó hablando.

—Derrek me crio como un buen padre lo haría. Y cuando cumplí los 18 años él se retiró. Dijo que le apetecía vivir tranquilo en una pequeña isla de la costa, con su mujer e hijos. Por lo cual me tendió el puesto de capitán.

—Entiendo... —Elizabeth volvió a mirar la marca de su brazo. —¿Desde cuando tienes eso? — Preguntó.

—No lo sé. Desde siempre. —Suspiró—. Cuando llegué al barco de Derrek, con apenas tres años, ya estaba ahí.

Jack se encogió de hombros como si el asunto no tuviese importancia.

—¿Entonces Derrek fue una persona bastante especial en tu vida? —preguntó Elizabeth, cambiando de tema.

—Sí. Ciertamente sí. —Admitió el chico, despreocupado—. También mi mejor amigo de la adolescencia fue especial.

—¿Te refieres a Patrick...? —inquirió la pelirroja.

—No. A Patrick lo conocí hace tres años. —Objetó éste—. Mi mejor amigo era un pirata que murió tiempo atrás. —Reconoció finalmente.

—Lo siento.

—No te preocupes. Con el tiempo todo eso se supera. —Admitió Jack. Aunque muy a su pesar, en el fondo, aún seguía doliéndole aquella pérdida. Pues con aquel amigo había pasado cien mil aventuras.

—¿Dónde demonios estamos? —Farfulló Liam.

A su alrededor sólo veía agua, agua y más agua.

—Tranquilo... —contestó Dean sin demasiada seguridad—. Creo que nos hemos perdido, pero no pasa nada.

Liam pestañeó.

Él vivía feliz en su mansión con toda su fortuna... ¿Por qué demonios ahora tenía que encontrarse perdido en medio del mismísimo océano? ¿Por qué?

—¡Dios mío santísimo de los cielos... NO ME DEJES MORIR! —Chilló, mientras ponía sus manos en oración.

Dean lo miró divertido.

—No te preocupes. Seguro que pronto retomamos el rumbo. Sólo es cuestión de calma. —Explicó esperanzado el otro.

—¡No! ¡NO TE DAS CUENTA, DEAN! ¡Vamos a morir! ¡Estamos perdidos en medio del océano! — Se quejó.

—En vez de protestar tanto podrías ayudar... —Musitó Dean—. Alza las velas, toma el timón, limpia

el barco... Tenemos cosas por hacer.

—¿Has dicho limpiar...? —Liam volvió a pestañear, azotando sus largas pestañas, como si hubiese escuchado mal aquella frase.

—Sí. L-i-m-p-i-a-r —deletreó el otro.

—¡Soy una persona decente de la alta sociedad! ¡No un esclavo! —Saltó Liam.

Dean dejó el timón a un lado, se dirigió hacia su amigo mientras lo examinaba con exactitud.

—Bien. A partir de ahora aprenderás a ser y pensar como un pirata —le explicó—. Lo primero que harás será quitarte esas ropas. Si algún barco nos encontrase y te viese vestido así de seguro nos robaría.

—Dijo—. Ven, yo te dejaré algo de ropa.

Tras media hora de ardua bronca. Tras sonoros gritos. Tras cien mil golpes... Liam salió a bordo vestido con unos anchos pantalones, unas botas negras, y una camisa a rayas, junto con un sombrero de pirata. Miró a su amigo consternado.

—Ahora mismo podría trabajar en una feria —dijo Liam molesto, mientras se miraba a si mismo con cara de asco. Dean temió que vomitase.

—¿Y qué es de tu pasado? —Le preguntó de pronto Jack a la muchacha. Ella tosió atragantándose con la fruta que acababa de morder.

—Nada interesante —dijo al fin—. Vivía en la corte. Y no he salido mucho de ahí hasta este momento.

Jack la miró sorprendido. Él había sido hombre de viajar, hombre de mar, aventuras y batallas... ¿Cómo podía haber pasado aquella bella muchacha diecinueve años dentro de la corte?

—Entiendo. Pero a mí no me convencen todos esos lujos. —Admitió el chico mientras comían—. Prefiero la vida que he llevado siempre. Estar allí debe de ser terriblemente aburrido.

—No lo desmiento.

Jack dejó en el cuenco la fruta que estaba comiendo y se dedicó a observarla en silencio durante unos instantes.

—¿Por qué me miras así...? —Preguntó ella, tímidamente.

—¿Cómo te estoy mirando? —El pirata sonrió pícaro.

—A-s-í —deletreó la pelirroja—. De esa forma...

Jack sonrió. Poco a poco se acercó hacia ella agarrándola con sus fornidos brazos. Le apartó el cabello de la cara y en un débil impulso besó sus tiernos labios. Sintió la adrenalina apoderarse de su cuerpo de nuevo; Elizabeth rodeó con sus brazos el cuello del muchacho. Y apenas se dio cuenta cuando éste la levantó del suelo, sosteniéndola en el aire. Unos instantes después los dos cayeron al agua. Elizabeth gritó sorprendida mientras él reía. Sin embargo, pronto empezaron a besarse de nuevo, al tiempo que el ruido de la cascada inundaba sus oídos transportándolos a un mágico lugar.

El agua era clara, totalmente cristalina. Como si estuviese hecha de pequeños pedazos de diamantes. Peces de colorines pasaban de vez en cuando entre las piernas de los muchachos. Por suerte no cubría donde se encontraban; aunque Jack, como buen pirata, sabía nadar a la perfección. Estaba fría; pero sus cuerpos se encontraban a una temperatura tan elevada, que aquello era el aspecto menos importante. El lugar era mágico. Y tras un buen desayuno todo se veía completamente distinto. Jack apretó más el cuerpo de la pelirroja contra el suyo, presionando sus labios con anhelo...

Capítulo 6

Por primera vez se sentía completamente libre. Libre para hacer en cada momento lo que sentía o le viniese en gana. Para ser ella misma sin tener que esconderse ante nadie. Y, sobre todo, sin las fronteras de palacio que siempre la habían atado a un mundo hipócrita, donde la mentira reinaba sobre la justicia.

Elizabeth aspiró lentamente el aroma de la playa. Ladeó la cabeza para mirar cómo todos cargaban comida en el barco, transportando enormes barriles. Iban a partir de nuevo hacia el mar. Se detuvo unos instantes observando a Jack, que daba órdenes de un lado para otro al mismo tiempo que reía ante las ocurrencias de Derrek.

—Cuida bien a esa muchacha —le dijo el hombre, sonriente.

—No te preocupes; lo haré. —El pirata le guiñó un ojo—. Derrek, espero verte pronto de nuevo. Y ésta vez no tardaré tanto en regresar.

—Eso espero, hijo... eso espero. —Lo abrazó con cariño dándole algunas palmadas en la espalda.

—¡Elizabeth! —La llamó Jack distraído—. ¡Es hora de irnos!

La pelirroja sonrió. Lentamente comenzó a caminar por la arena en dirección hacia donde se encontraba encallado en barco. Con ayuda de Jack, y tras despedirse de Derrek, subió a la proa del barco. El otro la alcanzó poco después. Alzaron las velas, soltaron las cuerdas... y en apenas unos instantes observaban desde la cubierta como la isla se perdía de vista.

Mientras tanto Amy y Patrick charlaban animadamente.

—¿Volverán a meterme en ese calabozo, verdad...? —Le preguntó de pronto la rubia.

Patrick la miró fijamente.

—No te preocupes. Yo hablaré con Jack —le aseguró—. ¿Quieres comer algo...?

—No. No tengo hambre ahora —respondió la otra amablemente.

Los dos se quedaron unos instantes sentados en las maderas del barco, en silencio; observando el brillante mar que se abría para ellos.

Una hermosa mujer llegó hasta las puertas de palacio. Los conserjes permitieron que entrase a la recepción y cuando las criadas fueron a recibirla enmudecieron por completo. Le dirigieron sorprendidas miradas para luego irse a avisar al rey.

Marcus se encontraba tendido en la cama de su habitación. Desde que Elizabeth había desaparecido no tenía ánimos para nada más. De pronto Celina, una de las chicas que trabajaban allí, llamó a la puerta y luego entró, tras el permiso de él.

—Mi señor... —Murmuró, terriblemente nerviosa. —Tiene una visita. Asegura que desea verle.

—¿De quién se trata? —Preguntó sin demasiado interés.

—Es ella —dijo Celina—. Es... su esposa.

Marcus sintió como su corazón dejaba de funcionar por unos instantes. El mundo que durante años había creado se destruyó por completo. Mil mariposas volaron en su estómago al tiempo que el miedo se apoderaba de todo su ser.

Nervios. Un nudo en la garganta. Dolor del pasado.

El rey se levantó a una velocidad trepidante de su cama cuando consiguió reaccionar. Bajó los escalones de palacio como si aquello se tratase de una carrera. Aun no podía creerlo. No podía ser cierto. Y si aquello era una broma pesada... se iban a arrepentir los causantes de ésta. Sin embargo, cuando la vio, allí de pie observando uno de los muchos tapices que colgaban de la pared, notó su garganta totalmente seca. Como si no pudiese hablar ni murmurar una sola palabra.

—Marcus... —Susurró la mujer. Tenía los ojos vidriosos. Y las lágrimas a flor de piel.

Él la miró varios instantes más en silencio. Sin creer que fuese real. Pensando que un fantasma o algo parecido se había aparecido en su presencia.

—Tú... no puede... ser... —Musitó al fin.

—Volví por ella. —Lo miró. Y ahora ya no escondía las lágrimas. Éstas caían libremente por sus pómulos—. Vendrá conmigo.

—No lo hará. —Marcus la miró serio—. Ella no está aquí. La secuestraron.

La bella mujer se deslizó inconsciente hacia el suelo. Marcus la miró asustada, mientras se arrodillaba a su lado.

—¡A un médico! ¡LLAMEN AL MÉDICO DE PALACIO! —Les gritó a sus sirvientas.

—Jack... digo... capitán... —Musitó Patrick—. Quiero pedirte un favor.

El otro pirata se giró mirando a su amigo. Asintió.

—¿De qué se trata...?

—Me gustaría saber qué piensa hacer con Amy... —Suspiró—. Digo... porque allí abajo encerrada podría enfermar. Y no sé, había pensado que... —Balbuceó.

Jack lo miró sonriente.

—Puede quedarse, si es lo que ibas a preguntarme. —Objetó éste—. No te preocupes por eso, de momento.

—Gracias. —Patrick sonrió mientras Jack le pegaba algunas palmadas en la espalda.

—Te ha dado fuerte con ella ¿no? —se burló.

—Más o menos. —Patrick se sonrojó levemente.

—Bien. Bueno... ahora tenemos trabajo por hacer. Ordena a la tripulación que guarden la comida en la bodega. ¡Ah! Consigue una botella de ron para nosotros dos —añadió guiñándole un ojo.

Mientras tanto Elizabeth se deleitaba observando el precioso mar. Todo era tan azul, tan brillante, tan bello...

Sin embargo, continuaba pensando en aquella oscura marca que tanto Eveline como Jack poseían en el brazo. Dudaba que aquello fuese una simple coincidencia; al igual que dudaba que el hecho de que los dos soñasen lo mismo también fuese coincidencia. Algo escondía todo aquello. Un misterio anclado en el pasado tanto como en el futuro.

Jack miró a Elizabeth desde la parte alta del barco. Sonrió. Era verdaderamente preciosa. Además, parecía poseer una luz sobrenatural. Una luz blanca que inundaba todos sus malos pensamientos. Su rojo cabello ondeaba en el viento, y su blusa blanca se veía casi transparente al encontrarse de cara al sol. Jack ladeó la cabeza al darse cuenta de éste último aspecto.

Observó con atención como uno de los hombres de su tripulación la señalaba mientras hablaba con los otros. Era un tal Owen, que parecía encontrarse bastante alegre observando las transparencias de Elizabeth. Jack sintió como un extraño fuego se encendía en su interior.

Owen se dirigió hacia otro tripulante.

—Cuanto te juegas a que la consigo en menos de diez minutos —le retó, sonriendo con suficiencia. El otro lo miró despectivo.

—Creo que el capitán le tiene una especial posición —le advirtió.

—No importa. —Volvió a sonreír—. Espera, ya verás.

Owen se levantó del lugar donde se encontraba y se acercó hacia Elizabeth con descaro. Se apoyó en la barandilla a su lado mientras la miraba de arriba abajo.

—Buenos días, madame —dijo, con un deje de arrogancia.

Elizabeth lo miró despectiva.

—Buenos días —respondió por simple educación.

—Bonitas ropas, seguro que lo que esconden debajo es aún mejor.

Justo en ese momento, llegó Jack hasta donde estos se encontraban. Elizabeth apenas se dio cuenta cuando sintió como Jack la agarraba fuertemente por las muñecas.

—No te acerques a ella —le dijo a Owen sintiendo aquel fuego de los celos en su interior.

Acto seguido, sin siquiera dejar que el otro respondiese, se la llevó a rastras hacia el interior del brazo. Elizabeth protestaba, no entendía que era lo que estaba ocurriendo. No recordaba haber hecho nada malo. Y si así era desde luego no había sido propósito.

Ni siquiera llegaba a entender por qué Jack la tenía tan fuertemente cogida. Tampoco reaccionó siquiera cuando éste la arrastró hasta el interior de su habitación. Jack le dirigió una profunda mirada de ira. Elizabeth tragó saliva totalmente confundida por lo que estaba ocurriendo en aquellos momentos.

—No te muevas de aquí —le espetó él directamente.

Acto seguido salió de su habitación enfurecido y volvió a subir a la cubierta. Se dirigió directamente hacia Owen. Le dio un pequeño empujón y éste se giró de inmediato.

—¿Qué haces? —Musitó, molesto.

—¡No, estúpido! ¿Qué estás haciendo tú? No te atrevas a acercarte a Elizabeth. Nunca —dijo Jack, más serio de lo normal—. Te las veras conmigo. Y verdaderamente eso es algo que no te recomiendo en absoluto —replicó irónico.

—Si tuvieses la suficiente seguridad en ti mismo esto no estaría ocurriendo. Tienes miedo... —Le susurró Owen. Todos los demás tripulantes observaban la escena, sorprendidos. Nadie hasta el momento había osado enfrentarse contra Jack. —Aún no entiendo como Derrek pudo llegar a darte el puesto de capitán. Un puesto que no merecías.

Sintiendo el impulso de cerca, Jack formó un puño con una de sus manos y golpeó la mejilla de Owen, que cayó hacia un lado. Varios de los marineros se levantaron alarmados. Patrick cogió rápidamente a Jack por detrás, impidiéndole que continuase pegándole.

—¡Suéltame Patrick! ¡Pienso matarlo! —gritó enfurecido—. ¡Suéltame! ¡Se ha metido con Derrek!

—Jack... tranquilo. Tranquilo. —Patrick lo agarró fuertemente con ayuda de otros Piratas—. Ya está. Déjalo. Sólo es un estúpido. Basta, tranquilízate. No le des el placer de enfurecerte, joder.

Jack se soltó rápidamente de los brazos de Patrick.

—Dadle cincuenta latigazos —le ordenó a su tripulación—. Quiero ver su espalda.

Acto seguido, evitando las quejas de Patrick, volvió a bajar a la habitación.

Nada más entrar por la puerta alguien empezó a golpearlo con fuerza: Elizabeth. La muchacha parecía estar fuera de control.

Jack sintió como las piernas le empezaban a doler a causa de las patadas de Elizabeth. Cerró la puerta tras sí. Y viendo que la muchacha continuaba golpeándole el pecho con los puños cerrados, agarró las muñecas de ésta impidiéndole que continuase.

—¡Basta! —Pidió él cogiéndola fuertemente.

Elizabeth estaba repleta de rabia. No le agradaba que la tratase así, arrastrándola hasta la habitación como si no fuese nada. Aquello la ponía tremendamente furiosa. Y de algún modo quería descargar su furia. Sin embargo, cuando Jack la agarró por las muñecas y la tiró de nuevo a la cama se sintió de nuevo inmovilizada por completo, pues él se encontraba sobre ella impidiendo sus agresivos movimientos.

—¡Para! ¡Basta, ya! —Le rogó el pirata.

Y en vista de que la muchacha continuaba tremendamente enfada se impulsó, atrapando sus labios entre los suyos delicadamente. Elizabeth iba a protestar, pero al sentir aquel contacto todas las palabras desaparecieron tanto de su boca como de su mente. Ya no tenía nada que decir. Ahora sólo tenía que sentir.

El cuerpo de Jack la guiaba como si fuese su maestro, de una forma alucinante. Provocando que perdiese el sentido de lo que verdaderamente deseaba hacer.

El muchacho palpó los muslos de la muchacha con agilidad. Le encantaba sentir la piel de Elizabeth entre sus manos, era una sensación de posesión que de alguna extraña forma lograba cautivarle por completo. Sin siquiera pasarse a menores, se desabrochó rápidamente el cinturón. Necesitaba con urgencia cobijarse bajo el cuerpo de la pelirroja. Ni siquiera desvistió a Elizabeth de la parte de arriba, como si no tuviese tiempo suficiente para ello. Lentamente sintió de nuevo aquella sensación. Aquella sensación de sentirse dentro de su cuerpo, uniéndose en una sola persona. Un solo sentimiento. Jack la embistió con fuerza, sintiendo como las uñas de Elizabeth se clavaban, temblorosas, en su espalda. La pelirroja ahogó un gemido cuando sintió que todo su alrededor se volvía nublado ante sus ojos. Finalmente, Jack se deslizó lentamente apoyándose en el cuerpo de Elizabeth. Sintiendo aun pequeños espasmos repletos de placer. La abrazó con fuerza y se quedó allí varios minutos en silencio, con los ojos cerrados.

—Aún estoy enfadada —dijo Elizabeth de pronto. Aun no entendía cómo podía controlarse tan poco ante las caricias del pirata.

Jack suspiró, molesto por el hecho de que la pelirroja hubiese roto aquel perfecto silencio. Se impulsó levemente, mirándola fijamente a los ojos mientras acariciaba una de sus tiernas mejillas.

—Lo siento... —Le susurró algo avergonzado por el hecho de decir aquella palabra, que inusualmente pronunciaba—. De verdad: Lo siento mucho.

Elizabeth sonrió. Besó la mejilla del chico despacio. Ascendió hasta su frente, besando cada palmo de su rostro, desde los párpados hasta la barbilla. Finalmente depositó un último beso en los labios del chico. El hecho de que él hubiese pronunciado aquellas dos palabras era bastante importante para Elizabeth. Pues sabía que no todos los días aquel orgulloso pirata pedía perdón. Sonrió mientras acariciaba su lacio cabello.

Jack se fijó entonces en las marcas casi imperceptibles que Elizabeth llevaba en las muñecas. La había apretado demasiado fuerte sin darse cuenta. Ahora se sentía culpable. Tragó saliva, nervioso. Lentamente besó las muñecas de la chica.

—Lo siento. —Repitió, consternado. Cuando se enfurecía apenas era capaz de controlarse a sí mismo.

—No pasa nada. —Elizabeth lo miró con ternura.

Comprendía que para un pirata era difícil cambiar tan drásticamente. Y de alguna forma el hecho de que no hubiese podido conocer a ninguno de sus dos padres también apenaba a la pelirroja. De alguna forma entendía la cínica actitud del muchacho. Su sarcasmo, su rabia y todo lo demás. Lo abrazó con fuerza.

Los siguientes días en el barco habían pasado tremendamente rápidos. Elizabeth y Jack estaban mejor que nunca. El capitán se centraba en llegar hasta una preciosa isla que quería enseñarle a la pelirroja, pero aún faltaba tiempo para ello. Mientras tanto Elizabeth estaba aprendiendo a manejar las velas del barco, limpiar el interior de éste e incluso, Patrick, le había dado algunas clases a ella y Amy sobre como cargar la pólvora en los cañones.

—Pesa demasiado —dijo entonces la rubia muchacha mientras cogía una de las voluminosas bolas de metal.

—No pasa nada. Dámela, no te preocupes —le sonrió a Amy. Con el paso de los días la convivencia entre ellos era mucho más tranquila. Patrick no había podido evitar encariñarse con la inocente personalidad de la rubia. —Elizabeth... ¿Puedes cargar la tuya o te ayudo?

—No hace falta. Sí que puedo. —Sonrió, aunque estaba roja por el esfuerzo.

Y tranquilamente los días se hicieron cortos. El sol parecía caer antes de hora ante sus ojos. Y mientras todo aquello sucedía en el barco de Jack, otro buque, encabezado por Dean les iba ganando ventaja entre las cristalinas aguas del océano.

Al mismo tiempo que todo aquello sucedía, el interior del palacio real no se encontraba exactamente en calma. El día que ella llegó, Marcus apenas tuvo tiempo para conversar, pues la mujer se encerró en una de las habitaciones. Y desde entonces no había querido salir.

—Tenemos que hablar. —El rey llamó a su puerta por decimoquinta vez en aquel día. —Si no abres ordenaré que derriben la puerta—. Advirtió.

Había tenido mucho tiempo para pensar desde su llegada. Pero ni siquiera había llegado a una clara conclusión al respecto. Por eso, aquel día, se sorprendió de que ella abriese la puerta.

Tenía los parpados hinchados de tanto llorar. Desde luego la noticia de que Elizabeth no estaba no le había sentado del todo bien. Se veía más pálida de lo habitual. Pero continuaba siendo terriblemente bella. Y sus largos cabellos castaños ondulaban por su espalda como si se tratasen de una hermosa cascada cristalina.

—¿Puedo pasar? —Marcus la miró dolido.

—Sí. —Ella se apartó de la puerta. Y tras la entrada de él la cerró bruscamente. Se sentó en la cama—. ¿Qué es lo que ha ocurrido exactamente...?

Marcus suspiró.

—La secuestraron unos piratas. —Apuntó—. Pero lo que no entiendo es porqué has decidido volver justo ahora. Ya me rompiste el corazón una vez...

Ella lo miró con tristeza, ahogando un sollozo. Y las lágrimas comenzaron a surcar de sus hermosos ojos vidriosos.

—Tranquila. —Marcus la abrazó a pesar de todo el rencor que albergaba en su corazón.

—Me equivoqué Marcus —dijo ella—. Jamás debí haberme fugado con aquel pirata. —Dijo—. Lo siento. Perdóname por favor. Perdóname...

Él continuó abrazándola mientras aspiraba su aroma. Dieciocho años sin ella. Dieciocho años en silencio. Dieciocho años sufriendo... Y ahora la tenía de nuevo entre sus brazos.

Capítulo 7

En los últimos días el barco se había tranquilizado por completo. El viento estaba a su favor. Patrick continuaba enseñándoles a las muchachas utilidades del buque e incluso Jack estaba más simpático de lo acostumbrado. Era como si un nuevo sol los iluminase.

—Elizabeth tú baja a buscar los sacos en la bodega —le indicó Patrick sonriente mientras intentaba explicarles cómo hacer unos nudos navales—. Amy pídele al capitán que te de algunas cuerdas: nos serán útiles.

La rubia se acercó hacia Jack mientras Elizabeth se perdía por la escalera de madera que bajaba hacia las bodegas.

Hasta el momento nunca había estado sola en aquel lugar del barco. Patrick o Jack la habían acompañado. Todo estaba oscuro y húmedo. Pequeñas sombras parecían extenderse por las paredes. Y el lugar no olía demasiado bien. Otra persona, que había visto hacia donde se dirigía la pelirroja, la seguía de cerca. Ésta no se dio cuenta hasta que un trozo de madera crujió bajo las pisadas del otro.

—¿Quién anda ahí? —Elizabeth se giró asustada.

—Tu príncipe azul... —Murmuró alguien con malicia.

Su voz denotaba un rencor sorprendente. La pelirroja comenzó a asustarse. Y se pronto recordó de quien era aquella voz.

—¡Aléjate de aquí! ¡Déjame! Intento buscar unos sacos... —Musitó ella temerosa.

Owen sonrió en la oscuridad de la habitación. Lentamente se acercó hasta la sombra de la chica, ésta se arrimó a la pared al escuchar sus sigilosos pasos.

—Tranquila... —Dijo él falsamente—. No pienso hacerte daño. Sólo recibir lo que me debes. —Apuntó malévolamente. Elizabeth sintió un tenebroso escalofrío.

—Déjame. Basta —dijo—. Vete de aquí.

—Demasiado tarde preciosa. —Él sonrió en la oscuridad—. Si puedes darle ciertos placeres al capitán no veo por qué no me los das a mí.

Sus brazos cubrieron el cuerpo de la muchacha, impidiendo sus movimientos. Empezó a gritar, alarmada, más él golpeó fuertemente una de sus mejillas, se quitó el pañuelo que cubría su cabeza y lo ató en la boca de la chica impidiendo que hablase.

Mientras tanto Jack giró radicalmente la dirección del timón. Miró sonriente como Patrick y Amy ataban algunas cuerdas forjando fuertes nudos. Y por alguna extraña razón comenzó a sentir algo dentro de su mente. El corazón le latía demasiado rápido. Dejó el timón a un lado. Instantáneamente se apoyó en la madera de éste. Su respiración se volvió agitada. Y una extraña voz inundó su mente. La voz de Eveline.

“Está en peligro...”

Jack se agarró más fuertemente al timón, estaba mareado. Respiró profundamente y volvió a mirar hacia donde su mejor amigo se encontraba. Un momento... ¿Dónde demonios estaba Elizabeth...?

“Ve por ella...”

No hizo falta la última frase que murmuró la voz de Eveline. Jack ya había salido disparado hacia donde Patrick se encontraba. Amy lo miró asustada ante su repentina palidez.

—¿Dónde está Elizabeth? —Preguntó secamente, con los puños apretados.

—Ehh... —Balbuceó Patrick—. La he mandado a la bodega por algunos sacos.

Mientras tanto Elizabeth intentaba gritar desesperadamente, más apenas conseguía murmurar algunos simples murmullos. Owen se encontraba sobre ella. La había golpeado varias veces de forma que casi estaba inconsciente. Las lágrimas comenzaron a brotar de los cristalinos ojos de la pelirroja. Más no parecía importarle demasiado al joven, pues éste comenzó a desabrocharle los pantalones con rapidez.

Y ella supo que no tenía nada que hacer. Su corazón se aceleró a causa del miedo. Lentamente, su mente viajó hacia un lugar lejano. Una preciosa playa, donde había estado con Jack apenas una semana atrás. El sonido de las aguas se hizo casi realidad en lo más recóndito de su mente. Toda su vida había soñado con encontrar el amor verdadero. Y a pesar de lo sumamente cínico o antipático que Jack podía llegar a ser, sabía que él era el elegido de alguna extraña forma. Sólo él. Pensó en todos los momentos que había pasado con él. Tanto los buenos como los malos... porque todos parecían haber sido perfectos.

—Serás mía —le dijo Owen, sacándola levemente de sus pensamientos. Elizabeth derramó algunas lágrimas más, sintiendo como los ojos se le cerraban, le costaba muchísimo respirar. Sentía que se ahogaba—. ¿Sabes...? Soy tremendamente competitivo. No me gusta que nadie me gane. Y mucho menos un capitán estúpido que sólo se ganó el puesto por caerse de un barco cuando era pequeño.

Elizabeth continuó en silencio. Su corazón iba muy rápido. Quería hacer algo, pero se sentía totalmente incompetente. Y cada vez le costaba más respirar.

—Si no hubiese sido el niño mimado de Derrek... ese puesto habría sido para mí. —Continuó hablando Owen mientras se desabrochaba el nudo de su pantalón a una gran velocidad—. Y te aseguro que me lo merecía mucho más que el estúpido de Jack —dijo malévolo. Empezó a bajarse el pantalón mientras reía a carcajadas, como si hubiese logrado el triunfo que había estado deseando aquellos últimos días.

Jack bajó las escaleras del barco a una velocidad trepidante, tropezándose con algunas de las maderas que se encontraban sueltas. Su corazón palpitaba rápidamente, como si se le fuese a salir del pecho de un

momento a otro.

Cuando consiguió llegar a la bodega entró en ella corriendo, respirando con dificultad. Y encontrar a Owen encima de Elizabeth, quitándole los pantalones mientras reía a carcajadas, no ayudó demasiado a que se calmase. Sintió como una tremenda ira se encendía en su interior. Y lejos de controlarse se abalanzó contra Owen, apartándolo del cuerpo de la pelirroja.

Comenzó a golpear a su tripulante como si la vida le fuese en ello. Estrellaba sus puños apretados contra el desarmado Owen. No le importó cuando la sangre empezó a brotar de la boca del marinero, ni tampoco cuando su nariz crujió tras un buen golpe. Le daba igual lo machacado que estuviese su estómago tras tantas patadas... nada de aquello le importaba ahora. La furia se encendía incansable por su cuerpo. Todo le dio igual hasta que escuchó un susurro tras él.

—Jack... —Consiguió murmurar Elizabeth. Estaba tremendamente pálida. Y apenas podía respirar a causa de los golpes que Owen le había propiciado.

El orgulloso capitán dejó a un lado el inconsciente cuerpo del marinero, olvidándose de él por unos instantes. Rápidamente apartó una madera que se encontraba en el suelo, acercándose hacia el cuerpo de la pelirroja, que se encontraba tumbada en el suelo.

La acunó entre sus brazos con una ternura incalculable, como si ella hubiese calmado toda aquella furia encendida anteriormente en su interior. La protegió entre sus brazos, rodeándola con éstos fuertemente, sintiendo el calor que sólo ella conseguía transmitirle.

—Eres lo más importante —le susurró, mientras la acunaba calurosamente. Totalmente enternecido—. Sólo tú conseguiste cambiarme... —Añadió, admitiendo lo que nunca le había dicho.

La abrazó más fuertemente, aspirando el delicado aroma que ella siempre desprendía. Le encantaba aquel sabroso olor, como a flores silvestres. Nadie podía igualarlo.

—Estoy débil... —Le susurró ella en palabras casi inaudibles.

Su voz apenas podía escucharse.

—Tienes que luchar... Vas a vivir, seguro que sí. —Acarició sus rojos cabellos con ternura—. Si tú no vives a mi lado... Yo... Mi existencia... no tiene ningún sentido, Elizabeth.

—No digas eso... —Ella sonrió levemente al sentir los brazos de Jack rodeando protectores su cuerpo.

—No me importa nada... Ni el sueño ni nada. —Sonrió tristemente—. De verdad... Ya no me preocupa averiguar qué es lo que dice ese maldito sueño...

—No —dijo la pelirroja—. Aunque me pase algo a mí... tú tienes que averiguar el misterio del sueño. Fue eso lo que nos unió, recuérdalo siempre. Prométeme que no desistirás nunca en ello —le pidió. Sus pulmones parecían empequeñecerse a cada tomo de aire que la chica aspiraba.

—Te lo juro. —Él sonrió tristemente, sin soltarla ni un solo instante.

Elizabeth alzó su temblorosa mano hasta tocar la mejilla del chico. La acarició lentamente, sintiendo la

aspereza que ésta poseía como buen pirata que Jack era.

Sonrió melancólica.

—Te amo... —Le susurró.

Acto seguido tomó una última bocanada de aire. Y su mano se deslizó sin vida hacia el suelo. Jack observó en silencio como los ojos de la chica perdían el poco brillo que instantes atrás les quedaba, al tiempo que sentía deslizarse en el aire el último aliento de la pelirroja.

Y gritó. Gritó como nunca antes lo había hecho. Su ira se encendió desbordando la habitación de dolor. Pequeñas lágrimas comenzaron a surcar de sus ojos, mientras sus brazos no dejaban de acunar a la muchacha. No le importaba llorar. No le importaba que lo viese así toda su tripulación. Hacía años que ninguna lágrima se escurría por su rostro. Años sin desahogarse. Años sin sentir. Jamás lo había hecho, ni siquiera cuando se perdió en el mar la noche de la tormenta. Ni tampoco cuando su mejor amigo murió. Nunca había dejado que las lágrimas cubriesen su rostro porque todos aquellos diminutos cristalinos que brillaban, parecían haber estado reservados eternamente para aquella criatura que ahora se encontraba inerte entre sus brazos.

—Te amo —le susurró mientras sollozaba—. ...siempre te amaré. Sólo a ti.

En ese mismo momento Patrick ató fuertemente el nudo de las cuerdas. Se dirigió hacia una sonriente Amy.

—Será mejor que baje a las bodegas —dijo—. Jack parecía nervioso. Y Elizabeth tarda demasiado en subir —dijo—. Tú quédate aquí.

Sin embargo, cuando Patrick bajó a la bodega apenas pudo creer lo que sus ojos veían entre la oscuridad de la habitación.

Owen estaba inconsciente a un lado. Y mientras tanto Jack lloraba acurrucando el cuerpo de cierta pelirroja. Él jamás había visto a su capitán llorando. Y eso lo asustó aún más. Se acercó rápidamente hacia donde los dos se encontraban, quitando algunas maderas a su paso.

—¿Qué ha ocurrido? —Preguntó.

Más no obtuvo respuesta. Jack sollozaba tristemente. Patrick se colocó de rodillas junto a Elizabeth. Cogió la inerte mano de la muchacha para tomarle el pulso. Las facciones de su rostro se quebraron.

Instantes después tan sólo miró a Jack apenado, mientras negaba con la cabeza. El otro sollozó más fuertemente. Acunó el cuerpo de Elizabeth como lo había hecho todo aquel tiempo, presionándolo contra el suyo. Como si de ese modo pudiese pasarle su vida para que continuase viviendo. Como si pudiese transmitirle su voz. Y cambiar su propia vida por la de ella.

Y tras aquel simple gesto de Patrick, la vida del otro pirata dejó de tener sentido. Era como si le hubiesen arrancado lo que más había querido hasta el momento. Una persona que, sin saber por qué, le transmitía aquel infinito bienestar. Que por alguna remota razón la sentía unida a él constantemente. Que formaba ya parte de su propio cuerpo.

—Jack... —Susurró una dulce voz—. Jack... mi amor...

El pirata sonrió entre lágrimas. No podía ser. Aquel susurro se le había antojado como la melodía más maravillosa del mundo. Como si el tiempo volviese a atacar las agujas del reloj. Patrick sonrió estupefacto. Tomó de nuevo el pulso de la muchacha.

—¡Sí! ¡Está viva! —exclamó el tripulante más fiel del capitán—. ¡Rápido, súbela a la habitación! Yo prepararé agua caliente con mantas.

Jack apenas podía murmurar palabra. Tan sólo se levantó transportando el cuerpo de su amaba entre sus brazos. Ascendió las escaleras rápidamente. Entró en su habitación para poco después depositarla sobre su cómoda cama.

—Jack... —Murmuró ella de nuevo.

—¡Sshh! No digas nada —le pidió él sonriente, aun con lágrimas en los grisáceos ojos—. Será mejor que guardes fuerzas, estás débil. —Acarició su mejilla.

Patrick llegó a la habitación minutos después, acompañado por una preocupadísima Amy que miraba a su amiga entre preocupada y asustada. Le pusieron las mantas encima. El agua apenas tardó en calentarse, gracias al fuego del candil. Jack mojó un trapo y se lo puso en la frente a la pelirroja.

Capítulo 8

Pasadas unas horas, Patrick, junto con Amy, salió de la habitación del capitán. Los dos se fueron a descansar. Jack se quedó largo rato más posando paños mojados sobre la frente de la pelirroja muchacha. Estaba pálida, pero su corazón latía con normalidad. Hacía tiempo que se había dormido. Y mientras tanto el Pirata le había limpiado algunas de las heridas hechas por Owen. Poco después, cuando todo pareció calmarse, Jack se tumbó junto a ella intentando descansar. Cerró los ojos, y apenas tardó unos minutos en dormirse profundamente. Un extraño sueño se apoderó de las mentes de ambos jóvenes.

Una elegante habitación, en el interior de un barco, se abría ante sus ojos. Varios sillones verdes se encontraban distribuidos por el lugar. Habían visto aquella habitación en otros sueños; cuando una mujer alertaba a Eveline del peligro que corría incitándola a alejarse. Sin embargo, aquello parecía ser de muchos años atrás al sueño anteriormente visto. Pues los muebles eran más antiguos y los candelabros que colgaban de las paredes estaban casi nuevos.

De pronto una bella mujer apareció en aquel salón. Vestía un elegante traje de época, y su cabello recogido en un vistoso peinado, dejaba caer algunos rizos rubios por su rostro. Ella se sentó en uno de los sofás elegantemente. Acto seguido apareció Eveline, con apenas un año, gateando por la habitación. La mujer la cogió entre sus brazos con cariño.

—Pórtate bien con tu hermano... —Le dijo, sonriente y soñadora—. Él siempre cuida de ti —dijo—. Siempre estará contigo, lo sé.

La pequeña sonrió divertida, como si entendiese las palabras de la mujer a tan corta edad. Acto seguido las manos de Eveline se dirigieron hacia el cuello de la mujer. Cogió una cadena que colgaba de su cuello, y sacó el collar que se había quedado dentro del vestido de la chica. Una gama de color rojo relució en la habitación, con aquel nombre gravado en ella: Rowen.

Jack despertó sobresaltado al mismo tiempo que Elizabeth. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar en lo que había ocurrido. En seguida abrazó a la pelirroja con cariño, acariciándole los largos cabellos que se encontraban desparramados por la almohada.

—Tranquila... Ya pasó —le susurró, terriblemente nervioso por lo que acababa de ver. —Duerme... estás débil.

—Jack... —Musitó ella al tiempo que temblaba de frío. —Llevaba tu collar.

El muchacho se quedó largo rato en silencio. Ese último sueño les había dado numerosas pistas. Seguramente aquella mujer era la verdadera madre de Eveline. Además, la niña tenía un hermano, algo que no habían sabido hasta entonces. Y lo más preocupante, parecían estar enlazados con la propia

familia de Jack, pues llevaban un mismo colgante con el apellido Rowen. Tragó saliva levemente.

—¿No serás tú su...? —Comenzó Elizabeth, más Jack la calló, no quería escuchar ninguna suposición por el momento.

—No. Nada de eso —dijo serio—. Será mejor que descansemos hasta que amanezca. Tú tienes que dormir. —Sonrió acariciándole la mejilla—. Yo tengo asuntos pendientes. Luego vuelvo.

Jack se levantó de la cama rápidamente. Se puso el sombrero de pirata al tiempo que salía de la habitación y comenzó a subir las escaleras; dejando a una pensativa Elizabeth en su cuarto.

Patrick se encontraba aquella noche a cargo del timón, a medias.

—¿Ya has descansado? —Le preguntó su amigo cuando lo vio subir.

—Algo así. —Contestó éste. Y sin demasiados detalles le relató el sueño que ambos acababan de tener.

—No sé qué decir. —Murmuró Patrick—. Es extraño, la verdad. Pero...

—Tienes razón, será mejor que no saquemos conclusiones equivocadas. Ahora no quiero hablar del tema. —Sonrió intentando disimular su preocupación—. ¿Se durmió tu querida amada...? —Preguntó Jack sarcástico. Patrick le dirigió una mueca de fastidio.

—Si te refieres a Amy hace horas que se durmió. —Atisbó a decir algo avergonzado—. Por cierto... ¿Qué demonios piensas hacer con Owen? Sigue inconsciente, he bajado antes a verlo.

Los ojos de Jack se ensombrecieron. Aún no había pensado en qué hacer con el estúpido de Owen.

—Lo tiraremos al mar —dijo al fin, furioso.

—¿Estás seguro...?

—Mira Patrick... no importa si te estás enamorando de esa rubia. Ni tampoco importa si Elizabeth es alguien primordial en mi vida —dijo él, serio—. Seguimos siendo Piratas. Y como buenos Piratas debemos actuar como tal. No siento ningún tipo de remordimiento por Owen; es más espero que los tiburones se lo coman poco a poco, para que sufra lo que se merece. —Sonrió cínico—. A la mierda los buenos modales, ese hombre merece morir.

Patrick rio con sorna. Sí, verdaderamente eran Piratas. Y no le avergonzaba reconocerlo. Era cierto que la relación que estaba constando con Amy, aunque dudaba siquiera que ésta supiese de sus verdaderos sentimientos, le estaba ablandando. Al igual que a Jack. Pero en el fondo continuaban siendo lo que eran, pues estaba en su sangre: Piratas.

—Perfecto. —Patrick sonrió—. Tienes toda la razón. Súbelo a la cubierta, mientras vigilo yo el timón. Lo tiraremos antes de que despierten los demás.

Jack bajó a la bodega. Encontró el cuerpo de Owen en una esquina, magullado por los golpes. Con algo de asco lo cogió cargándolo a la espalda. Le hubiese gustado llevarlo hasta abordo a base de patadas, pero no hubiese podido subir las escaleras. Cuando llegó a junto Patrick lo soltó estrepitosamente contra el suelo, golpeando de nuevo la cabeza de Owen.

—Éste tipo siempre te guardó rencor. —Reconoció su amigo—. Y mucho más cuando Derrek te dio en

puesto de capitán.

—Cierto. —Jack se encogió de hombros, con indiferencia—. Bien. Tirémoslo. Ayúdame a cargarlo.

Los dos muchachos lo cogieron de las piernas, balanceándolo. Y tras un último movimiento el cuerpo de Owen cayó al agua. Jack no pudo evitar sonreír.

—Celebrémoslo abriendo una botella de ron. —Optó Patrick felizmente. El otro se mordió el labio pensativo.

—Le prometí a Elizabeth que volvería enseguida con ella. —Lo miró, sintiéndose culpable—. Además... me encuentro algo cansado. Hoy ha sido un día duro...

—No tienes aguante. —Patrick rio. Sabía bien que hacer para que su amigo cediese—. Eso es porque no te atreves a picarte conmigo.

Jack sonrió pícaro.

—Saca varias botellas. Ya veremos quién es el que no tiene aguante.

Tres horas después las risas de los dos amigos inundaban la cubierta del barco. El timón se había desviado de su trayectoria. Más de cuatro botellas de ron se encontraban vacías tiradas hacia un lado. Los dos estaban tumbados en la madera, observando el nocturno cielo de la noche: Totalmente borrachos.

—Hay doscientas cincuenta y tres estrellas. —Balbuceó Jack mientras se tocaba felizmente el estómago—. No. En realidad, son doscientas cincuenta y cuatro.

—¿No queda más Ron...?

—Sí. Pero no pienso bajar. Hazlo tú. —Jack rio—. Es una orden que te doy como capitán.

—¡Pero tenemos doscientas ochenta y nueve estrellas sobre nuestras cabezas! Me atacarán. No puedo hacerlo, mi capitán. —Balbuceó Patrick medio atontado.

Jack le dio un codazo a Patrick, a lo que éste respondió con una patada en las costillas. El otro soltó un quejido mientras reía al mismo tiempo. Y justo en ese momento una sombra apareció frente a ellos, justo delante de donde los dos muchachos se encontraban tirados.

—¡Dios mío! —Farfulló. —¡Estáis borrachos! —exclamó Amy observando las múltiples botellas vacías.

—¡No es lo que parece! —Se defendió Jack—. Parece que estamos mirando las estrellas, pero en realidad es que vamos borrachos. —Explicó. Amy posó una mueca de asombro en su rostro. Patrick le dio otro codazo a Jack.

—¡Idiota! —Le susurró—. Tenías que decirlo al revés.

Y los dos volvieron a reír. Rieron también cuando Amy los cogió a cada uno de las orejas levantándolos a la vez del suelo. Cuando los chicos se pusieron de pie tuvieron que sujetarse a la rubia para no caerse al suelo. Ella gritó alarmada.

—¡Me vais a tirar, Dios mío! ¡Controlaros, por favor! —Rogó, alarmada. Pues al tiempo que ellos se tambaleaban ella también lo hacía a causa de los movimientos de los muchachos.

—No te alarmes nena... —Balbuceó Patrick sonriente—. Nos encontramos en un estado controlado.

Sabemos lo que hacemos.

Y justo tras murmurar aquella frase Jack se deslizó de nuevo hacia el suelo. Patrick rio. Y Amy intentó levantarlo del suelo. Jack alzó la mano sin siquiera abrir los ojos.

—¡Dejadme, dejadme, que estoy de puta madre! —Farfulló desde el suelo.

—¡Dios, pero si han temblado las maderas! —Se quejó Amy.

Y entonces Patrick, impulsado por la cantidad de alcohol que llevaba en el interior de su cuerpo, se inclinó levemente hacia la rubia rozando sus labios. Ella se quedó estática, sin saber qué hacer. Sintió como Patrick la besaba, acto seguido, con más fuerza. Y sin saber por qué no sé apartó. Tampoco lo besó, pero no hizo ademán de detenerlo. Al contrario, los ojos de la rubia se cerraron e iba a abrir levemente los labios dando paso a la lengua del muchacho, cuando otra sombra apareció en la cubierta. Amy se separó de Patrick rápidamente.

—¡¿Qué demonios está ocurriendo aquí?! —exclamó Elizabeth, que no acababa de despertarse a causa del estrépito que se había formado entre los gritos, las risas, la caída de Jack y todo lo demás.

La pelirroja se dirigió rápidamente hacia Jack.

—¡Dios mío! ¿Pero que se han bebido?

No hizo falta que Amy señalase aquel montón de botellas vacías. Elizabeth miró suspicaz a Jack, que se había quedado dormida.

—Patrick tú quédate aquí sentado —le pidió al otro, que tras aquel beso parecía estar algo confundido—. Amy ayúdame a llevar a Jack a la habitación.

—Pero Elizabeth... estás débil. —Opinó la rubia.

—¡No importa! ¡Ayúdame, por favor!

La rubia muchacha accedió a ello. Cada una colocó un brazo de Jack tras su cuello, levantándolo cada una de un lado. Poco a poco, con bastantes dificultades lo bajaron hasta la habitación. Y lo tumbaron en la cama.

—Si no me pasa nada Elizabeth... estoy perfectamente bien —dijo Jack cuando lo dejaron sobre las sábanas, con los ojos cerrados.

—Sí. Ya... mañana hablamos —dijo la otra seria.

A pesar de ello las dos muchachas no pudieron evitar reír cuando subían las escaleras para ir a por Patrick. Recogieron al otro Pirata llevándolo a la habitación contigua, para que descansase. Después salieron de allí dirigiéndose hacia la cubierta.

—¿Y ahora qué hacemos...? —Preguntó Amy.

—Supongo que tendremos que controlar el timón.

—¡Dios mío! ¡Pero si no tenemos ni la más remota idea! —exclamó la otra. Luego se quedó pensativa—. Bueno... Patrick nos enseñó algo.

—Sí... —Elizabeth rio—. ...Y parece ser que está noche Patrick te ha enseñado algo más.

Amy le dirigió una fría mirada de reproche.

—Vale, vale... lo siento. Iban borrachos. —Sonrió—. No te preocupes, mañana seguro que apenas recordarán nada de lo sucedido.

Y con gran preocupación las chicas intentaron hacerse cargo del timón del barco. Cosa que no era fácil. Y mucho menos si intentaban navegar por la noche. Por suerte... sólo faltaban un par de horas para que amaneciese y despertase el resto de la tripulación.

—¿Echas de menos a Dean...? —Le preguntó Elizabeth a su amiga. Ella reflexionó.

—Por supuesto que sí... pero... —Balbuceó—. No sé. Supongo que deben estar buscándonos. —Suspiró—. Tenía tantos planes para la boda... Pensé que esto sería un infierno. Y, sin embargo, a pesar de todo lo que echo de menos, no estamos sufriendo tanto ninguna de las dos como si esto fuese un verdadero secuestro.

—Sí. Es cierto que han cambiado las circunstancias.

Daba igual que fuese de noche. Dean se encontraba dirigiendo el barco mientras, Liam, sentado a su lado, le hacía preguntas respecto a su pasado; pues el pirata ya le había contado su verdadera identidad.

—¡Debiste habérmelo dicho antes! —Se quejó Liam. Dean sonrió.

—Si te lo hubiese dicho antes me habrías denunciado a la corte por ser pirata. Y luego seguramente te habrías pasado por la horca el día de mi muerte —dijo el moreno.

—Puede ser... admitió Liam. —¡Dios! Estoy en un barco con un pirata...

Pero Dean ya no lo escuchaba. Acababa de ver un barco que conocía de años atrás, un barco que le resultaba más que familiar y que hizo que tragase saliva lentamente.

—¡Liam alza las velas, rápido! ¡Debemos alcanzar a ese buque! —Ordenó Dean palideciendo.

Se pusieron en marcha a la velocidad más rápida posible. El barco surcaba las aguas del mar, dejando ondas a causa de la fuerza tras su paso. Finalmente consiguieron colocarse al lado del otro barco. Dean se subió al mástil más alto de su buque.

—¡JACK! —Gritó, dirigiéndose al otro navío.

Elizabeth comenzó a asustarse mientras Amy observaba embelesada aquella figura.

—¡Debemos despertar a los piratas! —exclamó Elizabeth—. Creo que pretenden atacarnos. —Advirtió. Y la pelirroja hizo ademán de dirigirse hacia el interior del barco, más Amy la detuvo agarrándola del brazo al tiempo que Dean seguía gritando el nombre del capitán del otro barco.

—¡NO! ¡Espera! ¡ELIZABETH, ESA ES LA VOZ DE DEAN! —exclamó la rubia petrificada por la emoción.

—No puede ser... está llamando a Jack... —Elizabeth observó la figura del capitán del otro barco arriba del mástil.

—Lo es. Estoy segura de ello Elizabeth. —Cogió el timón—. Nos acercaremos. Saca la escalera para

que pueda pasar hasta aquí.

La pelirroja desenrolló la escalera de madera. Y cuando se acercó hasta la barandilla para tendérsela al otro barco descubrió que su amiga estaba en lo cierto. Allí se encontraba Dean, algo cambiado ya que no vestía como normalmente solía hacerlo.

Visto así parecía un verdadero pirata.

—¡Coge el otro extremo de la cuerda! —Le dijo Elizabeth tirándosela. — ¡Amy, echa en ancla, rápido!

La rubia comenzó a desenrollar la estaca de madera para que fuese bajando el ancla. Hasta que notó, por la presión de la cuerda, que ésta había tocado fondo. El otro barco hizo lo mismo. Dean pasó por la cuerda finalmente. Liam le siguió, abandonando su anterior barco.

—¡Elizabeth, Amy! ¿Qué demonios hacéis aquí...? —Preguntó el moreno asombrado. —Éste barco es de...

—...Jack. —Terminó la pelirroja la frase.

—¡Exacto! ¿Qué hacéis aquí...?

Y sin esperar una clara respuesta, Dean abrazó a Amy con fuerza, que sollozaba entre sus brazos. Liam saludó a las dos muchachas algo asustado; como si esperase que de pronto saliesen de allí doscientos piratas para asesinarlo.

—¿Dónde está Jack...? ¿Qué ha ocurrido aquí? ¡Explicadme algo, por favor! No entiendo nada... —Se quejó el moreno sin dejar de abrazar a su prometida.

Elizabeth suspiró.

—Jack está completamente borracho, durmiendo. —Contestó, levemente molesta. —¿Y de qué demonios lo conoces tú...?

Dean enmudeció inmediatamente ante la atenta mirada de Amy.

—Es un... viejo amigo... conocido... —Balbuceó tímidamente.

—¡Dios! ¡Me muero de hambre! —Interrumpió Liam.

Todos dejaron de hacer preguntas. El ambiente aún estaba caldeado para ello. Elizabeth sacó algo de comida para los dos nuevos tripulantes. Amy se sentó encima de Dean, abrazándolo con fuerza. Se mantuvieron en un extraño silencio durante algo más de una hora, con tal sólo algunos comentarios sin demasiada importancia.

Poco a poco fue amaneciendo. Jack tardó algo en saber que había ocurrido la noche anterior. Y al igual que Patrick sólo recordaba el primer descorche de una botella de Ron. Los dos se levantaron casi al mismo tiempo, se encontraron en las escaleras del barco y subieron juntos a cubierta. Cuando observaron a los nuevos grumetes apenas podían reaccionar. El barco estaba parado, pues habían echado el ancla. Patrick sintió una especie de náuseas al observar a Amy abrazando a aquel nuevo tipo. Jack, por el contrario, sintió que la alegría invadía todo su ser.

—¿Dean...? —Se acercó hacia allí corriendo. El nombrado se levantó sonriente, abriendo los brazos. Jack lo abrazó con fuerza. —¡Dios mío! No puede ser... te daba por muerto, amigo—. Admitió el otro.

—Lo imaginaba —le dio algunas palmadas al que tiempo atrás fue su mejor amigo. —Tienes que explicarme muchas cosas —le dijo—. Será mejor que hablemos a solas.

—Sí. Bajaremos a mi habitación —dijo Jack.

Y antes de que Dean abandonase la cubierta Elizabeth se acercó a él. Hizo como si lo abrazase colocándole bien la chaqueta, y acto seguido le susurró al oído: “No le digas que soy una princesa...”

Dean asintió y siguió los pasos de su reencontrado amigo hacia el interior del barco. Patrick se quedó arriba con Liam y las dos muchachas.

—Encantado. Yo soy Patrick. —Se presentó al chico, que seguía comiendo.

—Igualmente —dijo éste desconfiado.

—¿Y puede saberse quién demonios es el otro...? —Preguntó Patrick malhumorado, dirigiéndose hacia Amy. Ésta enmudeció recordando los sucesos de la noche anterior. Liam contestó por ella.

—Dean, el prometido de Amy.

Apenas escuchó aquella frase, Patrick le dirigió una despectiva mirada y bajó de nuevo hacia el interior del barco.

—¿Ocurre algo...? —Preguntó Liam sorprendido.

—Nada. —Elizabeth hizo un gesto de indiferencia con la mano—. Tú sólo sigue comiendo —le ordenó como si tal cosa.

Jack sonrió satisfecho cuando los dos se sentaron en su habitación. Sirvió sendas tazas de licor antes de acomodarse de nuevo en el sillón.

—Creí que estabas muerto... —admitió el muchacho. —¿Qué ocurrió exactamente...?

—Nos atacaron —respondió Dean—. Pero por suerte me salvé. Y creo que fui el único. Conseguí llegar hasta la Isla. Mentí: dije que no era pirata. Si hubiese admitido lo contrario me habrían matado.

Jack suspiró abatido.

—No sabes las ganas que tengo de vengarme de ese rey... —Reconoció Jack molesto—. El día que lo encuentre a él o a su hija... pagará todos los daños que le hizo a la Isla. Incluidos los fallecimientos de muchos piratas.

Dean tragó saliva con dificultad, recordando quién era Elizabeth.

—La cuestión es que secuestraron a las dos chicas que tienes en tú barco... Por eso salí en busca de ellas. Liam me ayudó: robamos un barco de palacio. Cuando vi tu buque lo reconocí, pero no esperaba que ellas estuviesen aquí... —Agregó Dean—. ¿Se puede saber dónde demonios las has encontrado...?

Jack sonrió débilmente.

—No las he encontrado. —Lo miró serio—. El pirata que las secuestró fui yo.

—¿Qué? —Dean se levantó—. ¡Jack, esa chica rubia de ahí es mi prometida! Y la otra es... es... su amiga. —Rectifico a tiempo.

—No lo sabía —dijo Jack—. Pero igualmente las secuestré porque Elizabeth tiene el mismo sueño que yo. —Sonrió—. ¿Te acuerdas de Eveline...? Seguro que sí, pues tú me ayudaste a investigar sobre ello.

—Claro que me acuerdo. —Suspiró—. ¿Pero por qué demonios Elizabeth sueña lo mismo...?

—Es una larga historia.

Jack le contó detalladamente casi todos los acontecimientos que habían ocurrido en su vida desde los últimos cuatro años. Cuando terminaron volvieron a abrazarse.

—¿Y no será que tienes algo que ver con la familia de Eveline...? —Preguntó Dean. Y ante la fría mirada de Jack intentó calmar las cosas. —Digo... porque no es demasiado normal que lleve tu apellido en un colgante. Ni tampoco es normal siquiera que sueñes con ello. Pero, aunque así fuese... ¿Qué tiene que ver Elizabeth en todo este asunto...?

—No lo sé. Ni siquiera sé lo que tengo que ver yo.

Tras una larga charla los dos amigos salieron de nuevo a cubierta. Allí se encontraban los demás, que los observaron cuando los vieron llegar. Elizabeth abrazó a Jack, por lo cual Dean se sorprendió tanto o más que Liam. Sin embargo, no dijeron nada, el moreno se dirigió hacia cierta rubia, que, tras el extraño gesto de Patrick, se había quedado algo dolida.

—¿Por qué llevas estas ropas...? —Le preguntó, mirándolo. Jack alzó los ojos mirando el cielo al tiempo que Elizabeth le daba un codazo tras escuchar el largo suspiro del muchacho.

—Porque... debía ponérmelas para... —Comenzó Dean. Más otra persona le interrumpió.

—Porque es un pirata —dijo Liam sonriente mientras continuaba comiendo. Dean abrió mucho los ojos, mirando a su amigo como si estuviese a punto de matarlo. Amy arrugó la nariz sorprendida.

—¿Es eso... cierto? —Preguntó la rubia.

—No. Claro que no. —Mintió él.

Amy se mantuvo unos instantes en silencio.

Pero tras atar algunos cabos comprendió que Dean le estaba mintiendo.

—¡Todo encaja! ¡Eres un pirata! Por eso conocías a Jack... —Adivinó Amy sorprendida—. Me has estado mintiendo todo éste tiempo. Íbamos a casarnos... Y ni siquiera sabía quién eras verdaderamente.

—No. Amy... por favor... escúchame. Pensaba decírtelo antes de casarnos, por supuesto. —Se excusó él—. Pero... no había encontrado el momento apropiado para ello. Y tenía miedo de que... te arrepintieses de todo por eso... Yo... no sabía que...

Mas Dean no continuó hablando. Amy acababa de darle un fuerte golpe en la mejilla con la palma de su mano. Elizabeth, Jack y Liam se fueron alejando poco a poco del lugar al observar que no era un buen momento de expectación.

—Dean... no pensabas decírmelo... te conozco. Sé cuándo mientes —le dijo la rubia.

Y con los puños apretados, pasando por delante de los demás, bajó hacia el interior del barco perdiéndose entre las escaleras de madera.

Jamás se había sentido tan sumamente engañada. Aquello era demasiado. Había estado viviendo una

gran mentira durante más de un año. Todo era falso. Dean no era un comerciante que se había caído de un barco llegado de Londres. Si no todo lo contrario, era un pirata. Si no había sido capaz de contárselo... aquello significaba que ni siquiera tenía la suficiente confianza en ella como para decírselo.

Se tumbó en una de las camas de la habitación de Patrick, puesto que él no estaba allí. Sintió como pequeñas lágrimas comenzaban a derramarse por sus pómulos, impregnando el dolor de salitre. Se sentía totalmente engañada, como si fuese un juguete con el que Dean había estado divirtiéndose todo aquel tiempo.

Nunca se había sentido tan sumamente utilizada como en aquellos momentos.

Instantes después Patrick entró en la habitación. Parecía algo molesto, pero cuando encontró allí a Amy su rostro cambió totalmente transformándose en sorpresa.

—¿Qué haces aquí...? —Posó una seria mueca—. Será mejor que subas a cubierta... estará preocupado por ti tu prometido. —Murmuró, recalcando la última palabra.

—Ya no es mi prometido —dijo ella firme.

Patrick se giró rotundamente, mirándola de nuevo sorprendido.

—¿Porqué? ¿Has cambiado de idea en menos de una hora...?

—Sí —puntualizó ella serena.

Acto seguido se levantó de la cama y enroscó sus brazos tras el cuello del pirata. Éste la observó sorprendido sin saber qué hacer. No pudo pensar demasiado, pues los labios de la rubia muchacha chocaron contra los suyos, inundándolo en un mar de mariposas que parecían revolotear por su estómago. Cerró los ojos sin saber cómo reaccionar. Poco a poco alargó su mano rodeando la cintura de la muchacha.

En ese momento alguien abrió bruscamente la puerta.

—¡Patrick! —Musitó.

Y justo cuando terminó de decir su nombre Jack miró al frente. Observó la escena sorprendido; pues, aunque la rubia y él ya se habían separado había tenido tiempo para verlo.

Pestañeó.

Abrió la boca para decir algo, mas instantáneamente volvió a cerrarla de nuevo.

—Eh... —Balbuceó sin saber qué decir mientras los otros dos lo miraban algo avergonzados—. Mejor te veo en otro momento.

Acto seguido Jack cerró la puerta. Se apoyó contra una de las paredes del barco y resopló... ¡Dios! ¡Cómo había cambiado aquel barco desde la llegada de las dos misteriosas chicas! Poco después subió a la cubierta dirigiéndose hacia Elizabeth, que observaba como amanecía apoyada en la barandilla.

—¿Cómo está Patrick...? —Preguntó la pelirroja que sabía de los sentimientos de éste hacia Amy.

Jack volvió a pestañear.

—Yo... creo que... se repondrá pronto... —Atisbó a decir algo frustrado.

Lentamente abrazó a Elizabeth por detrás, rodeando con sus manos la cintura de la chica. Comenzó a

besar su cuello, dándole pequeños mordiscos sin llegar a hacerle daño. Ella sintió como un escalofrío se apoderaba de todo su cuerpo... ¿Por qué los labios de Jack la hacían sentirse tan especial...? Suspiró mientras cerraba los ojos, al tiempo que sentía los besos de él y la fresca brisa del amanecer.

El día, tras la llegada de los tripulantes, se tornó un tanto extraño. Como el barco que había traído Dean era de la marina de palacio, decidieron dejarlo allí. Cogieron sus pocas pertenencias trasladándolas al buque de Jack. Y éste se volvió más que orgulloso de volver a tener a Dean entre sus filas. Tampoco Liam le resultó desagradable.

Amy salió de la habitación con su nuevo acompañante, que se paseó cogido de la mano de ella algo confundido. Dean apenas pudo caber en su asombro, se dirigió hacia Jack.

—¿Se puede saber qué demonios hace mi prometida cogida de la mano de ese idiota...? —Le preguntó, señalando a Patrick directamente. Éste le dirigió una fría mirada desde la otra punta del barco.

Jack pestañeó.

Tenía la clara corazonada de que lo único que últimamente sabía hacer era pestañear. Se sentía estúpido.

—Ehh... Yo... no sé qué es lo que está... sucediendo. —Balbuceó Jack. Los últimos sucesos habían llenado su mente de frustración—. Pero Patrick es un buen tipo. Sí, te la cuidará bien.

Dean abrió la boca alarmado. Jack intentó rectificar rápidamente.

—¡No, no! Me refiero a que no le hará daño porque...

—¿Por qué no le hará daño...? —Insistió Dean mientras arqueaba una ceja.

—Ehhmm... eso tampoco lo sé. —Jack se rascó la cabeza, confundido—. Mira, es que últimamente no sé nada. De verdad, no tengo ni idea de lo que está ocurriendo en este barco.

—¡Voy a darle su merecido a ese estúpido! —exclamó Dean formando un puño con sus manos.

—¡No! —Jack lo cogió parándolo. —No, de verdad... es un buen tío. Mira... por así decirlo... cuando creí que tú habías muerto él se convirtió en mi mejor amigo. Y ahora sois los dos igual de importantes para mí... —Explicó el capitán del barco.

—¿Me estás comparando con ese estúpido...? —Dean arrugó la nariz, molesto.

—No es eso... vamos, no te pongas así... seguro que podemos arreglar esto rápidamente. Hablaré con él.

Jack comenzó a caminar en dirección opuesta dirigiéndose hacia Patrick. Le tocó el hombro indicándole a Amy que los dejase a solas unos instantes.

—¿Ocurre algo? —Preguntó su amigo.

—Sí. —Jack sonrió falsamente—. Te estás ligando a la prometida de Dean. Y claro, no pienso darle la razón a él, pero tampoco a ti. Me explico: No quiero broncas en el barco. Y mucho menos entre vosotros dos. —Dijo.

—Dile a ese tío que se pierda. Y que Amy ya no es su prometida.

Jack giró sobre sus talones dirigiéndose hacia Dean.

—Dice que te diga que te pierdas. Y también que Amy ha dejado de ser tu prometida. —Murmuró, como si fuese un robot. Dean lo miró sorprendido.

—Dile que Amy siempre será mi prometida —dijo el moreno ofendido—. Y dile también que por mí puede tirarse al mar. Por el norte encontrará más tiburones.

Jack volvió a caminar hacia el lado opuesto del barco. Paró frente a Patrick.

—Dice que Amy es su prometida. Y que te tires al mar, además te informa de que en el norte encontrarás más tiburones.

—Dile que con la cara que tiene ni siquiera los tiburones se molestarían en comérselo —dijo Patrick, enfadado.

Jack se dirigió de nuevo hacia Dean.

—Dice que... con tu cara los tiburones se espantarían.

—Pues infórmale de que ya me mordió uno en el brazo hace cinco años. Y además dile que...

—¡NO! ¡BASTA! —Gritó de pronto Jack.

A pesar de que Patrick se encontraba en la otra punta del barco se giró al escuchar los gritos del capitán. Los dos lo miraron atentamente.

—¡NO MÁS GILIPOLLECES! A PARTIR DE AHORA OS RESPETÁIS. Y A QUIEN NO CUMPLA MIS NORMAS LO TIRARÉ AL AGUA. —Chilló, enfurecido. —¡Y PARAD, PORQUE PARECÉIS ESTÚPIDOS! ¡AQUÍ LA ÚNICA QUE TIENE RAZÓN ES AMY! —Aclaró Jack. Los otros continuaron mirándole sorprendidos. La rubia también había clavado su mirada en él. Y Elizabeth parecía buscar algo en el suelo del barco—. Así que... Amy... estoy contigo. No tengo nada más que decir.

Acto seguido Jack bajó al interior del barco dejando a todos los que se encontraban en la cubierta totalmente sorprendidos. No quería darle la razón a ninguno de sus dos mejores amigos. Y menos cuando la única que podía decidir qué hacer era Amy.

Por ello todos se hicieron un poco los locos cuando Patrick y la rubia se pasaron toda la tarde besuqueándose de un lado para otro. Dean los miraba enfurecido. Sabía que se había pasado con Amy, pues ni siquiera había confiado en ella lo suficiente. Pero aquello no significaba que se tuviese que comportar así.

Y Liam, con sus habituales gracias no ayudaba demasiado.

—Tú piensa que te la está entrenando —le decía sonriente—. Y luego te la deja de nuevo... más preparada. Tú me entiendes... ¿Verdad?

—Liam, como no te calles te meto el palo de la escoba por... —Musitó Dean furioso. El otro se calló al instante mientras Jack hacía grandes esfuerzos por no reír.

Así que el día en el barco fue un tanto caldeado.

Amy se deleitaba besando los labios de Patrick, mientras juntos observaban el hermoso mar al atardecer. De pronto el muchacho se separó de ella contrariado.

—¿Por qué siempre que nos besamos miras a Dean...? —Le preguntó.

Amy arrugó la nariz, molesta. Ni siquiera se había dado cuenta de ello. Quería ver su reacción, deseaba ver las caras que ponía. Es más; lo que quería era que sufriese por todo lo que él le había hecho. Por todas sus mentiras...

—No lo miro.

—Lo haces.

—Patrick... deja el tema. No es cierto —le dio un pequeño beso en los labios dulcemente—. Será mejor que bajemos abajo para buscar algo de cenar.

—Sí. Vamos. —Patrick la cogió de la mano. Y juntos bajaron las escaleras del barco mientras Dean los miraba desde el otro extremo.

La noche fue, más o menos, tranquila. Jack se mantenía al margen entre las miradas de odio que se dirigían sus dos mejores amigos. Al tiempo que cierta rubia prefería no intervenir entre las diferencias de los otros dos. Por su parte Elizabeth optó por no intervenir hasta el día siguiente, por lo menos.

—Nosotros nos vamos a dormir. —Anunció Jack, levantándose poco después y cogiendo a Elizabeth de la mano.

—Buenas noches, chicos. —Se despidió la pelirroja sonriente.

—Buenas noches. —Respondieron los demás al unísono.

Los dos jóvenes bajaron hasta la habitación.

Cuando llegaron Elizabeth se tumbó en la cama agotada.

—Tengo muchísimo sueño. Y encima sé que tendré que despertarme a mitad de noche por lo de Eveline.

—Quizá nos muestre algo interesante. —Jack la miró mientras se quitaba la camisa. Le gustaba dormir en ropa interior—. Los últimos días hemos averiguado nuevas cosas.

—Lo sé.

Elizabeth se levantó para empezar a desvestirse también. Había cogido la misma manía que Jack: Dormir en ropa interior. Ya que allí no tenía pijama como en palacio. El muchacho la abrazó tiernamente, cuando aún se encontraban de pie. Y gracias a la presión que él hacía contra el cuerpo de la pelirroja, ambos se deslizaron hasta la cama con suavidad. Ella se posicionó sobre él cambiando los papeles, sin dejar de besar sus labios. Se separó unos instantes para mirarlo sonriente.

—Te quiero.

—Yo no. —Jack rio mientras Elizabeth enarcaba una ceja levemente molesta por su comentario—. Yo te amo... más allá del infinito.

Elizabeth sonrió tras las palabras del pirata. Poco después se posicionó a su lado mientras abraza el perfecto torso desnudo de él. Le encantaba acariciar la piel del muchacho con sus suaves manos.

—Dame un beso... —Jack se inclinó hacia ella. Elizabeth se tapó con la almohada juguetona—. Vamos... dame sólo un besito de buenas noches.

—No. —Elizabeth rio tras el saco de plumas—. No que luego hacemos cosas malas.

Jack también rio ante el comentario de la chica.

—Te prometo que no. Hoy estamos cansados. —Sonrió pícaro—. Sólo dame un beso.

La pelirroja se quitó el almohadón mientras sonreía tiernamente.

—Está bien. Sólo uno.

Rozó los labios del muchacho con ternura, besando cada ápice de éstos. Él profundizó el beso deliberadamente, mas cuando supo que estaba empezando a excitarse más de lo normal, se hizo a un lado. Elizabeth apoyó su rostro en el pecho de Jack; verdaderamente sí estaba cansada. Por lo que en apenas unos minutos se quedó dormida, al igual que él.

—Un, dos, tres: Juguemos en el mar... —Musitó un niño de apenas tres años de edad mientras se divertía con algunos muñecos tallados de madera.

Otra niña se acercó hasta él por detrás. Le tapó los ojos, risueña. Él sonrió.

—¿Quién soy? —Preguntó ella.

—Eveline. —Contestó el pequeño muchacho. La chica destapó sus ojos alejando sus diminutas manos de ellos.

—Acertaste. —Sonrió y se sentó a su lado. El cabello negro de ella ondulaba en el frío viento de la tarde. Se encontraban en la cubierta de un barco—. ¿Me dejas jugar contigo? —Le preguntó, observando todas las figuritas de madera.

—No puedes. Este juego es de chicos. —Objetó él—. Pero tengo un regalo para ti... lo compramos papá y yo cuando fuimos a la isla.

El chico se perdió unos instantes dentro del barco, más luego salió con algo entre sus manos: Un pequeño oso de peluche.

—Ten, es para ti. —Sonrió—. Para que no te olvides de mí —dijo la niña le dio un pequeño beso en la mejilla.

—Eres el mejor hermano del mundo... Jack... —Musitó sonriente.

De pronto una esbelta mujer apareció frente a ellos. Poseía un rostro agradable, repleto de ternura. Su largo cabello rubio se encontraba recogido en un moño. Se puso de cuclillas para hablar con los niños.

—La cena está preparada. Eveline, ve para ayudar a tú papá —le dijo a la pequeña. Y cuando ésta se alejó la mujer se dirigió hacia el niño sonriente. Primero lo abrazó con cariño, pero luego se separó de él para sacar algo del bolsillo de su vestido. Cogió una pequeña cadena y se la puso en el cuello del chico—. Es para ti. Llévalo siempre, te protegerá —le dijo.

Él bajo la vista hacia la cadena. Una brillante gema roja relucía en el centro de ésta con las inscripciones “Rowen” talladas en ella.

Cuando despertaron, Jack tuvo que agarrarse al cuerpo de Elizabeth, como si fuese a marearse si no lo hacía. Jamás había sentido que su corazón latiese tan rápidamente. Un nudo se había formado en su garganta y apenas podía hablar. Sintió las temblorosas y sudorosas manos de Elizabeth acariciando su frente.

Pero no parecía reaccionar, estaba en trance.

—Tranquilo... —susurró la muchacha acariciándolo, casi igual de asustada que él.

Se quedaron largos minutos en silencio. Elizabeth podía escuchar cómo latía aceleradamente el corazón de Jack. Él revivía en su mente las escenas del anterior sueño una y otra vez, como buscando alguna explicación.

—Es tu hermana —dijo Elizabeth al fin, rompiendo aquel tranquilizador silencio. Lo último que Jack quería en aquellos momentos era escuchar aquella frase.

—Sí. —Corroboró a pesar de su malestar. Se abrazó a la pelirroja con fuerza. Procurando que su corazón latiese a una velocidad normal.

—Y ella tu madre —dijo de nuevo Elizabeth—. Pero tranquilo... no tiene porqué ser algo malo. Tranquilo... —Acarició sus sedosos cabellos con ternura.

Elizabeth abrazó el cuerpo del pirata transmitiéndole su calor. Ya habían dado el primer paso. Ya tenían más información sobre el sueño. Se trataba de la familia de Jack. Pero la pelirroja aún no conseguía averiguar qué relación tenía aquello con ella misma.

—Será mejor que duermas —le aconsejó a Jack—. Mañana hablaremos tranquilamente sobre el tema.

Jack asintió entre la penumbra de la habitación. Le dio un pequeño beso, abrazó su cuerpo y poco después se durmió de nuevo; intentando alejar la nueva información de su mente. Todo era demasiado extraño...

La mañana siguiente amaneció con un extraño síntoma: El nerviosismo de Jack. El muchacho se pasó largas horas danzando de allí para acá en la cubierta del barco, hasta que Elizabeth lo agarró para hablar.

—No quiero comentar el tema —dijo el muchacho algo desolado.

Ella arqueó una deja, molesta.

—Lo harás —dijo seria. Y a rastras se lo llevó hasta la habitación.

Cerraron la puerta tras su entrada. Y se sentaron en la cómoda cama.

—Tienes que aceptarlo. Es mucho más fácil que negarte a ello. —Elizabeth suspiró seriamente—. Las cosas son así. No tiene nada de malo que seas el hermano de Eveline.

—No digas tonterías —dijo él—. Ni siquiera sabes si el sueño es real. Puede que sea como un cuento... que nada exista.

Ella se cruzó de brazos.

—Ya, claro. Y el colgante que tú también tienes te lo ha copiado exactamente igual... ¿No? —Lo miró algo molesta—. Acéptalo. Juntos podemos descubrir incluso porqué lo soñamos.

—¡Está bien, está bien! Es mi hermana. —Accedió él finalmente—. Además... esta mañana... tras

soñar eso... he recordado algunas imágenes de mi infancia —dijo él—. Si no me equivoco mi madre se llamaba... Mabel. Pero no me hagas caso, no estoy seguro; son recuerdos muy difusos.

Elizabeth sonrió complacida al tiempo que abrazaba al muchacho.

—Y ahora vamos a almorzar con todos los demás.

El día pasó rápidamente. Dean continuaba mirando frustrado como Patrick y Amy se besaban delante de él. Y si no había querido hacer nada al respecto había sido por Jack. Pues Patrick también era su amigo, y no quería ponerlo en un aprieto para que tuviese que defender a ninguno de los dos. Mientras tanto Elizabeth lo observaba todo en silencio. Y Jack se hacía el loco consecutivamente, como si aquello no fuese con él.

—Tenemos que hablar —le susurró Elizabeth, cuando casi había llegado la noche, a su rubia amiga.

—Está bien. —Ella se levantó.

Las dos muchachas bajaron hasta la habitación de Jack. Se acomodaron allí sentadas en la cama. Elizabeth empezó a hablar.

Mientras tanto Jack encendía consecutivas velas por una de las tantas bodegas del barco. Las paredes de aquella habitación tenían pequeñas ventanas cristalizadas que enseñaban el fondo del océano. Desde allí se podían observar como pequeños peces nadaban por fuera. En el centro se encontraba una mesa que Jack había preparado con deliciosos manjares. Dos sillas connotaban con el otro objeto de madera. Y en el centro una hermosa vela roja chispeaba. Alrededor de la habitación el Pirata había colocado numerosas velas dentro de candelabros, dándole un aspecto romántico a la habitación. Había oscuridad en ella, pero las numerosas lucecillas titilantes alumbraban la mesa donde pensaba cenar aquella noche con Elizabeth.

Jack sonrió satisfecho cuando acabó los preparativos. Buscó a Elizabeth en la cubierta, pero al no encontrarla allí se dirigió hacia su habitación. Estaba a punto de entrar girando el pomo de la puerta... cuando las voces de dos muchachas los sorprendieron. No era de educación espiar o escuchar tras las puertas, pero... ¿Quién ponía las normas en el mundo de los Piratas? Allí estaba él para romperlas.

—¡No es que Patrick no me guste! —Se quejó Amy—. De alguna extraña forma... sí que me atrae. Le tengo mucho cariño. Él fue quien me ayudó, cuando nos secuestraron, desde un principio. Y es bueno. Me trata bien.

—Ya... —Elizabeth se cruzó de brazos—. Pero verdaderamente estás enamorada de Dean e intentas darle celos mediante Patrick por el que sientes un cariño casi amistoso—. Adivinó rápidamente. La otra suspiró.

—No me juzgues por ello, Elizabeth —dijo la rubia—. Vamos, princesita... no tengo intenciones de hacerle daño a Patrick, él es un buen tipo.

Elizabeth sintió que se atragantaba cuando escuchó aquel apelativo.

—No me llames *princesa* aquí, nunca —le dijo a su amiga con gran seriedad. Estaba nerviosa—. Imagina que Jack se llega a enterar que soy la hija del mismísimo Marcus. Si él llega a saber algún día que soy la princesa... se acabará todo —le explicó la pelirroja—. Así que no se ocurra nombrarlo nunca más.

—Está bien, está bien. No te preocupes, tendré cuidado. —Apuntó Amy.

Pero Jack no podía reaccionar. Lo que acababa de escuchar llegó a su mente como impulsado por extrañas ondas mecánicas. Sin apenas saber lo que hacía o lo que sentía, entró bruscamente en la habitación. Le dio un pequeño empujón a Amy, tirándola sobre la cama, pero sin hacerle daño. Y cogió bruscamente a una asustada pelirroja del brazo, arrastrándola tras su paso, hacia las bodegas. Estaba fuera de sí. Jamás había sentido una rabia tan fuerte en su interior. Se habría dado de cabezazos contra la pared si no fuese porque estaba demasiado ocupado arrastrando a Elizabeth.

—¡Suéltame Jack! —Se quejó la sorprendida muchacha—. ¿Qué demonios te ocurre...?

—¡CÁLLATE! —Chilló él, fuera de sí—. No me dirijas la palabra. Y sigue andando. —Ordenó con una aterrorizante seriedad. Elizabeth tragó saliva bruscamente—. ¡VAMOS, CAMINA MÁS RÁPIDO!

Capítulo 9

Jack agarró fuertemente a Elizabeth del brazo, arrastrándola tras sus pasos, hasta llegar a las mismísimas mazmorras.

—¡Me haces daño! —Se quejó la pelirroja.

Jack la soltó. Después cerró la puerta del lugar con llave.

Se dirigió hacia la asustada muchacha.

—¡Me mentiste! ¡Eres una hipócrita, Elizabeth, como todos los de palacio! ¿Pensaste que jamás averiguaría quien eres realmente...? —Chilló Jack furioso.

Estaba totalmente fuera de sí.

—No... —Gimió la pelirroja. Pequeñas lágrimas comenzaron a escurrirse por sus mejillas—. ¡No quería que esto sucediese Jack! ¡Por favor, escúchame! Te quiero...

—¡Ya basta de mentiras! —exclamó él. No. Definitivamente no quería escuchar las palabras de la pelirroja—. ¡Me utilizaste para que no te hiciese nada durante el secuestro! ¿Cómo pudiste fingir tan bien, Elizabeth...? —Gritó él.

El labio inferior de Jack temblaba. Ahora sí se encontraba totalmente frustrado. Todo lo que algún día había creído sentir... era mentira. Nada de eso había ocurrido verdaderamente: Ella había estado mintiendo todo aquel tiempo. El chico no pudo evitar que pequeñas lágrimas, repletas de dolor, se deslizaran por sus pómulos.

—¡Debí haber dejado que el idiota de Owen te matase! —Musitó él.

—¡Jack, no es lo que piensas! ¡Por favor! —Dijo ella, entre lágrimas—. ¡Dame una oportunidad para explicártelo! Si no te lo dije fue porque pensé que me odiarías... —Murmuró la pelirroja—. Yo no tengo la culpa de haber nacido ahí, como hija de Marcus. Eso está fuera de mi decisión.

—¡No me importa lo que digas, Elizabeth! ¡Es demasiado tarde! —Negó él, enfurecido con la chica.

Acto seguido la cogió del brazo de nuevo arrastrándola hacia el interior de una de las celdas. Y decidido la cerró dejando a la muchacha dentro; que sollozaba sin cesar.

—Te amo Jack... —Susurró ella, mientras él la observaba tras los barrotes de la celda. —Te amo...

—Mañana recibirás el castigo que te corresponde —dijo él serio.

—Pero... te amo...

Él le dirigió una última mirada repleta de cien mil sentimientos totalmente distintos y contradictorios. La muchacha sollozó y se dejó caer de rodillas en el interior de la húmeda celda. Poco después él salió de la mazmorra, aun con lágrimas en los ojos. Se dirigió a una velocidad trepidante a su habitación, cerrando la puerta de ésta tras su entrada. Y se dejó caer en la cama. Se mantuvo unos instantes allí, pensativo. Más, tras un rato de reflexión se levantó de allí dirigiéndose hacia una de las bodegas.

¿Cómo había sido tan ingenuo para caer en su trampa...? Él. Un Pirata. Un buen Pirata había cedido ante los encantos de la hija del mismísimo rey que un día se dedicó a expulsar o matar a todos los piratas de la Isla.

Cuando llegó a la bodega, que aún se encontraba iluminada por las numerosas velas, comenzó a tirarlo todo al suelo con brusquedad. Golpeando las paredes con los puños cerrados, mientras las lágrimas se derramaban por sus mejillas. Una enorme frustración se había formado en su interior. Quería destrozarlo todo. Y al mismo tiempo autodestruirse a sí mismo por haber sido tan sumamente idiota. Idiota por caer en el juego de una estúpida princesa.

Elizabeth se quedó llorando en el interior de la celda. Jamás había pasado por una situación tan tremendamente dolorosa. Él había escuchado su conversación con Amy, sólo había podido enterarse de esa forma. Cuanto se arrepentía de no habérselo contado antes, pero igualmente dudaba que él la hubiese perdonado por su estatus en palacio.

Sentía que el mundo le venía grande. Como si no tuviese nada más que hacer allí. Las lágrimas no parecían importarle. Y el hecho de tener los párpados hinchados tampoco. Podía decirse que, en el interior de aquel barco, había vivido los mejores momentos de su vida. Había conocido la libertad. Y también la capacidad de amar. Y ahora Jack pensaba que todo lo que habían vivido juntos... había sido una estrategia por parte de la pelirroja, cual nunca había querido utilizarlo para ningún fin planificado. Simplemente lo amaba. Así como era. Lo quería sin cambios, sin caparazones de hielo. Lo amaba como Pirata. Como él mismo siempre había sido.

Elizabeth se tumbó en el interior de la celda mientras continuaba llorando. Jamás se había sentido tan sumamente sola. Y no quería ni pensar el castigo que supuestamente recibiría al día siguiente. Todo había ocurrido tan rápido... que apenas había tenido tiempo para hacerse a la idea de la realidad.

Patrick, que escuchó los numerosos golpes de Jack en la bodega, se dirigió hacia allí consternado.
—¿Qué ha ocurrido...? —Preguntó, al verlo llorando de aquella forma. Él lo miró suplicante abrazándose a su amigo, intentando buscar el calor que Elizabeth le había dado las últimas semanas en el cuerpo de Patrick.

—Es ella —dijo Jack dolorido—. Elizabeth es la princesa de la Isla. —Aclaró sin más.

Patrick se separó de su amigo unos instantes, para mirarlo sorprendido. No. No podía ser. Aquello simplemente era una pesadilla. El Pirata que más había odiado a la familia Pardo... ¿Se había enamorado de la hija del mismísimo Marcus V? Lo abrazó de nuevo.

—Tranquilo... debe de ser un simple error —le animó su amigo sorprendido.

—No lo es. Es cierto, es ella. —Repitió el otro Pirata. Se separó de Patrick otra vez—. Quiero que mañana por la mañana esté lista la tabla. Tiene que merecer su castigo.

—¡No puedes hacerle eso, Jack! ¡Te has vuelto loco! —Gimió Patrick alucinado por las palabras del Pirata.

—Es una orden —dijo—. Quiero que los avises a todos. Quien no esté de acuerdo con mi mandato...

también recibirá el mismo castigo. Tienen que escoger. —Dijo, secándose las lágrimas y poniéndose serio—. Y ahora debo irme a descansar. Mañana me espera un día duro.

Jack marchó hacia su habitación dejando a un sorprendido Patrick en la bodega, que apenas había podido reaccionar ante las palabras de su amigo. Lentamente el Pirata se dirigió hacia la cubierta del barco, para avisar a los demás de lo mandado, siguiendo las órdenes de Jack.

—Mañana la tabla será preparada para Elizabeth. —Dijo, mientras todos lo miraban sorprendidos—. La princesa de la Isla, hija de Marcus V —añadió. Dean tragó saliva consternado, mientras Amy comenzaba a dejar que pequeñas lágrimas surcasen su rostro—. Quien no esté de acuerdo con la decisión del capitán... recibirá el mismo castigo que ella. —Concluyó Patrick, sereno.

La mañana siguiente amaneció de un extraño color carmesí. El cielo los miraba con reproche, repleto de blancas y espumosas nubes. El sol disparaba su calor con precisión, dorando la piel de los tripulantes del barco. Todos se encontraban en la cubierta del barco. Algunos lloraban, como Amy. Dean, por su parte, se había encargado de intentar consolar a la rubia pues ésta estaba demasiado frustrada en aquellos momentos como para pensar en nada más. Por su parte Jack se mantenía sereno al frente de todos, esperando la llegada de cierta pelirroja acompañada por Patrick.

Pero en el fondo estaba demasiado nervioso.

Su corazón latía a mil por hora.

La llegada de la princesa no se hizo de esperar. Patrick la llevaba sujeta del brazo mientras ella dejaba que algunas últimas lágrimas se escurriesen por su perfecto rostro. Jack la miró con seriedad, desde el otro extremo.

Y poco a poco se fue acercando hasta ella.

—Este será tú castigo —le dijo.

La pelirroja acarició con sus manos el rostro del muchacho, pues lo tenía demasiado cerca del suyo, de forma que podía sentir su mentolado aliento. Él cerró los ojos, como disfrutando del último contacto con Elizabeth.

—Bien. Lléváosla —dijo él finalmente; separándose la chica muy a su pesar y con algo de dificultad.

Otros dos piratas la cogieron de sendos brazos. Una tabla se encontraba extendida en la cubierta del barco. Una tabla de la que Elizabeth debería saltar para caer finalmente al mar. Y quedarse allí mientras el barco continuaba su rumbo hacia el horizonte.

Jack sintió un profundo dolor en el pecho mientras la subían a la tabla. Ella giró su rostro clavando su tierna mirada en el muchacho mientras las lágrimas continuaban apoderándose de su rostro. De pronto alguien habló.

—Yo no estoy de acuerdo con el castigo —dijo Dean, valiente—. Tendrás que tirarme a mí también, Jack...

El capitán lo miró fijamente a los ojos. El que había sido siempre su mejor amigo le estaba pidiendo que lo matase. Y él no pensaba echarse atrás.

—Está bien. Caerás después que Elizabeth.

—¡Yo también! —Musitó de pronto Amy. Jack volvió a torcer la mirada.

—Sí. Bueno... tú tampoco tenías mucho que hacer ya en este barco. —Ironizó molesto. Patrick ladeó la cabeza, contrariado. —Bien, arriba—. Murmuro.

Observó cómo los dos piratas colocaban a Elizabeth sobre la tabla de madera.

—Camina —le ordenó Jack a la pelirroja notando como un nudo se formaba en su estómago, impidiéndole respirar—. Adelante.

La pelirroja caminó lentamente sobre la tabla, hasta llegar al extremo de ésta, donde tendría que caer al mar, pues ya no había más superficie. Las aguas se movían cautelosas en el océano. Y en aquella parte del mar eran de un color azul oscuro. A Jack le tembló el pulso unos instantes, pero no se echó hacia atrás.

Elizabeth dio un paso al frente, entre lágrimas. Y finalmente su cuerpo se deslizó por el aire hasta caer al agua. Todos miraron asombrados a su capitán, pues algunos aún tenían dudas sobre si iba a cumplir su mandato o no.

Jack sintió como un profundo hueco se formaba en su estómago cuando escuchó el ruido de las aguas moverse al chocar el cuerpo de Elizabeth contra éstas. Corrió hasta la proa parándose en la barandilla del barco. Y observó cómo el cuerpo de Elizabeth quedaba poco a poco atrás, conforme el barco se alejaba del lugar donde ella había caído al agua.

Sintió pequeñas lágrimas recorriendo su rostro. Sintió que no podría aguantar tanto dolor ni la conciencia de haber sido él quien le hizo aquello.

Impulsado por el fuego que inundaba su alma, Jack se tiró al agua de cabeza al tiempo que toda su tripulación ahogaba un gemido de asombro. Todos se quedaron estáticos.

Jack sintió el frío del océano en su piel. Notó cómo sus ropas se pegaban a su cuerpo a causa del agua. Observó el cuerpo de Elizabeth a lo lejos, hundiéndose en las aguas. El chico avanzó nadando hasta ella rápidamente. Cuando llegó hasta donde la pelirroja se encontraba, se sumergió en el mar, buceando en las profundidades. Alcanzó el cuerpo de Elizabeth, y la cogió delicadamente entre sus brazos. Poco después los dos salieron de nuevo a la superficie, Jack sujetando a la pelirroja.

Todos los tripulantes del barco miraban la escena desde lo alto de éste. Amy se abrazó a Dean de la alegría. Patrick sonrió complacido.

—¡A qué demonios estáis esperando! —indicó a la tripulación—. ¡Rápido, tirar el ancla! —Chilló. Pues el barco se estaba alejando poco a poco de los otros dos jóvenes que se encontraban en el agua.

Jack abrazó con cariño a Elizabeth, sintiendo que había estado a punto de perderla para siempre. Ella besó sus labios efusivamente, mientras sollozaba.

—Te amo Jack... —Le dijo, segura—. Te juro que te amo.

Él la cogió tiernamente entre sus brazos, nadando de espaldas para que la pelirroja no tragase más agua e intentando llegar hasta el barco, donde Patrick ya había bajado las escaleras para que pudiesen subir de nuevo a la cubierta. Cosa que no tardaron demasiado en conseguir. Cuando lo hicieron les dejaron solos.

Elizabeth se abrazó fuertemente al muchacho. Besó sus labios mientras tiritaba a causa del frío al estar empapada. Él la miró sereno mientras se fundía en su cuerpo.

—Tenemos que hablar —le susurró.

Capítulo 10

Jack estudió las facciones del rostro de Elizabeth. La muchacha estaba pálida a causa del frío del mar, pues no estaba acostumbrada a éste. Él la abrazó suavemente sintiendo la empapada ropa de la chica y una culpabilidad que le quemaba el corazón, pero es que se había sentido tan traicionado por ella, todo lo que siempre había odiado...

—Tienes razón, tenemos que hablar —admitió ella.

—Sí. —Jack sonrió satisfecho, en el fondo, por volver a tener a su lado, a sabiendas de lo cerca que había estado de perderla—. Pero primero comerás algo y te cambiarás de ropa —le indicó él.

Elizabeth volvió a abrazar su cuerpo con cariño. Poco después los dos bajaron a la habitación del capitán. Jack le dejó algunas ropas para que se cambiase, pues las otras estaban empapadas de agua.

—No mires —le indicó Elizabeth mientras se quitaba la camisa.

—¡Pero si no es la primera vez que te veo! —Se quejó él, consternado.

—Bueno... —Ella lo miró sonrojada—. Pero ahora me da vergüenza.

—Está bien. —Jack le dio un último beso en los labios—. Mientras tanto saldré para traer algo de comida.

Y dicho aquello se esfumó por la puerta de la habitación. Elizabeth se cambió de ropa rápidamente para poco después acurrucarse en la cama. Verdaderamente estaba agotada, habían sido unos instantes muy duros que jamás pensó que llegaría a vivir. Su interior le decía que debía odiar a Jack por lo que había hecho, pero algo mucho más profundo impedía que ese odio surgiese combatido por el amor que sentía hacia el pirata. Y en algún recóndito lugar, una voz de conciencia, también le indicaba que ella no había hecho bien en mentirle. A nadie le agradaba mantener una relación sin confianza, sin verdades. Pues él, Jack, no tenía nada que ocultar. Estaba orgulloso de sí mismo y de su persona, por eso desde un primer momento se había mostrado tal como era, al contrario que Elizabeth. La muchacha suspiró confusa mientras él entraba de nuevo en la habitación con una bandeja entre las manos.

—Yo... Jack... quería decirte que siento... no haber... —Comenzó ella.

—¡Shh...! Ahora no. Come. —Sonrió algo apenado—. Luego hablaremos.

De forma que los dos jóvenes comieron en silencio, mirándose el uno al otro, recorriendo sus ojos con las pupilas impregnadas de cariño. Sintiendo un odio imperdonable. Y al mismo tiempo un amor capaz de derribar todas las barreras. Mezclando los muchísimos sentimientos que pasaban por sus mentes. Por instinto se repelían, pero por alma se atraían de una forma insaciable.

Jack terminó rápidamente de comer buscando la perfecta excusa para salir de la habitación, pues debía llevar los platos arriba, y romper así aquella incómoda tempestad que se había desatado entre ellos. Cuando llegó arriba se encontró con Dean. Patrick también estaba allí.

—Enhorabuena; ahora eres un idiota arrepentido —dijo Patrick divertido mientras palmeaba su espalda—. No. En serio... hiciste lo correcto salvándola. Y lo sabes.

Jack asintió. Y se sorprendió al escuchar las palabras de Dean.

—Tienes razón; por una vez estoy de acuerdo contigo —dijo mirando a Patrick. Éste chasqueó los dedos, sonriente.

Y Jack se fijó en que los dos muchachos ya no se dirigían extrañas miradas de odio. Claro, que él no sabía siquiera el porqué.

—Prepararme el bote. —Ordenó el capitán—. Dentro de un rato tirar el ancla. Quiero dar una vuelta con Elizabeth en la barca. —Explicó.

—¡Qué romántico! —Se burló Patrick. Aunque estaba contento porque él se hubiese arrepentido del castigo de Elizabeth, con el paso de los días le había cogido cariño a la pelirroja. Pues para ser una princesa era más bien modesta.

Jack rio junto con sus dos mejores amigos. Y se sintió extraño de tenerlos a los dos juntos, era como si supiese a ciegas que ninguno de aquellos dos piratas sería capaz de traicionarlo jamás por la espalda. Pues la conexión que les unía era mucho más fuerte que cualquier tesoro escondido en el fondo del océano.

Los otros prepararon el bote. Y él llevó a Elizabeth hasta la cubierta.

—Sube ahí —le indicó.

—¿Qué? —Elizabeth lo miró asustada. Habían echado el ancla y los tripulantes disfrutaban ahora de los últimos rayos de sol de la tarde—. Esa barca se mueve mucho... —Se quejó ella.

—No seas cobarde —le espetó Jack—. Baja las escaleras y sube al bote. O hazlo detrás de mí.

La pelirroja se quedó estática, de forma que Jack empezó a bajar por las escaleras de madera hasta subirse en el bote. Y sí era cierto que éste se tambaleaba mucho, pero nada fuera de lo normal. Elizabeth lo siguió poco después, bastante insegura. El Pirata cogió los remos cuando los dos se encontraron en la pequeña barca y comenzaron a alejarse del barco.

—Jack... esto se mueve mucho. —Insistió la pelirroja.

—Cállate si no quieres que te tire al agua —dijo él seriamente.

Elizabeth lo miró desconfiada al tiempo que tragaba saliva nerviosa.

—¡Era broma! —Terció Jack divertido ante la asustada mueca de ella. Elizabeth le pegó levemente una palmada en el hombro por lo que la barca se movió cuando él intento esquivar su mano.

Jack rio divertido ante el miedo de la muchacha con el movimiento de la barca. Y sonriente se levantó y empezó a bailar encima moviéndola de un lado a otro.

—¡Jack! ¡PARA, por favor! Se volcará... estás loco... —Chillaba ella sujetándose a los extremos mientras el pirata reía.

Por suerte no tardó demasiado en cansarse de bailar. Ya se habían alejado lo suficiente del barco, pues éste apenas se observaba tras algunas rocas que sobresalían del mar. Se quedaron en silencio:

» El sol parecía mirarles desde lo alto del horizonte, al tiempo que se escondía tras éste lentamente. Pequeñas luces titilantes impregnaban sus rostros anhelantes, desprendiendo el último toque de calor del día. El viento soplaba despacio y cálido, aunque empezaba a refrescar un poco. El lugar era mágico. Parecía que ellos, sólo ellos, estaban alejados de todo el mundo. A solas en una pequeña barca en medio del océano, observando el más bello de los atardeceres. Pues una luz anaranjada cubría el techo dándole una vista confortable. Y mientras tanto el agua del mar se movía junto a ellos, sutilmente. Y un delicioso olor a salitre invadía el ambiente.

Elizabeth miró a su compañero tristemente. Quería odiarlo, pero no podía. Quería decirle que no le amaba, pero tampoco era capaz de ello. Es más, quería decirle tantas cosas que jamás tendrían el valor suficiente como para salir de sus labios... Ella no podía mentir. Quizá fue porque desde siempre la educaron de cierto modo. Y mentir respecto a los sentimientos se le hacía totalmente imposible.

Mientras tanto Jack la miraba anhelante, intentando buscar las palabras adecuadas para empezar a hablar. Porque sabía que ella estaba esperando que él lo hiciese. Porque la conocía mejor que nadie. Pensó decirle que *lo sentía muchísimo el hecho de haberla tirado al agua. Que le perdonase, pues él le quería...* Pero aquello era totalmente incierto. Por alguna extraña razón, por bastante cruel que pudiese parecer... Jack no se arrepentía de haberla tirado al agua. Él tenía la creencia de que cada suceso en la vida ocurría por alguna u otra razón. Quizá Elizabeth estaba destinada a caer al agua al igual que él estaba destinado a tirarse tras ella poco después. Y sin pensárselo más decidió ser sincero. Decidió decir las palabras que antes saliesen de sus labios, explicándolo todo tal cual, sin rodeos ni excusas absurdas que no funcionaban con él.

—Hice lo que debía hacer... —Comenzó Jack mientras la miraba fijamente, aunque, de vez en cuando, apartaba la vista para posarla sobre el hermoso horizonte—. Yo siempre he odiado a tu padre... él nos quitó la Isla a los Piratas. Y mató a muchos de éstos cuando la conquisto. Por eso... lo último que siempre había deseado era llegar a enamorarme de su hija. —Explicó con sencillez—. Pero pasó —añadió—. Igualmente no... no puedo saber cómo te veré a partir de ahora.

—Pero... —Terció ella temblorosa.

—No es eso... —Interrumpió Jack—. La cuestión es que ahora cada vez que esté a tú lado pensaré también que estoy con su hija. Y es una situación difícil, porque algo dentro de mí me indica que debo odiarte. —Dijo—. Y en parte creo que te odio, pero no por ello puedo dejar de amarte. Sí, sé lo que vas a decirme... es una situación verdaderamente extraña, pero es cierto. Te amo, pero al mismo tiempo... no te aguanto.

Elizabeth lo miró contrariada. Pero no pudo evitar reír ante la parte cómica de la situación. Sabía que él estaba siendo sincero. Sin dejarle que continuase hablando lo abrazó, fundiéndose al mismo tiempo entre los amarillentos colores del titilante cielo.

—Te quiero —le susurró al oído, mientras se lo mordisqueaba suavemente, sin hacerle daño. Jack notó como empezaba a excitarse de forma que apartó levemente a la muchacha, controlando la situación—. Yo

también debería odiarte, en parte: me secuestraste, me trataste mal los primeros días y además has intentado matarme... —Musitó ella casi entre risas. —Pero a pesar de eso te sigo amando. Y ni siquiera sé porque lo hago, pero eso no puedo decidirlo; es mi corazón quien habla.

Jack sonrió mientras cogía la temblorosa mano de la muchacha.

—Estamos juntos en esto —le dijo—. Además... aún nos queda averiguar el misterio del sueño, ¿no crees...?

—Por supuesto. —Elizabeth correspondió la sonrisa del Pirata—. Y gracias por traerme a este lugar —dijo mientras observaba en derredor—. Es precioso.

—Lo sé. Por eso estás aquí. —Sonrió—. Aunque no puede igualarse a lo infinitamente preciosa que eres tú —dijo, y volvieron a abrazarse como si necesitasen el calor del otro para seguir viviendo.

El atardecer fue llegando mágicamente a su fin. Las aguas se hacían más espumosas, al tiempo que se tornaban de un color más oscuro. Jack comenzó a remar para volver hasta el barco. Y cuando lo consiguieron le indicó a Elizabeth que fuese a lavarse levemente, por lo que él le preparó un cubo de agua caliente con un pequeño trapo. Mientras tanto Jack se fue a hacer otras cosas. Otra cosa que tenía preparada desde hacía mucho tiempo. Cosa que había preparado días atrás. Cosa que... al fin, quería disfrutar con Elizabeth.

Cuando terminó se dirigió de nuevo a su habitación. Y la encontró allí tumbada sobre la cama, pensativa. La cogió delicadamente de la mano indicándole que siguiese sus pasos. Bajaron la segunda escalera del barco hasta llegar a una de las tantas bodegas. Una luz titilante se observaba desde la puerta. Elizabeth sonrió.

—Esto... es... para mí... —Balbuceó sorprendida.

—Lo preparé la noche que nos enfadamos —le explicó él satisfecho por la reacción de la chica—. Pero... no se disfrutó demasiado, como comprenderás.

La pelirroja observó aquella bella habitación iluminada por la luz de las velas. Todo estaba perfecto. Una botella de vino se encontraba a un lado de la mesa, junto con otros platos repletos de deliciosos manjares. Las paredes de madera de la habitación le daban un toque único al lugar. Una luz titilante se extendía por el lugar. Jack había colocado dos cómodas sillas al lado de la mesa, así que la pelirroja lo abrazó fuertemente, más luego se sentó. Y él hizo lo mismo frente a ella.

Le sirvió vino en una pequeña copa.

Y cuando los dos las tuvieron llenas él la alzó para brindar.

—Porque esta noche sea perfecta... por nuestro amor —dijo satisfecho ante la sonrisa de la chica.

Un ligero tintineo se escuchó cuando las copas chocaron débilmente. Los dos bebieron algunos tragos disfrutando del sabor del vino.

—Supongo que esto no será ni la mitad del lujo que tienes en palacio... pero de verdad quería que esta noche fuese especial —dijo él.

—Seguramente será más especial que todas las noches que he pasado en palacio. —Admitió ella,

convencida de lo último que había dicho. Él sonrió mientras empezaba a comer su filete de carne. Elizabeth lo imitó manejando hábilmente los alimentos con los cubiertos.

—Cuéntame entonces algo de tu vida ahora que sé lo principal —le pidió Jack, intentando no ponerse nervioso.

Elizabeth tosió, sorprendida. Cuando terminó de tragar lo miró algo dudosa. Y finalmente se dispuso a hablar.

—No recuerdo haber hecho nada interesante a lo largo de mi vida. —Admitió ante el Pirata—. Me levantaba a media mañana y pasaba un rato por palacio. Después comía con mi padre mientras hablábamos de cosas sin demasiada importancia. Y luego solía pasar las tardes por los jardines del lugar, normalmente me acompañaba Amy. Y a veces Dean o Liam nos hacían alguna que otra visita. Allí tomábamos té mientras charlábamos. Luego volvía a dormirme después de cenar de nuevo con mi padre.

Jack alzó una ceja sorprendido mientras continuaba comiendo.

—Bueno... digo que algo más harías —dijo, curioso—. Si no... te hubieses aburrido eternamente en ese lugar. Vamos, seguro que te pasabas en día de fiesta en fiesta.

Elizabeth rio.

—Las fiestas que mi padre da en palacio no son exactamente lo que tú crees conocer. —Explicó ella—. Son verdaderamente horribles. Y desde luego lo último que haces es divertirte. Más que fiesta se deberían de llamar reuniones de gente adinerada o importante. —Dijo—. Lo único que hacía era ponerme un apretado corsé al tiempo que sonreía tras cada estúpido comentario de algún rico que le hacía la pelota a mi padre para intentar casarse conmigo.

Jack formó una mueca de asco ante lo que la pelirroja no pudo evitar reír. Seguía viéndose igual de atractivo incluso cuando parecía algo molesto. Y él, por alguna extraña razón después de que Elizabeth le contase sus eternos días en palacio, lo único que pudo sentir por ella fue lástima.

—Podrías haber intentado hacer algo: Cambiar a tu padre, por ejemplo. La vida diaria en esa Isla sería mucho más divertida si también hubiera Piratas. Pero claro, tenemos casi prohibida la entrada a no ser que lo hagamos intimidando. —Explicó él—. Nunca entendí las manías de cerrarse en un solo núcleo de gente. Es una idea verdaderamente estúpida.

—Lo sé. Pero mi padre nunca me haría caso al respecto —dijo Elizabeth—. Él odia profundamente a los Piratas. Nunca me ha dicho el porqué, pero sé que tiene que tener alguna razón. Él no es nada superficial, al contrario, antiguamente le encantaba leer libros de Piratas, lo sé porque tiene muchísimos en la biblioteca que yo he leído tiempo después, aunque él me lo prohibió.

Jack la miró, curioso, pero no dijo nada al respecto. Continuaron algún rato más en silencio, les gustaba observarse desde los extremos de la mesa, mientras comían, recorriendo cada detalle de sus rostros, disfrutando de las miradas silenciosas que ponían llegar a transmitir más de mil palabras. No les hacía falta hablar.

Al final, cuando terminaron dejaron los restos sobre la mesa. Jack se levantó cogiendo a la muchacha

dulcemente de la mano. Y ella lo entendió tras observar el brillo en los ojos del pirata. Pero no sólo era la pelirroja la que conseguía descifrar sus sentimientos. Él también sabía que ella lo deseaba profundamente. Juntos, cogidos de la mano, comenzaron a soplar las velas que se encontraban en la habitación, apagándolas. Jack cogió la última que tenía encendida para que les iluminase el camino por las escaleras del barco. Y ambos subieron hasta la habitación de él. Apenas se cerró la puerta Elizabeth comenzó a besar tiernamente sus labios, mientras él hacía esfuerzos para contenerse, pues tenía que dejar la vela sobre la mesa de noche. Finalmente, cuando lo consiguió, sonrió al tiempo que correspondía los besos de la pelirroja. Sentía su alma arder.

Elizabeth sintió el tacto gélido de sus nudillos rozando su mejilla. Y el labio le tembló. No podía evitarlo, él poseía algo especial que hacía que su cuerpo se tambalease ante cada una de sus simples caricias. Ella se separó levemente de él.

—Te odio —le dijo mirándolo directamente en los ojos.

—Sí. —Susurró Jack mientras sonreía—. Pero también me amas.

Sus bocas se encadenaron, se atrajeron, se hundieron la una y la otra en un frenesí de hielo y fuego, de amor y odio, de pasión y desesperación... Jack hundió su lengua en la boca de la chica, recorriendo su interior con la lengua antes de enlazarla hábilmente con la suya. Elizabeth le clavó las manos en los hombros, adhiriendo su cuerpo al de él, como si quisiese traspasar las barreras físicas para fusionarse con Jack. Las manos del Pirata descendieron por la frágil columna de la muchacha hasta el final de su espalda y se cerraron sobre sus glúteos con fiereza. La alzó en el aire y soltando un gemido, ella enredó sus piernas en torno a su cintura y las manos en su nuca, sin dejar de besarle.

Jack caminó a tientas por la habitación, hacia la cama que se encontraba a su lado. Con escasa delicadeza, arrojó el cuerpo delgado y alargado de la chica sobre la cama, que rebotó suavemente y se incorporó con las manos apoyadas sobre las sábanas. Jack la observó con el cabello revuelto, la respiración agitada y los labios entreabiertos. Sus mejillas estaban cubiertas de rubor y sus ojos brillantes, su pecho se alzaba rítmica y profundamente. Jack sintió como todo su cuerpo se endurecía ante esa visión. La deseaba.

Velozmente, con movimientos felinos, se situó sobre sus piernas y llevando sus manos a la camisa blanca que Elizabeth llevaba, la desgarró fieramente desparramando sus delicados botones nacarados sobre la blanca sábana. Ella respiró hondamente y su pecho, cubierto sólo por un corsé de encaje negro se movió seductoramente. Jack hundió el rostro entre sus senos, lamiendo su unión, mientras con manos como garras bajaba el encaje para liberar los pezones. Elizabeth gritó y se dejó caer definitivamente sobre la cama cuando Jack cubrió uno de los pezones con su húmeda boca y lo mordió, llevándola al límite entre el placer y el dolor. Sentía todo su cuerpo preso de la fiebre de la pasión, su mente estaba en llamas, su vientre ardiente. No podía pensar, sólo sentir, y desear, anhelar, exigir más. Él subió hasta su cuello que mordió, besó y rozó con la lengua mientras sus manos descendían por el liso y estremecido abdomen de la chica, rumbo a los botones de sus pantalones. Mientras desabotonaba los primeros

botones, ella alargó las manos hacia él y le despojó de su camisa. Después él se apartó para retirarle los pantalones y desnudarla por completo. Ella se incorporó y alargó sus manos hacia la pelvis del Pirata, desabrochando su cinturón y luego la cremallera de sus pantalones. Él le mordió un hombro y le acarició la espalda mientras lo hacía, y cuando la chica hubo terminado, con fiereza, Jack la recostó de nuevo sobre la cama y se colocó sobre ella.

Elizabeth se deleitó mordisqueando suavemente la oreja del muchacho, lamiendo el lóbulo de ésta con extremada seducción. Jack gimió extasiado por aquel profundo contacto. Y cuando ella comenzó a succionar levemente su cuello mientras le dedicaba pequeños besos en aquella erógena zona, él tuvo que contenerse profundamente por no penetrarla en aquel preciso instante y hacerla suya sin remordimientos.

Así que intentando controlar sus instintos, cambiaron de papel. Y entonces fue Jack quien comenzó a lamer suavemente el cuello de la muchacha, para poco a poco continuar descendiendo por su cuerpo sin dejar de lamerlo con deleite. Hizo algunas paradas más en los perfectos pechos de la chica para luego seguir su camino. Elizabeth gimió, al tiempo que cerraba los ojos, cuando sintió los dedos del muchacho introducirse en su interior mientras la lengua de Jack comenzaba a explorar y lamer su intimidad. La pelirroja apretó sus manos contra las sábanas, sintiendo que se derretía ante los encantos del muchacho. Seguía sin entender cómo podía acariciarla tan intensamente. Él notaba como el cuerpo de Elizabeth temblaba ante sus actos. Lentamente profundizó algo más con su lengua, intentando que la muchacha llegase al orgasmo ante tal simple contacto. Cosa que supo que consiguió cuando ella clavó sus uñas sobre los hombros de él al tiempo que jadeaba entrecortadamente.

Jack volvió a ascender lentamente besando su estómago hasta encontrar sus labios para fundirse una vez más entre ellos. Para sentir de nuevo la lengua de Elizabeth que conseguía volverle loco. La pelirroja buscó con sus manos la erección de aquel apuesto Pirata. Nunca se había sentido tan libre como lo hacía entre sus brazos. Quería derretirse en su interior. Algo nerviosa masajeó lentamente su erección mientras él la observaba con sorpresa. Más poco después el muchacho sonrió sin dejar de besarla al tiempo que se hacía a un lado dándole más espacio a la muchacha en sus acciones. Sin embargo, ella. Y sólo ella, conseguía que rápidamente sintiese estar a punto de estallar. Por eso, tras un rato dedicándole profundos gemidos a causa del placer, apartó la mano de la muchacha de su miembro colocándose de nuevo entre ella. Sintiendo que el tiempo les faltaba. Y que los sentimientos se hundían cada vez más en la parte más profunda de su piel, impidiendo que estos fuesen arrancados para siempre. Elizabeth abrazó su espalda con cariño. Le encantaba su fuerte espalda varonil. Le gustaba sentir que apenas con sus manos podía abarcar la anchura de ésta... Todo en él le agradaba irremediabilmente.

Jack sentía que no podía esperar más así que, sin darle tiempo a coger aire la penetró, se hundió en su cuerpo con violencia, con ímpetu y la embistió rítmicamente, con rapidez y desenfreno. Ella se aferró a su espalda, clavándole las uñas en la carne que cubría los omoplatos, ahogando un gemido con cada acometida.

Al fin era suya, como nunca antes, como siempre había sido.

Ya no estaba con la Elizabeth que había conocido días atrás. Estaba con la Elizabeth verdadera. Con su Elizabeth: Con la princesa.

Y sintió que moriría si algún día llegaba a perderla.

Los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas mientras él le besaba el cuello, al tiempo que su espalda se arqueaba con su cuerpo próximo al orgasmo, y entre gemidos y suspiros agitados. Las lágrimas se escurrieron desde sus ojos, mientras sentía los músculos de la espalda de Jack endurecerse y tensarse bajo sus uñas, y él gemía con la voz ronca.

Todo su cuerpo se estremecía y se convulsionaba de placer bajo el de él. Después le sintió explotar dentro de ella y relajarse sobre su pecho.

Los gemidos se extinguieron de forma que un tranquilizador silencio inundó la habitación. Dejando que sólo se escuchasen sus agitadas respiraciones. Los brazos de Elizabeth arroparon con cariño el cuerpo del muchacho mientras continuaba llorando. Jack reposó en su pecho agotado hasta que escuchó el solloz de la pelirroja. Lentamente, asustado por si le habría hecho daño a causa de sus rápidos movimientos, alzó el rostro encontrándose con los brillantes ojos de la chica. Acarició con ternura su mejilla, mientras se hacía a un lado sin dejar de abrazarla.

—¿Por qué lloras...? —Le susurró delicadamente, como si ella fuese una flor que podía marchitarse en cualquier momento.

—Porque... te... amo —dijo ella mientras sollozaba.

No había más razones. Y Jack no necesitó más palabras para comprenderla. Se dedicó a abrazarla en silencio mientras besaba tiernamente sus labios al tiempo que le susurraba repetidos *te amo* en su oído. Y si a él no le preocupaban los sollozos de la pelirroja era porque sabía que lloraba de felicidad, de alegría, de haberlo sentido tan profundamente en su interior, desgarrando su corazón tras cada embestida.

Capítulo 11

Poco a poco sus corazones volvieron a latir a una velocidad normal. Elizabeth deslizó suavemente su cabeza hasta el desnudo pecho de él. Cerró los ojos mientras sonreía tímidamente. Y pocos instantes después, al igual que Jack, se durmió profundamente.

Mabel, una bella mujer, descansaba tiernamente sobre una cama, en el interior del agitado barco que se movía al compás de las aguas. Estaba tapada hasta más de la cintura con una blanca sábana, que llenaba su cuerpo de luz pura. Tenía las facciones suaves y su largo cabello rubio se deslizaba suavemente por la cama.

La imagen se quedó ahí unos momentos, introduciéndose en los sueños de los dos jóvenes. Hasta que de pronto una muchacha de cabellos negros entró en la habitación. Apenas tenía cinco años y sujetaba un oso de peluche entre sus temblorosas manos.

Se acercó hasta la cama donde se encontraba la mujer, situándose tras ésta. Alargó una de sus manos para acariciar el pómulo de la chica, y ésta despertó abriendo levemente los ojos. Eveline la miró sonriente.

—Cariño... —Le susurró Mabel tiernamente y luego sonrió con tristeza—. Cuida de papá cuando no esté. Cuídalo, por favor. Y... prométeme que nunca te olvidarás de Jack, tu hermano...

—No hará falta que yo cuide de papá, ni que me olvide de él. —Eveline sonrió sin dejar de acariciar la mejilla de Mabel—. Porque... tú siempre estarás aquí para cuidar a papá y recordarme a mi hermano...

—No cariño... —Mabel dejó que pequeñas lágrimas escapasen de sus brillantes ojos. —Yo tengo que irme...

—Es todo por culpa de esa neumonía... ¿Verdad, mamá? —Preguntó Eveline con desagrado.

—Sí cariño... —Sonrió de nuevo—. Pero no importa lo que me pase, no te preocupes por mí; te prometo que siempre estaré bien.

Eveline se sentó en la cama, junto a su madre, y dejó el pequeño oso de peluche, que su perdido hermano le había regalado años atrás, sobre el torso de la mujer.

—Mamá... yo no quiero que te vayas... —Eveline comenzó a llorar tristemente, mientras la abrazaba. —No quiero... ¿Quién me cantará mi canción antes de irme a dormir...? —Preguntó, azorada, con las mejillas enrojecidas—. No me dejes sola...

—No estás sola cariño, tu papá estará siempre contigo —le aseguró Mabel mientras acariciaba sus negros cabellos—. Y esa canción... te la cantaré siempre... dentro de tú mente. Yo siempre te acompañaré Eveline, nunca voy a abandonarte mi cielo...

La pequeña niña sollozó mientras pequeñas lágrimas se escurrían por sus tiernas mejillas. Mabel sonrió; estaba muy débil. Y comenzó a cantar una melodiosa canción casi en un susurro imperceptible, logrando tranquilizar a la pequeña.

—Un, dos, tres: Juguemos en el mar; un, dos, tres... Juguemos en el mar...

Poco a poco aquella tranquilizadora voz se fue apagando. Los ojos de Mabel se fueron cerrando lentamente, mientras Eveline continuaba sollozando sobre ella, acariciando sus mejillas intentando que su madre despertase de nuevo. Cosa que nunca ocurrió, pues los latidos del corazón de la mujer se marcharon volando entre el viento que cubría los mares.

—¡NO MAMÁ, NO ME DEJES...!

Un sollozó aterrador, por parte de Eveline, inundó la habitación donde reposaba el inerte cuerpo de la bella mujer.

Jack despertó sobresaltado al mismo tiempo que Elizabeth. Poco a poco ambos se habían acostumbrado a ello. Y esta vez fue la pelirroja quien abrazó al muchacho algo temblorosa, pues el grito de la pequeña Eveline aún continuaba dibujándose en lo más profundo de su mente...

—Mi madre murió... —Susurró Jack mientras sentía como las manos de Elizabeth lo abrazaban con fuerza. —Pero... no puede ser...

—Tranquilo. Abrázame. —Elizabeth apretó su cuerpo con cariño—. Te amo, te amo... —Le susurró al oído lentamente mientras besaba su mejilla—. Y me tienes aquí... no te preocupes —dijo, intentando calmarlo.

Jack se mantuvo unos instantes tumbado, observando el techo de su habitación con los ojos abiertos. Estaba nervioso. Pues a pesar de que apenas recordaba nada sobre su madre... era su madre. Y después de saber aquello sentía como un agujero negro se había formado en su interior. Mabel tenía una voz encantadora, única, sutil, tranquilizadora, tierna... Y hubiese dado lo que fuese por recordarla, por escuchar de nuevo su melodiosa canción, por tenerla cerca... Por, simplemente, haber tenido la oportunidad de conocerla un poco más.

Jack abrazó a Elizabeth, deslizándose sobre su razón de vivir, su único apoyo; la chica que más amaba y odiaba a su vez: Ella. Sólo ella podía desatar tantos sentimientos en un mismo tiempo.

La muchacha lo tranquilizó durante largo rato. Finalmente, cuando Jack recobró la calma, se dijo que sería mejor pensar en el sueño al día siguiente. ¿Y si sólo era un sueño...? ¿Y si nada de todo aquello era real...? Y con aquellas preguntas zumbando sobre su agitada mente... Jack se durmió de nuevo junto con Elizabeth.

Mientras tanto, en un lugar terriblemente lejano, un muchacho tosía mientras se aferraba con fuerza a una tabla de madera. La oscuridad inundaba el mar. Y sólo veía aquello... agua y más agua. Se

encontraba en medio del océano, empapado, con frío... Sentía que le quedaba poco tiempo de vida.

Pero apenas veinte minutos después, de estar pensando aquello, un grandioso barco apareció ante sus ojos, navegando por las aguas. Él comenzó a chillar a lo loco, intentando que alguien le escuchase. Por casualidad, tuvo la suerte de que alguien del barco se encontraba asomado a la barandilla, disfrutando del olor del mar; de forma que escuchó sus alaridos pidiendo ayuda.

El hombre del barco, que tenía el cabello algo canoso y recorría cierta edad, tiró la escalera de madera sujeta en cuerdas para que el náufrago pudiese subir hasta el barco. Necesitaba hombres que lo ayudasen, pues llevar un gran navío no era algo que pudiesen hacer solo cinco personas.

Cuando consiguió subir hasta el barco respiró aliviado, mientras miraba al pirata que lo acababa de rescatar complacido.

—¿De dónde vienes? —Preguntó el hombre de cabello canoso mientras se agachaba frente a él, saboreando una pipa de fumar.

—De un barco, señor... —Musitó el náufrago, tiritando de frío.

—Sé más específico. —Apuntó el otro, algo molesto. Tenía la voz ronca y seria.

—Del barco del capitán Jack Rowen —dijo entonces el recién llegado, algo asustado por la mirada de su rescatador.

El otro no pudo menos que asombrarse. Tosió. Pestañeó.

Y su mirada se tornó terriblemente oscura, repleta de rencor.

—¿Él está vivo...? ¿Estás seguro de ello...? —Preguntó una vez más, intentando asegurarse.

—Por supuesto, mi señor. Él me tiró del barco.

—Pues a partir de ahora te quedarás en éste. Y no te preocupes podrás vengar lo que te hizo —añadió mientras reía terroríficamente.

Capítulo 12

Cuando Elizabeth despertó Jack no estaba a su lado, pues era tarde. La muchacha se levantó de la cama mientras bostezaba al tiempo que cogía su ropa para empezar a vestirse. Pero cuando se puso la camisa algo chocó con ésta: Un collar.

La pelirroja bajó la vista hacia su cuello. Una gama roja colgada de una cadena de plata se encontraba allí. Ella la miró consternada. Abrió el pequeño baúl donde Jack escondía un collar idéntico a éste, más allí no estaba. Entonces sonrió recordando las palabras que Mabel le había dicho cuándo años atrás se lo regalo a su hijo: *“Llévalo siempre contigo, te protegerá...”*

La muchacha dio un largo suspiro, sonriente, y finalmente salió de la habitación dirigiéndose hacia el exterior del barco. Pero en su camino se encontró con un desolado Patrick.

—¿Qué ocurre...? —Le preguntó, mientras ambos se sentaban en las escaleras del barco, a solas.

—Nada importante. —Suspiró—. No quiero hablar de ello.

—Quizá pueda ayudarte... —Musitó Elizabeth mientras le alzaba la barbilla con cariño.

Ella se había encariñado tremendamente con Patrick durante su travesía en el barco. Había descubierto el enorme corazón que el Pirata escondía en su corazón, aunque había sido Amy la encargada de sacarlo al exterior. Él había sido el primero que se había preocupado por ellas desde un principio.

—Es Amy... —Le susurró él, apenado—. Nunca debí haberme enamorado de ella. La siento tan cerca... Y tan lejos al mismo tiempo. —Explicó, mientras se frotaba el pelo con constancia—. Jamás una mujer me había hecho sentir algo tan profundo.

—Entonces... —Comenzó Elizabeth—. Tienes que tener paciencia. Ten en cuenta que Amy está dolida. Pero... te aprecia muchísimo.

—Ese es exactamente el problema. Ella me aprecia, me tiene cariño... pero no me ama. Puedo sentirlo en su mirada, en sus caricias... en todo. —Dijo—. No soy tan estúpido como para no darme cuenta de cómo mira a Dean. Pero... te juro Elizabeth... que prefiero morir antes que verla en manos de otro hombre. Lo que siento por ella... ha sido tan repentino... tan... especial...

La pelirroja lo abrazó mientras Patrick sollozaba. Y pocas veces lloraba, pero aquella vez no pudo contenerse. Sentía un fuerte nudo en su interior que incluso le impedía hablar.

Pero no Elizabeth no tuvo demasiado tiempo para consolar a su leal amigo, pues de pronto unos golpes extraños azotaron el barco. La pelirroja, totalmente asustada, observó cómo trozos de madera caían de las paredes.

—¡Qué demonios está ocurriendo! —Chilló, aterrada.

Patrick tardó unos instantes en reaccionar. Más rápidamente se tiró sobre el cuerpo de la muchacha, protegiéndola.

—¡NOS BOMBARDEAN! —Exclamó.

El olor a pólvora comenzó a inundar el barco. Incesantes ruidos se empezaron a escuchar de un lado para otro. Y varios piratas bajaron por las escaleras del barco hacia las bodegas. Patrick se levantó cogiendo a la muchacha de la mano.

—¡RÁPIDO! ¡CARGAR LOS CAÑONES, RESPONDER A LOS DISPAROS AHORA MISMO! — Chilló, consternado.

Y guiando a la muchacha, sujetando la mano de ésta con fuerza, ambos subieron hasta la cubierta del barco. Jack se encontraba en el centro dando órdenes de un lado para otro. Amy estaba en un rincón, agachada, justo donde Dean le había indicado que se quedase, pues este estaba demasiado ocupado en aquellos momentos alzando las velas.

—¡Nos atacan! —Chilló Jack cuando observó que Patrick subía con la pelirroja hacia arriba.

—¿Pero por qué? —Preguntó Elizabeth asustada.

—¡No lo sé, no había visto éste barco en mi vida! —exclamó el capitán consternado.

El barco de Jack correspondió los cañonazos del adversario, que se encontraba en el lado opuesto, a su derecha. Algunos tripulantes del otro navío, que ninguno de ellos había visto en la vida, comenzaron a saltar hacia su barco sujetados en cuerdas. Amy chilló mientras se ponía en pie cuando uno de ellos se echó sobre Dean, al tiempo que Patrick observaba algo apenado la escena.

Jack sacó rápidamente su espada mientras le tendía otra a la muchacha. Y acto seguido comenzó a luchar contra uno de los adversarios, matándolo casi al instante, pues tenía un buen manejo de la espada. Dean mientras tanto, intentaba deshacerse de otro de ellos. Y para su sorpresa Patrick consiguió quitárselo de encima mientras le mostraba una enorme sonrisa. Cuando lo hizo se agachó hasta quedar a la altura de su oído para susurrarle algo rápidamente. Dean asintió ante las desconocidas palabras de Patrick.

Y mientras todas aquellas batallas se llevaban a cabo en el barco... Éstos continuaban disparando sonoros cañonazos que iban o venían de un lado para otro. Elizabeth jamás había vivido aquello, al igual que Amy, por lo cual estaba terriblemente asustada; pero las dos se armaron de valor alzando las espadas que los otros les habían dado. E incluso Liam, para sorpresa de muchos, apareció con una pequeña pistola en sus manos bañada en oro. Y verdaderamente él tenía buena puntería con tal arma.

Los Piratas de los dos barcos continuaban luchando sin cesar. Los del navío de Jack estaban consternados. Nadie conocía a aquel barco por lo cual no entendían el repentino ataque. Pues eran Piratas, como ellos; por lo cual el hecho de que fuesen de la marina real quedaba totalmente descartado.

—¡Elizabeth, agáchate! —Le gritó Jack, nervioso, cuando una bala estuvo a punto de atravesar el rostro de la chica. La pelirroja se sorprendió ante los grandes reflejos del Pirata, más no dijo nada, sólo sonrió mientras se dirigía hacia donde se encontraba Amy, junto con Dean, atacando a un Pirata, para ayudarles.

Y con ayuda de las dos chicas Dean consiguió deshacerse de aquel rival mientras se dirigía

rápidamente a por otro.

Toda la tripulación de Jack respondía los ataques con tesón, algo frustrados ya que no sabían siquiera el porqué de éstos. Sin embargo, los bombardeos continuaban en marcha destrozando todo lo que encontraban a su paso.

—¡Todo a estribor! —Gritó Jack de pronto—. Nos cogen ventaja. ¡Tenemos que alejarnos! —Añadió.

Uno de sus piratas alzó las velas con ayuda de otro, mientras algunos tripulantes intentaban controlar el timón, pues Jack estaba demasiado ocupado luchando contra algunos de aquellos Piratas.

Patrick observaba todo contrariado mientras alzaba su espada amenazante. En más de una ocasión había salvado a alguna de las dos muchachas de una muerte segura interviniendo justo a tiempo.

Dean se enfrascaba mientras tanto con uno de los Piratas luchando con la espada. Amy lo miró suplicándole al cielo porque nada le ocurriese mientras pequeñas lágrimas intentaban brotar de sus ojos, pero no era el momento indicado para ello. Por lo cual, con un gesto valiente, se dirigió hacia donde Dean se encontraba en la batalla. Y mientras tanto Patrick lo observaba todo entendiendo perfectamente lo que ocurría. Jack luchaba con otro hombre acompañado por Elizabeth que se situaba a su espalda.

De pronto la espada de Dean se deslizó hacia un lado quedando desarmado. El rival alzó su espalda sonriente por el anhelado triunfo de la muerte cuando otra espada se interpuso en su camino: Amy lo miró desdeñosa mientras sujetaba aquel hierro con tesón. Patrick corrió hacia donde ella se encontraba. Y justo en ese momento el Pirata desarmó también a la frágil Amy tirándola al suelo. Dean intentaba levantarse más el otro le dio una fuerte patada en las costillas inmovilizándolo al tiempo que se dirigía con la espada en alto hacia la rubia, dispuesto a ver sangre correr.

Bajó sus brazos a velocidad. Amy gritó de forma que todos se giraron hacia donde ella se encontraba. La espada del otro pirata iba a rozar el estómago de la chica cuando algo detuvo al enemigo. Patrick, sonriente, sacó de nuevo a la luz la espada que había clavado en la espada del pirata que estaba a punto de matar a la rubia. Ésta lo miró sollozante, más Dean consiguió arrastrarse por el suelo hasta abrazarla con fuerza. Y en ese momento, cuando otro hombre se acercaba hacia él por detrás sin que lo viesen, solo alguien fue testigo del momento. Alguien que se interpuso entre la bala de la pistola que se alzó en lo alto y el cuerpo de Dean que protegía a Amy.

Y un simple “*pum*” se escuchó en el lugar.

Automáticamente el silencio lo inundó todo. Jack sintió que se ahogaba, que le costaba respirar. Y de sus labios salió de un grito repleto de dolor al tiempo que el cuerpo de Patrick caía hacia un lado, con los ojos cerrados, mientras su pecho comenzaba a sangrar.

Él corrió hacia allí. Amy, en cambio, no podía reaccionar. Dean la abrazaba intentando tapanle los ojos, pero, aunque no lo hubiese hecho no habría podido siquiera moverse. Elizabeth se dejó caer al suelo mientras ahogaba un sufrido llanto desgarrador. Como por arte de magia los bombardeos desaparecieron, como si aquel ataque sólo hubiese sido un simple aviso. El otro barco comenzó a alejarse poco a poco entre las aguas, dejando un silencio sepulcral en el navío de Jack, que corrió hacia el

cuerpo de Patrick.

—¡NOOOO! ¡NO, ¡PATRICK, NO POR FAVOR...! ¡PATRICK! —Gritó.

Se agachó a su lado, llorando, intentó alzar la cabeza del muchacho más éste ya llevaba varios segundos sin vida alguna. Su rostro se llenó de frustración. El silencio lo invadió todo. Sólo sus suplicas se escuchaban en el barco, mientras abrazaba el inerte cuerpo de uno de sus mejores amigos con fuerza.

—Por favor... levántate. Despierta, dime que estás bien. Hazlo... es una orden...

Y el cielo, tras la muerte del pirata, pareció tornarse gris. Las nubes amenazaron tormenta, como si él continuase estando vivo, y pronto comenzó a llover. Jack, entre sollozos, mientras todos lo miraban en silencio, cogió el cuerpo del Pirata entre sus brazos, bajándolo hasta la habitación del mismo Patrick, tendiéndolo en su cama mientras encendía una vela roja a su lado. Cerró la habitación, quedándose a solas con el fallecido. Apretó la mano sin vida del chico con fuerza.

—¿Por qué lo has hecho? Este no era tú momento, Patrick... —Sollozó—. No puedes dejarme solo. Tienes que volver maldita sea... —dijo mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. ¡Es por ella! ¿Verdad...? ¡La mataré, te juro que la mataré como no vuelvas ahora mismo...!

Más él nunca volvió. El cuerpo de Patrick se mantuvo distante, con los ojos cerrados, tumbado sobre aquella cama en la que Jack pasó el resto del día, sentado en la silla de al lado, mientras lloraba atropelladamente al tiempo que hablaba solo o a quien sabe qué.

Él sabía cómo Patrick había deseado siempre que lo enterrasen.

Horas después suspiró con fuerza, aguantando las lágrimas mientras se enjugaba los ojos. Miró al frente valiente afrontando el dolor de la pérdida.

Capítulo 13

Olía a paz.

Una paz infinita que envolvía los sentidos de todos los presentes. Jack dejó que una brillante lágrima se deslizase por sus mejillas al tiempo que sostenía algunas de aquellas blancas flores entre sus temblorosas manos.

La brisa del mar reconfortaba su ego interior cual le pedía a gritos venganza. Y sabía que él estaba allí, a su lado. No habrían existido palabras suficientes para expresar todo lo que en aquellos momentos sentía el glorioso capitán del barco. Su pálida piel demostraba lo poco que había comido en los últimos días. Su corazón se estrujaba con fuerza aprisionando su pecho, rogándole piedad.

Todos los que se encontraban a su lado estaban perdidos en un perfecto silencio. Tan sólo algunos sollozos eran escuchados. Sollozos que a él no le importaban en lo más mínimo. Sollozos efímeros. Sollozos que para el resto de la tripulación... Pronto serían totalmente olvidados.

Jack respiró con fuerza, llenado sus pulmones de delicioso oxígeno que se encargó que recorrer su cuerpo con vitalidad. Y, a pesar de todo el dolor, sonrió como pudo dedicándole su eterna muestra tanto de cariño como de fidelidad. Fidelidad más allá incluso de la muerte. Porque así había sido siempre su amistad.

Y así sería hasta el fin de los días.

Poco a poco el cuerpo de Patrick se fue hundiendo en las profundidades del mar. Del azul mar que brillaba bajo el titilante sol del atardecer. Las olas entumecían sus sentidos, llevándose hasta el infinito en un viaje sin descanso alguno. Las cristalinas aguas salpicaban destellos dorados bajo la luz del horizonte. Y la salina del mar se mezclaba entre el viento.

Jack se secó algunas lágrimas más. Finalmente se acercó hasta la barandilla más próxima al barco, perdiendo incluso el cuerpo de Patrick que se hundía en las aguas: El lugar que él nunca abandonaría. Había sido un Pirata. Un buen Pirata como ningún otro.

Con un gesto lento alzó las manos dejando que el viento agitase los pétalos de las blancas flores que se encontraban entre sus manos. Y con melancolía las soltó, de forma que éstas se unieron en un compás invisible junto con las olas del océano.

Otros soltaron algunas flores más, de brillante color blanco, de forma que una parte del mar se llenó de estas, impregnando su color. Jack sollozó finalmente, abatido. Acto seguido se dirigió hacia los demás presentes.

—Dejadme sólo. —Ordenó, con firmeza.

Elizabeth lo miró angustiada, con lágrimas en los ojos; mientras Amy se derrumbaba sobre el pecho de su amiga llorando sin descanso. Dean cogió a la rubia llevándose la hacia abajo lentamente. Mientras, los

demás junto con Elizabeth también comenzaron a abandonar la parte descubierta del barco.

Jack se enjugó las lágrimas con rabia cuando todos desaparecieron. Habían hecho tantos planes juntos, tantas locuras... Se prometieron que algún día navegarían en barco los siete mares sin descanso alguno. Se juraron que su amistad perduraría hasta el fin de los días. Pero, sobre todo, una melancólica noche de verano, tumbados sobre la cubierta del barco, pactaron que nadie... Nadie jamás conseguiría separarlos.

—Veo trescientas doce estrellas —dijo un alegre muchacho de brillantes ojos grises.

—Te equivocas Jack... Yo acabo de contar trescientas cuatro. —Patrick rio.

Los dos muchachos se encontraban tumbados sobre la cubierta del barco. Serían las cuatro de la madrugada. Habían bebido, pero no lo suficiente como para dejar de estar sobrios.

—Bien. Tienes razón, como quieras —dijo Jack con indiferencia—. Pero a cambio de que yo pase por alto tus errores cuantitativos respecto a lo que es llamado numérico por los estúpidos burgueses... —Ambos rieron entre la oscuridad de la noche—. ... haremos un pacto.

—Está bien. —Patrick sonrió. Tenía la cabeza apoyada entre sus manos mientras continuaba mirando al estrellado cielo con Jack al lado.

—Nunca... nadie logrará separarnos. Yo siempre te seré leal. —El capitán sonrió—. Pero nadie es nadie. Ni un tesoro, ni una numerosa suma de dinero, ni tampoco una inservible mujer... —Añadió arqueando una ceja.

—Nada de eso podrá separarnos jamás. —Patrick sonrió característico—. Y lo sabes. —Lo miró—. Trato hecho, para siempre.

—Trato hecho... —Concluyó Jack.

Pero el tiempo había jugado en su contra. El tiempo junto con los sentimientos. Malditos sentimientos que siempre consiguen atormentarnos. Porque el amor, quizá, no es siempre correspondido. Porque el amor es mucho más que eso: Es una ciencia, un arte, un misterio sin final... Es el número más infinito. Es el propio enigma que ningún filósofo, siquiera, podrá jamás llegar a describir con algo tan retorcido como las mismísimas palabras.

Jack sollozó. Iba a decirle un *me mentiste* al aire. Pero impidió que aquellas palabras saliesen de sus labios. No. Patrick no merecía esa despedida. Se enjugó de nuevo las lágrimas con fuerza mientras se asomaba hacia la barandilla del barco: Las blancas flores comenzaban a hundirse en las profundidades junto con el cuerpo de su amigo. Y lo único que lo hacía feliz en aquellos momentos era saber que el mismísimo Patrick había deseado siempre un entierro como aquel. Sonrió a pesar de la infinita tristeza. Poco después, dijo algunas entrecortadas palabras.

—Descansa en paz... amigo.

Y Jack desapareció de allí. Aun con lágrimas en los ojos se acercó lentamente hacia su timón, pensando que nunca más volvería a ser tocado por las hábiles manos de Patrick. Sí, su amigo había

manejado muchas veces el barco, dirigiendo la dirección de éste gracias a aquella madera. Con el rostro firme al tiempo que pensaba que *finalmente la vida debía seguir su extraño e inevitable curso* giró el timón hacia popa surcando de nuevo las profundidades de aquel oscuro océano.

Mientras tanto Elizabeth se encontraba sentada sobre la cama de Jack. Ella, al igual que su querida amiga, continuaba llorando. Sin embargo, sabía que era más fuerte que Amy por ello se encargaba de compadecerla ya que su amiga se sentía culpable por los actos heroicos de Patrick y porque sabía que, si no se hubiese enamorado de ella, no se habría interpuesto entre esa bala y sus cuerpos.

Amy tenía los ojos repletos de lágrimas que acto seguido comenzaban a surcar sus pómulos. Y mientras tanto se aferraba a Elizabeth con fuerza. Sentía una tristeza interior. La culpabilidad. El daño. El dolor... Todo aquello atormentaba cada uno de sus sentidos. Estaba convencida de que ella había sido la causante. Ella. Sólo ella. Quizá no conocía bien a los Piratas. Quizá no sabía lo impulsivos o valientes que estos podían llegar a ser. Quizá no se dio cuenta de que había estado jugando con Patrick. Quizá no quiso admitir que sólo sentía un cariño especial por el fallecido muchacho. O quizá, simplemente, pensó que para él ella no era importante. Cosa en la que se equivocó.

Habían pasado varias horas tras el entierro. Pero ninguna de las dos podía creerlo aún. Las habían dejado juntas, abrazadas, sentadas en la cama, consolándose mutuamente. En aquellos instantes Jack entró en su habitación con el semblante serio. Durante unos instantes su mirada se posó sobre las dos muchachas mostrando una sombra de oscuridad.

—Tú... —Musitó señalando a la rubia muchacha. —Vete de aquí. Ahora mismo. No quiero verte en mucho tiempo—. Le advirtió severo.

Elizabeth pestañeó totalmente asombrada.

Pero Amy estaba dispuesta a hacer lo que él le pidiese. Quizá siguiendo las órdenes de Jack conseguiría olvidarse levemente del daño que había causado gracias a su estupidez. Ella abandonó la habitación de forma que entonces Jack se dirigió hacia Elizabeth. Y ella sintió miedo. Un miedo como el que no sentía desde hacía mucho tiempo...

—Jamás debí llevar a dos mujeres sobre un barco de piratas. Nunca me perdonaré haber cometido éste error. —La miró con una frialdad extrema—. Ya he podido comprobar del dicho de que *llevar a mujeres en un barco trae mala suerte*. Pero te aseguro que las dos pagaréis por lo ocurrido.

—¡Jack! —exclamó Elizabeth entre lágrimas—. Ninguna de nosotras quería que esto sucediese. No puedes culparnos... Él se sacrificó, nadie tuvo la culpa de ello.

Pero era demasiado tarde, estaba totalmente fuera de sí.

Se dirigió hacia Elizabeth con descaro.

—Todo cambiará desde ahora. —Explicó él con indiferencia—. Tú dormirás conmigo porque necesito terminar de averiguar la estúpida historia del sueño. Pero... durante el día quiero verte lejos de mí. —La miró mientras la imagen de Patrick, bañado en sangre, atormentaba su mente de nuevo—. Esto no quedará así Elizabeth. Lo tenías todo planeado desde el principio ¿verdad? —Sonrió fríamente—. Llegas al barco

secuestrada: te acuestas con el capitán para intentar salir impune de ello. Luego mientes sobre tu verdadera identidad. Y te haces pasar por pirata algo que nunca podrás llegar a ser. Consigues que te rescate, que me eche atrás en mis castigos. Dicho de otro modo, más apropiado: consigues manipularme a tu antojo. Si lo que querías era hacerme daño... Lo has conseguido. No te esfuerces más en ello. —Abrió de nuevo la puerta de la habitación, mas antes de salir murmuró algo más—. ¡Ah, también puedes decirle a tu querida amiga que deje de fingir dolor por la muerte de Patrick...!

Él desapareció de la habitación dejando a una Elizabeth totalmente consternada, que apenas era consciente de lo que estaba ocurriendo. No le había dado tiempo a analizar todas las bruscas palabras del pirata. Lentamente se sentó sobre la cama al tiempo que sollozaba. Cogió el colgante de la mano de Jack que aun colgaba sobre su pecho: estaba segura que de alguna forma éste le había protegido durante la batalla del día anterior. Sin embargo, con algo de nostalgia, se lo quitó lentamente. Se acercó hasta la caja de madera volviéndolo a depositar sobre ella. Dejando que el polvo se escurriese por su rojo medallón de nuevo, atacando al tiempo que se corría tan rápidamente.

Cuando Jack salió de la habitación notó que el corazón le latía a mil por hora. No había querido gritarle... Pero la situación se le escapaba de las manos. Sentía como un profundo odio crecía en su alma a una velocidad trepidante, imposible de parar.

Nadie ponía oponerse en contra de ello.

Suspiró, sintiéndose traicionado por sus propias acciones. Y dando pequeños pasos se dirigió hacia la bodega donde pasó el resto de la tarde. Su vida se había convertido en un completo desastre desde el mismo momento en el que él había conocido a Elizabeth.

¡Santo Dios! ¡Se había enamorado de una de las personas que más había odiado toda su vida! ¡De la princesa de palacio! ¡De la hija que había expulsado o matado a los piratas, a sus antepasados, que poblaban aquella hermosa isla! Y por si todo eso no hubiese sido suficiente... El sueño de la pequeña Eveline, su supuesta hermana, cada vez conseguía asustarle más. Hasta el mismo punto de causarle terror: La muerte de su madre, la extraña cancioncilla que siempre sonaba en su mente, Eveline, el misterioso medallón... Todo era demasiado complicado. Jack se agarró la cabeza con fuerza, con las manos, dolorido por todo lo ocurrido en los últimos meses. Había explotado, definitivamente, toda su rabia en una incontrolada frustración. Por todo, por él, por los sentimientos, por la gente que rodeaba su misma presencia...

Además, continuaba sin creer que Patrick, su fiel amigo, se hubiese sacrificado así por otra persona. Era como si el ciclo de la vida le hubiese ganado el curso. Él siempre había sufrido por creer muerto a Dean. Sin embargo, ahora la vida se lo entregaba de nuevo arrebatándole al sucesor de éste con el que tanto se había encariñado. Patrick era su hermano, su apoyo, su consuelo... Lo era todo. Sin embargo, ahora las relaciones con Dean estaban mucho más ásperas. Le cabreaba incluso que éste se hubiese llevado mal con Patrick desde en principio claro que, la culpa, era sólo de esa estúpida muchacha rubia llamada Amy. Ella había cambiado el curso del destino, quizá, sin siquiera proponérselo.

En realidad, él estaba cabreado con todo el mundo. Incluso con él mismo... Cabreado por estar, incluso, cabreado. Cabreado con su alrededor, con el mar, con el océano, con el sol, con la lluvia, las nubes, el olor del salitre...

Cabreado.

Mientras él se desquitaba en las bodegas, arrodillado sobre el sucio suelo de éstas... Los demás cenaban tristemente en uno de los camarotes. Se encontraban allí los cuatro, reunidos en silencio. Liam no decía ni una sola palabra, por extraño que fuese en él. Y, sobre todo, después de la batalla, había conseguido sorprender a muchos, pues nadie lo consideraba tan valiente como para enfrentarse a los piratas. Dean, por su parte, lo único que hacía era pensar en Jack; pero en aquellos momentos tenía a cierta rubia bajo su cargo por lo cual intentó controlar sus instintos de acudir junto a su querido amigo. Se dedicó a intentar que la chica comiese algo, pues ella se negaba una y otra vez a pegar bocado de la cena mientras continuaba llorando. Y Elizabeth, por su parte, aún estaba medio anonadada tras el espectáculo con Jack aquella tarde. No podía creer siquiera lo que había ocurrido, era demasiado duro para ser real. Sin embargo, sabía que no debía debilitarse, por lo cual probó algunos bocados de la cena intentando alimentarse correctamente.

Después de cenar estuvieron un rato hablando de cosas sin demasiado sentido. Ni siquiera tenían coherencia: Y lo peor de todo es que todos estaban al tanto de que hablaban de aquellas idioteces para olvidarse de los verdaderos sucesos importantes.

Y en una de aquellas conversaciones, a la luz de la noche, Elizabeth sintió como algunas terribles arcadas atacaban su estómago. Se levantó rápidamente del suelo alejándose del lugar.

—¡Elizabeth! —exclamó Amy, preocupada—. ¿Te ocurre algo...?

La rubia se levantó siguiendo los pasos de la pelirroja que se apretaba la barriga con fuerza mientras se sentaba en una esquina con un cubo en la mano.

—Tengo ganas de vomitar —dijo ella sintiendo las náuseas en su estómago.

—No te preocupes. —Se sentó a su lado.

—Debe de haberme sentado mal esa cena... que horror... —Explicó la pelirroja.

E instantáneamente vomitó la cena sobre el cubo.

—Tienes los ojos hinchados —le dijo Dean, acercándose a la pelirroja.

—Sí. Es por el horrible día de hoy... Demasiadas emociones; por eso me sentó mal la cena. No me encuentro nada bien...

—Será mejor que vayas a descansar —le objetó el moreno con madurez.

—Sí. Eso mismo pienso. Buenas noches, muchachos. —Les dijo, dándoles un beso a cada uno.

Poco después comenzó a bajar la escalera nerviosa, esperando el momento en el que se encontraría con Jack de nuevo. Sin saber qué hacer o qué decir.

Pero cuando Elizabeth llegó a la habitación, sin encontrarse nada bien, descubrió que el muchacho aún no estaba allí. Así que algo aliviada, aunque también preocupada por ello, se tumbó en la cama

durmiéndose rápidamente.

Jack acudió horas después, cuando salió de la bodega igual de frustrado que tiempo atrás. No entendía nada, y ni siquiera sabía si quería hacerlo.

Quizá la ignorancia sí que era la base de la felicidad.

Capítulo 14

Jack observó algo dolido como dormía la pelirroja muchacha. Ésta abrazaba la almohada con fuerza, como si anhelase su presencia. Y él lo único que pudo hacer fue suspirar totalmente resignado. No entendía nada. Hacía mucho tiempo que se sentía perdido en el mundo. Un mundo que no correspondía sus antojos.

El capitán se quitó algunas ropas para después colocarse en la cama, junto con Elizabeth. Se apartó de la chica, para que no mantuviesen contacto alguno y cerró los ojos esperando soñar con Eveline de nuevo.

Todo estaba negro. Era la imagen de un cielo nocturno sin una sola estrella en su longitud. No había nada. Y a la propia nada le faltaba la misma nada. Negro. Oscuro, neblinoso...

La luz del matinal sol penetraba por la rendija inferior de la puerta de la habitación. Jack abrió los ojos lentamente, sintiendo como éstos le pesaban a causa de las lágrimas derramadas el día anterior. Estiró los brazos, algo pensativo. Y finalmente se sorprendió al recordar: Aquella noche no se había despertado, no había soñado absolutamente nada. Por primera vez su sueño había sido normal, observando una imagen negra como el resto del mundo hacía habitualmente. Él se rascó la cabeza, reflexionando. Verdaderamente no había soñado nada, porque de ser así lo recordaría.

Interrumpió sus pensamientos cuando su soñolienta vista se topó con el cuerpo de cierta pelirroja, que dormitaba a su lado. Por mucho que creyese odiarla en aquellos instantes... era terriblemente bella cuando dormía. Cuando tenía los ojos cerrados se le antojaba como un ángel que había bajado de los cielos para rescatarle de aquella pesadilla.

Jack suspiró, recordando sucesos del día anterior: El entierro de Patrick, la discusión con Elizabeth, las lágrimas que derramó en el suelo de aquella oscura bodega... Suspiró de nuevo abatido. Tenía que reconocer que una parte profunda de su interior palpitaba con fuerza, indicándole que le pidiese perdón a la pelirroja. Sin embargo, su orgullo, su ego, su rabia... Todo se interponía ante aquellas simples palabras de arrepentimiento.

Alargó una mano despacio, sintiendo como ésta temblaba levemente en el aire. La posó sobre la mejilla de la chica, acariciando poco a poco el contorno de su piel; disfrutando de la suavidad y el calor que desprendía con tanta facilidad. Sintió deseos de abrazarla, de estrujarla contra su pecho eternamente...

Elizabeth notó como algo acariciaba lentamente el pómulo derecho de su rostro. Abrió los ojos sorprendida. Lentamente giró su rostro, mientras Jack apartaba su mano a una velocidad trepidante de su

mejilla, y observó a quien pertenecían los dedos que habían acariciado su rostro. Se levantó de la cama como si un huracán acabase de irrumpir en la habitación.

—¡No me toques! —Gritó aún dolida por los sucesos de ayer—. Jamás... te acerques a mí —dijo mientras el labio inferior le temblaba a causa de la rabia y el dolor.

Jack sintió como su corazón temblaba a causa de las palabras de la chica. Hasta el momento había sido él, siempre, quien le había reprochado.

—Elizabeth... de verdad que siento mucho lo de ayer... —Se levantó acercándose hacia ella—. No quise decirte todo eso. Lo que ocurre es que estaba nervioso, debes comprender que... Nunca te haría daño por mucho que desee hacerlo.

—¡Aléjate de mí, Jack! ¡Déjame! —Gritó ella, cuando se dio cuenta de que el chico se estaba acercando demasiado hacia donde ella se encontraba.

—No pienso hacerte nada —dijo él mientras alzaba sus brazos dispuesto a abrazar a la pelirroja. Elizabeth sintió como una extraña ira volvía a apoderarse de él. Era un Pirata. Y como tal le molestaba encontrarse sometido bajo el mandato de una mujer. Una mujer que ni siquiera debía estar en aquel barco. Una chica que se había interpuesto en su fácil vida para tornarla difícil, rocambolesca y de lo más complicada.

—Perdona que me ausente... —Murmuró ella con clase, a propósito, porque sabía que le molestaría—. Pero tengo hambre, por lo cual pretendo desayunar. Además, me pediste que no cruzase una mirada contigo excepto en las noches. Adiós.

Elizabeth caminó firme hacia la puerta.

Jack la agarró de nuevo del brazo.

—¿Has soñado algo esta noche...? —Preguntó él, con voz entrecortada. Estaba a punto de llorar. Y por supuesto no quería hacerlo delante de la orgullosa chica.

—¡Suéltame! —Musitó ella, moviéndose y desprendiéndose así de la mano de Jack que sujetaba su brazo—. ¡Y no, no he soñado nada que recuerde! —Dijo, extrañándose pues hasta el momento ni siquiera había pensado en ello.

Y con paso firme, dejando a un lado la curiosidad sobre el sueño, salió de la habitación rápidamente.

Subió las escaleras lentamente. Le dolía todo el cuerpo: Y supuso que sería a causa de los acelerados últimos días que todos habían vivido. Miró una vez más hacia atrás, con tristeza; denotando un profundo dolor en sus almendrados ojos. Sentía que una parte de su corazón se había quedado dormido en aquella habitación, entre los brazos de cierto Pirata, soñando una bella melodía oceánica que ella conocía demasiado bien.

Y mientras subía despacio aquellos escalones pensó en el sueño. Verdaderamente las cosas se tornaban cada vez más extrañas. Ella continuaba sin saber qué tenía que ver exactamente con el sueño, hasta el momento no había aparecido nada relacionado con su persona. Estaba claro que sí con Jack... Pero no era lógico que ocurriese aquella desproporción de coherencia en los sueños. Además, para más

curiosidad, aquella misma noche, al parecer, ninguno de los dos había soñado nada. Elizabeth no recordaba haberse despertado sobresaltada, ni siquiera una sola imagen nueva lograba vislumbrar en su retorcido cerebro. Suspiró agotada: *Quizá todo había terminado. O quizá todo estaba a punto de empezar definitivamente...*

—Tú no lo entiendes Marcus... —Musitó una temblorosa mujer, que lloraba sin cesar. —No podía hacerlo. No podía.

—Pero... —Él acarició su rostro despacio—. Yo debí saber todo eso.

—Perdóname. —Pidió ella.

La mujer dejaba que pequeñas lágrimas se derramasen por sus tiernas mejillas, surcando un perfecto camino entre su morena tez. Tenía el cabello largo, con pequeñas ondulaciones hacia el final y un hermoso color que semejaba el más Elizabeth caramelo. Sus verdosos ojos cristalinos, se encontraban bañados en *sal*.

—No quise hacerlo. No me di cuenta de lo peligroso que era... —Explicó mientras sollozaba. —Debí haberlo pensado bien. Pero... Marcus estaba cansada de ésta vida: Cansada de vivir constantemente una vida rutinaria en el interior de palacio, aburrida de la eterna vida monótona que me esperaba a tú lado. Y sé que tú no tenías la culpa por ello: Eres el rey, es cierto que no puedes negarte hacia tus obligaciones —dijo—. Pero... Yo no hacía nada. Era como un fantasma que paseaba por palacio constantemente. Por lo menos tú eres alguien, te sentías parte de algo o siquiera tenías el poder de decidir; todo lo contrario a lo que yo poseía. —Sollozó fuertemente.

Lentamente se impulsó hacia el confuso cuerpo de Marcus, abrazándolo con cariño mientras continuaba llorando. Llevaba muchos días encerrada en la habitación, hasta que finalmente se había dignado a salir para contarle la verdad sobre todo lo ocurrido tantos años atrás.

—Pero... eso no es lo importante ahora. Lo que sí es algo primordial es encontrarla. —Lloró con constancia—. No quiero... no quiero perderla de nuevo.

Capítulo 15

Las cosas se estaban tornando de un color oscuro. De pronto todo comenzaba a cambiar. Sin previo aviso, por supuesto. Jack tenía demasiadas incoherencias, dentro de su mente, como pararse siquiera a pensar en todo ello. En primer lugar, se situaba su extraña relación con Elizabeth: Aun no había asimilado bien el hecho de que ella era la mismísima princesa que siempre juro odiar e incluso llegar a matar; se le antojaba todo demasiado irreal. Y por supuesto tampoco había superado la triste muerte de Patrick, por lo cual no sabía si guardarle rencor a Amy o reconocer que aquello sólo había sido causa de una decisión de su amigo. Encontrar a Dean, por otra parte, había sido un milagro; pero al mismo tiempo se sentía extraño cuando estaba junto a él, a solas: Llevaban tantos años sin hablar en confianza, sin vivir aventuras... que no sabía afrontar demasiado bien al *nuevo* Dean. Y también estaban los misterios del sueño, el último día no habían soñado nada ninguno de los dos, por extraño que pareciese, además continuaba sin saber qué demonios pintaba Elizabeth en toda aquella historia. Pero, para añadir más misterio a todo aquello... Tampoco llegaba a comprender el porqué del ataque del otro barco en los anteriores días.

Todo era demasiado retorcido. Su vida se había llenado de un misterio atroz. Y él sólo no se sentía capaz de afrontarlo. Necesitaba de alguien que estuviese a su lado compartiendo aquellos difíciles instantes. Y ese alguien sólo podía ser su querida Elizabeth, pero quizá era demasiado tarde para enmendar sus errores.

Jack suspiró, mientras pensaba en todo aquello tumbado cómodamente en su cama, mirando hacia el techo de madera de la habitación. El ruido de la puerta, al abrirse precipitadamente, interrumpió sus reflexiones.

—¡Jack! ¡Jack, por favor! —exclamó una agitada muchacha rubia.

Amy temblaba de arriba abajo, estaba bastante nerviosa. El capitán alzó la vista al escuchar la voz de la chica; casi involuntariamente le dirigió una desgarradora mirada.

—¡Fuera! ¡Vete de aquí! —Chilló él, con seriedad. Y la rubia adivinó un destello rojo en los grises ojos del muchacho.

—¡Por favor...! ¡Es Elizabeth! ¡Está inconsciente, tienes que subir!

El corazón de Jack comenzó a latir a una velocidad trepidante, como si un anzuelo hubiese alcanzado su ombligo levantándolo de la cama rápidamente. El capitán se puso en pie sin pensar siquiera en lo que hacía. Y con un gesto nervioso apartó a la rubia muchacha de la puerta, dispuesto a hacerse paso para subir las escaleras.

En aquellos momentos apenas podía pensar en nada, lo único que quería era llegar hasta el lugar donde Elizabeth se encontraba. Porque la odiaba. Sí. Pero al mismo tiempo también la amaba más que a nada en

aquel mundo. Y quizá era por aquellos dos aspectos que sus vidas no podían separarse: Ya fuese porque necesitaban amarse u odiarse.

Cuando llegó hasta la parte descubierta del barco observó el cuerpo de Elizabeth desfallecido sobre el suelo de madera. Dean sostenía su rostro entre las manos, mientras le hablaba intentando reanimarla. Sin embargo, la hermosa pelirroja, no parecía reaccionar. Jack corrió hasta allí como si la vida le fuese en ello. Se agachó frente a ella, admirando su rostro con soltura, sin poder evitarlo, acariciando su tierna mejilla...

Dean se apartó levemente de la chica, algo asustado. Giró su rostro hacia Jack, que comenzó a mojar, con agua de un viejo cubo, el rostro de la chica, intentando que ésta despertase.

—¿Qué ha ocurrido? —Preguntó, sin dejar de observar a la pelirroja al tiempo que le tomaba el débil pulso.

—No lo sé. Ella estaba hablando con Amy; le dijo que se encontraba mareada... Y de pronto ocurrió, se deslizó desfallecida. —Explicó el moreno arrodillado frente al cuerpo de la princesa.

—Tenemos que llevarla a la habitación. —Suspiró.

Poco a poco cogió el cuerpo de la chica entre sus fuertes brazos. Estaba claro que la vida en aquel barco había debilitado mucho a la pelirroja; pues ésta estaba acostumbrada a vivir en palacio, a comer deliciosos alimentos diariamente ricos en proteínas o vitaminas. Y allí, sin embargo, los medios eran mucho más escasos. Con Dean siguiéndole de cerca, Jack consiguió bajar a la pelirroja hasta la habitación, una vez llegó hasta allí la tumbó en su cama mientras Amy encendía una de las velas del lugar algo nerviosa.

Jack colocó varios trapos mojados en la frente de la chica, intentando que ésta despertase de nuevo. Podía sentir el ruido de su lenta respiración, pues el estómago de la pelirroja ascendía e instantes después descendía a una velocidad demasiado tranquila.

Por alguna razón, el Pirata no quería que los otros dos, que se encontraban en la habitación, se retirasen. No deseaba estar solo. No quería sufrir en silencio. Ya no.

—Amy... —Musitó Jack sin girarse siquiera para observar a la chica. —Dime que es exactamente lo que ha ocurrido.

—Ella... estaba hablándome... Y de pronto me dijo que se mareaba. Intenté sostenerla, pero... no pude. —Balbuceó entrecortadamente.

Jack suspiró, algo molesto.

—¿Qué te estaba diciendo? —Se le ocurrió preguntar.

—Nada... nada importante. —Mintió ella.

Pero Amy era inocente. Y Dean la conocía demasiado bien como para saber cuándo estaba siendo sincera y cuando no. En cualquier otro momento no la hubiese delatado. pero aquello era una situación crítica.

—Cariño... —Musitó, acercándose hacia ella, rodeándola con sus fuertes brazos con dulzura—. Di la

verdad. Cuéntanos de qué te estaba hablando.

Amy sollozó, de forma que los otros dos muchachos torcieron el gesto, sorprendidos.

—No os lo puedo contar. —Reconoció.

Jack se levantó trepidantemente de la silla al escuchar las firmes palabras de la rubia. Se acercó hacia ella peligrosamente, su mirada irritaba un brillo verdaderamente amenazador.

—Habla. —Ordenó.

—No puedo. Me pidió que no dijese nada. —Sollozó mientras se abrazaba a Dean más fuertemente—.

Por favor... no puedo traicionarla...

Jack iba a decir algo al respecto, pero justo en ese momento la pelirroja abrió lentamente los ojos, como si los párpados le pesasen muchísimo. El capitán del barco se olvidó momentáneamente de la rubia para dirigirse hacia la otra muchacha. Acarició el pómulo de ésta con cuidado, rozándolo con uno de sus dedos. Sin embargo, con las pocas fuerzas que le quedaban a Elizabeth, ésta apartó el rostro, girándose bruscamente hacia la derecha, rompiendo aquel simple contacto con el Pirata.

—No quiero... verlo... —Balbuceó medio adormecida—. Vete Jack... lárgate de aquí.

Dean, junto con la rubia, se quedó estático esperando alguna respuesta por parte de Jack. Éste suspiró débilmente molesto.

—No quiero hacerte daño —le dijo a la pelirroja dulcemente—. De verdad. Tengo que estar contigo, estás enferma. —Explicó con la voz entrecortada.

—¡Déjame! ¡Vete de aquí! —Chilló, cuando él intentó tocar su rostro de nuevo.

Jack se quedó allí parado, más Dean se acercó a él posando una mano sobre el fornido hombro del chico. Le dirigió una suplicante mirada.

—Será mejor que la dejes durante unas horas —le dijo—. Está débil, no es bueno que se agite demasiado.

El Pirata suspiró algo enfadado. Con un gesto brusco, tras dirigirle una última mirada a la pelirroja, se levantó de la silla haciendo caso a las palabras de su amigo. Poco después salió por la puerta añadiendo un *más tarde volveré a ver cómo va todo*.

Y las horas pasaron como días para el capitán del barco. Los minutos no parecían avanzar. Era como si el tiempo se hubiese parado totalmente para atormentar su existencia en aquel extraño mundo. Suficientes misterios tenía en la cabeza como para que ahora, cierta rubia, ni siquiera se dignase a decirle lo que ella había hablado con Elizabeth.

Lo admitía: Le había molestado terriblemente que la pelirroja le echase de la habitación. Él sabía que no se había portado con ella correctamente. Pero de ahí, a soportar aquel nato desprecio... iba demasiado lejos. Le habían dañado las palabras de ella como cuchillos que poco a poco se iban clavando en su interior. Y lo peor de todo aquello era que se sentía terriblemente impotente, como si no pudiese hacer nada al respecto. Se encontraba en una oscuridad total en la cual no llegaba a divisar ni siquiera un ápice de luz.

Por suerte, tras largas horas navegando en silencio, entre sus pensamientos, Dean subió a la parte superior del barco para hablar con él.

—Está algo mejor —le dijo sereno—. Sigue con fiebre alta, necesitamos más agua caliente. Además, está sudando muchísimo —dijo—. Pero creo que ahora está algo más calmada. Puedes bajar a verla si quieres, le diré a Amy que te deje a solas con ella. —Sonrió.

—Gracias Dean —respondió el otro. Y se dio la vuelta para bajar abajo, pero antes de ello volvió a girarse observando como el moreno se hacía cargo del timón del barco. —Siento la distancia —dijo, como si las palabras saliesen solas de sus labios.

Dean arqueó una ceja, curioso.

—¿La distancia...? —Preguntó.

—Sí. La distancia entre nosotros. —Suspiró.

Y dejando al moreno con la gran duda... bajó las escaleras hacia la habitación, dispuesto a encontrarse con Elizabeth sin saber siquiera como debía reaccionar. En cuanto lo vio entrar Amy salió de allí como alma que lleva el viento, no quería pasar más tiempo del necesario a solas con él.

Jack caminó despacio por la habitación, para finalmente sentarse a un lado de la cama donde reposaba la pelirroja. Cuando sintió el peso de él, a su lado, abrió los ojos lentamente. Quiso gritar, deseó con todas sus fuerzas que Jack desapareciese de allí. Quería estar sola.

—Déjame... —Susurró.

Jack chaqueó la lengua molestó.

—Solo quería saber cómo estabas. —Explicó—. No te haré nada. Confía en mí, Elizabeth... sería incapaz de hacerte daño. Y lo sabes.

La pelirroja le dirigió una fría mirada.

—Quiero saber qué es lo que te ocurrió exactamente. —Continuó hablando Jack—. Necesito saberlo para adivinar qué es lo que te pasa. No es normal que estés tan... débil.

—Lo que me pase... solo es asunto mío. —dijo sintiendo como volvía a tiritar de frío al mismo tiempo que su cuerpo sudaba.

—Claro que sí es asunto mío. —Inquirió el Pirata, dolido—. Todo lo que a ti te ocurra me importa más que mi propia vida. Te lo juro, las cosas no son como piensas; pero están ocurriendo demasiados sucesos extraños que ni siquiera puedo explicar, por eso a veces me desespero, me pongo nervioso... Deberías saber que nada de lo que hago lo siento de verdad. Tú eres lo único importante para mí. De verdad, no sé qué hacer. Ni siquiera Amy me ha querido contar de lo que estabais hablando antes de que te pasase esto. Comprende que esté desesperado. Como esto siga así me volveré completamente loco.

Elizabeth suspiró. Estaba molesta, pero en parte comprendía los confusos sentimientos de Jack. Nada de lo que ocurría alrededor de aquel barco parecía ser algo normal. E igualmente no quería alargar las cosas más del tiempo necesario. Ni siquiera le hacía falta el valor para decírselo, pues hacía días que lo sabía cómo toda mujer cuando le ocurre.

Elizabeth cogió mucho aire.

—Está bien, veo que no das tu brazo a torcer —dijo Jack levantándose de la cama al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. Si en algún momento quieres que venga o algo parecido solo tienes que dec...

—Creo que estoy embarazada —confesó.

Un impresionante silencio pareció rodear, con insistencia, la habitación. Fue como si una espesa neblina lo cubriese todo. Jack sentía como los oídos le zumbaban repitiendo la última frase de la chica una tras otra vez en el interior de su subconsciente. Mientras tanto Elizabeth tragaba saliva con dificultad, esperando la reacción del apuesto pirata.

Él sintió que las piernas le temblaban. Apartó su trémula mano del pomo de la puerta al tiempo que se dirigía de nuevo hacia el lugar del cual acababa de levantarse. Se sentó en la cama, pues sintió que si no lo hacía caería desfallecido hacia el suelo. Suspiró. Pestañeó. Aguantó la respiración.

—¿Qué has dicho...? —Preguntó finalmente, sin ser capaz siquiera de mirarla.

—No importa lo que acabes de escuchar, porque igualmente tú no tienes nada que ver en esto. Sólo se trata de mi responsabilidad. Yo sólo quería que supieses la razón por la que me encuentro tan débil, nada más.

Jack tardó varios segundos en asimilar correctamente las palabras de la pelirroja. Finalmente la miró fijamente; sus ojos desprendían un extraño brillo.

—Claro que tiene que ver conmigo. —Dijo, serio.

No era capaz de articular ni una sola palabra más.

—No. —Ella sonrió irónica a pesar de su debilidad—. ¿Quién te asegura que tú fueses el primero o el último...? —Añadió.

Y consiguió lo que pretendía, pues las pupilas de Jack se dilataron de una extraña forma al tiempo que un remolino de celos se agolpaba en su interior.

—No juegues, Elizabeth. —Advirtió, molesto. Él sabía que había sido el primero. Y estaba seguro de que ella le amaba.

Ella le dirigió una fría mirada.

—No importa: Aunque sea tuyo no es tú problema. No pienso dejar siquiera que te le acerques.

—Te he dicho que no juegues, no entiendo por qué insistes tanto en cabrearme. Si verdaderamente estás embarazada, te aseguro que ese hijo será tanto mío como tuyo. —Señaló—. Además, aún no podemos estar seguros de que no sea una falsa alarma.

—Te aseguro que sé que no es una falsa alarma. Puedo sentirlo. —Reconoció ella sin poder ocultar sus instintos a pesar del enfado que aún tenía con Jack.

Él la miró tiernamente, sin quererlo siquiera. Nunca imaginó que una persona tan especial como Elizabeth pudiese llegar a albergar en su interior a un ser pequeño como un bebé. ¡Un bebé, santo Dios! Si aquello era cierto eso significaba que iba a ser papá. Aquella idea ni siquiera se le había pasado por la mente.

Jack no pudo contener sus instintos. Y Elizabeth no quiso contener los suyos. El pirata alzó una mano lentamente, deslizándola por el estómago de la chica, por el interior de su blusa, acariciando su barriga con ternura. La pelirroja sintió como todo su cuerpo vibraba. Era como si Jack hubiese activado una conexión entre ellos dos junto con su futuro hijo. Él cerró los ojos con fuerza sin poder evitar imaginarse a un pequeño niño, algunos meses adelante, correteando a su lado y gritando a voces la palabra *papá*. Sonaba tan ... bien. Sin poder evitarlo, se inclinó y sus labios rozaron suavemente los de la chica.

Continuará...